

RODOLFO AGORIO

Como ya lo señalábamos en el artículo anterior, una de las dos modalidades expresadas por el mismo Freud en sus estudios de psicoanálisis aplicado, estriba en las vinculaciones descubiertas entre la obra y algunas vicisitudes o aspectos de la vida y el carácter del autor. Es contra este tipo de enfoques que se han levantado algunas críticas, a veces muy severas pero que a nuestro juicio son más inconsistentes de lo que aparentan. En la primera parte de este trabajo me referí de pasada a la opinión de Ricoeur expuesta en su libro “De l’interpretation”. En primer término me referí al concepto de este autor, de que el análisis aplicado sólo tiene un sentido analógico, vale decir de un valor muy relativo del punto de vista científico. “En efecto [escribe], la explicación analítica de las obras de arte no podría compararse a un psicoanálisis terapéutico o didáctico por la simple razón de que no dispone del método de las asociaciones libres y que no puede colocar sus interpretaciones en el campo de la relación dual entre médico y paciente; a este respecto los documentos biográficos a los cuales puede recurrir la Interpretación no son más significativos que los datos de terceros en el curso de una cura. La interpretación psicoanalítica del arte es fragmentaria porque es simplemente analógica.” Nada la obra y el autor tengo que agregar a lo ya escrito por mí en el número anterior. Voy a insistir en cambio en los dos primeros planteos de Ricoeur sobre el psicoanálisis aplicado: la naturaleza esencialmente distinta del diálogo terapéutico y del analista frente a una obra de arte y segundo la in-

* Continuación del artículo publicado en la edición anterior, tomo XI, números 3/4, 1969.

seguridad de los datos biográficos. Señala el autor la prudencia con que Freud afrontaba sus estudios de análisis aplicado. Así por ej., en la Gradiva de Jensen “no pretende dar una teoría general de la novela, sino recortar la teoría del sueño y de la neurosis sobre los sueños ficticios que un novelista que Ignora el psicoanálisis presta a su héroe”: “el Moisés de Miguel Angel es tratado como una obra singular, sin que se proponga ninguna teoría de conjunto sobre el genio o la creación”. Pero estos juicios Justamente laudatorios, cambian de tono cuando se refieren al ensayo de Freud sobre Leonardo de Vinci, porque aquél relaciona estrechamente ciertos caracteres y rasgos de la obra a un recuerdo infantil del autor. Así escribe “¿Por qué lo llamé primero una ocasión y una fuente de error? Muy simplemente, porque este ensayo amplio y brillante, parece sin duda alentar el mal psicoanálisis del arte, el psicoanálisis biográfico.”

Antes de proseguir quisiera señalar dos cosas: 1º, resulta muy curioso que Ricoeur se haya olvidado, o no lo tuviera en cuenta, del estudio de Freud titulado “Dostoievski y parricidio” que constituye indudablemente una obra maestra en su género y es biográfico.

Por otra parte no hay que perder de vista que estudios como “Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito” fueron también de análisis aplicado (en este caso sobre las memorias del doctor Schreber) lo que no fue impedimento para que extrajera del mismo, enseñanzas que enriquecieron apreciablemente la teoría psicoanalítica. Ricoeur cae en una contradicción flagrante cuando se refiere al Moisés de Miguel Angel y escribe: “Lo que hay de admirable es que la interpretación de la obra maestra es llevada a la manera de una interpretación de un sueño, a partir de un detalle; **este método propiamente psicoanalítico** ⁽¹⁾ permite superponer trabajo sueño y trabajo creación, Interpretación del sueño e interpretación de la obra de arte”.

¹ El subrayado es nuestro.

Pero ¿es que acaso el sueño puede ser sustraído de su contexto, la vida del soñante? El gran mérito del descubrimiento de Freud fue el haber destacado que tales sueños no son la manifestación desordenada de automatismos cerebrales sin sentido ni finalidad, sino que por el contrario, son la resultante de los problemas, conflictos, deseos o fantasías del soñante, o sea de su biografía, lo que hace imposible interpretar un sueño sin tener en cuenta esta última: es este un hecho definitivamente adquirido por el psicoanálisis. Si la interpretación de Ricoeur fuera acertada uno se sentiría inclinado a darle la razón a ese autor en el sentido de que no se trata como se pretende, de “un método propiamente analítico”, sino de una simple analogía. Pero lo que al parecer no supo ver Ricoeur es que en el Moisés, Freud no hace una simple interpretación, o varias, que tengan analogía con la Interpretación de los sueños, sino que realiza una construcción o reconstrucción, como “cuando se le expone al paciente una parte de *su* prehistoria olvidada”. Y es así como procede Freud en su estudio sobre la obra de Miguel Angel. Partiendo de algunos Indicios cuidadosamente anotados de ciertos detalles de la escultura (la mirada dirigida a la Izquierda, la posición de los dedos de la mano derecha que sujetan algunos rulos de la barba, la posición de las tablas de la ley, etc., etc.) reconstruye el momento “histórico” en el que, presa de un movimiento colérico y al mismo tiempo contenido, descubre a su pueblo que vuelve a viejas prácticas paganas adorando al becerro de oro. En una palabra: el análisis aplicado no se reduce a dimensiones tan modestas: por el contrario, sea biográfico o no, puede alcanzar, como en el caso Schreber, niveles imprevisibles. Se han señalado en este tipo de trabajo, criterio compartido por diversos autores dos limitaciones: la naturaleza distinta de la situación terapéutica y la fragilidad e inconsistencia de los datos biográficos. Sobre el primer Punto me remito a lo escrito por mi en el artículo sobre G. de Nerval porque se trata de una Posición que todavía mantengo sin rectificarme en lo más mínimo, pues la considero aún valedera. Sostengo *que* las diferencias anotadas no son tan radicales como se pretende, ni mucho menos, porque en

este punto entra en juego un factor de primera importancia, y es la atracción que la obra del artista estudiado ha ejercido sobre el analista con anterioridad al Interés científico demostrado ulteriormente. Y agregaba: “El psicoanalista abocado al estudio de una obra de arte debe analizar sus reacciones emocionales como si se tratase de un fenómeno contratransferencial”. Por paradójico que parezca creo firmemente que tal es la situación, porque si no hay diálogo estrictamente hablando, hay en cambio un intercambio permanente entre el poeta y el lector: como analista recibe un constante mensaje del artista, lo que a su vez provoca en aquél todo tipo de reacciones anímicas, cuyo sentido debe dilucidar.

En el 2º punto, que se refiere a. los datos biográficos, el problema tal vez dependa sobre todo del enfoque que se le dé.

Partiendo de un punto de vista general y que podríamos llamar clásico en este terreno, si la obra es engendrada por un autor se deduce que deben de existir lazos indisolubles entre una y otro. El problema consiste en determinar de qué naturaleza son esos lazos o de qué manera el crítico puede inferir de los rasgos ya conocidos del artista, la calidad y sentido de la obra y viceversa. Del punto de vista psicoanalítico, se trata de ver de qué manera el investigador puede aclarar la biografía del artista: es por lo tanto una cuestión de método. Beres escribe: “La reconstrucción biográfica es un fin inherente al proceso psicoanalítico, y el psicoanálisis como una psicología genética es en esencia una ciencia de la biografía. En la situación clínica el foco es la biografía del paciente, la reconstrucción de los sucesos reprimidos de su vida temprana: en la aplicación del método psicoanalítico al estudio de la vida de un gran hombre hay un interés similar en la reconstrucción de aspectos de su vida que no sería válido para un estudio biográfico ordinario.” Es decir, y en resumen, que un mayor “insight” psicoanalítico en la obra, permite una mejor comprensión de la

personalidad del artista. Sobre este punto podemos dividir el problema en dos aspectos fundamentales: hay datos conscientes e inconscientes, siendo la tarea específica del analista la investigación de estos últimos. La dificultad está, desde el ángulo psicológico, en llegar a establecer un estrecho paralelismo entre la modalidad del artista y la obra realizada. Un vasto movimiento estético, niega terminantemente este vínculo o este paralelismo. Hay muchas veces un verdadero contraste entre la vida corriente y cotidiana del artista, y el sentido de la obra. Por eso Ch. Lalo escribe: “La moralidad estética a deducir de las biografías de artistas, noveladas o no, es que no hay ninguna razón para suponer a priori que la estructura de la vida es la misma que la de la obra, y que por lo tanto no se puede deslizar directamente y absolutamente ni de la obra al hombre ni del hombre a la obra, sino que se debe buscar prudentemente a cuál de los tipos más generales se puede relacionar los vínculos de cada obra de arte con cada artista”. Por su parte H. Delacroix señala que el arte es siempre creación. “Los datos del arte hay que construirlos primero. En el plano del arte, la experiencia y la vida misma sólo son posibles por la creación. La imagen artística nunca es la representación de una cosa. Es la representación que se forma el artista y que quiere transmitir de la cosa.” Necesariamente se infiere de lo expresado, una separación, un divorcio entre la “vida” que nos muestra la obra y la vida real del artista. Vale decir, crea en la medida que trabaja. “El bosquejo despierta la concepción: El poeta siente venir sus pensamientos con las palabras. El pintor ve al dibujar”, etc. Siguiendo a Lalo, para quien la obra de arte es siempre la creación de un mundo imaginario, agrega más adelante: “Es pues por error que se busca en la obra de arte la expresión integral y necesaria de la personalidad de su autor”.

Es curioso, o por lo menos muy significativo que esta tendencia a desglosar el arte (leí artista ha tomado recientemente un giro más radical, como lo veremos más adelante. Sin embargo, no obstante esa orientación estética sostenida por

Lalo y repetida por Delacroix, se percibe en sus escritos referencias a situaciones que serían incomprensibles si no tuviéramos en cuenta al autor. Así por ej. el primero de los críticos citados, establece en su *Estética*, 5 tipos de relaciones entre la obra y el artista. El arte puede establecerse, escribe Delacroix refiriéndose a ese punto, fuera de la vida, en el mundo de las formas estéticas, buscadas por *si mismas* en el mundo de las relaciones de formas y colores, o de encadenamientos melódicos y armónicos. Es su función técnica, lo que en ciertos artistas, puede tomar la predominancia y liberarse de todas las otras. Puede también reforzar, intensificar la vida bella. Puede también hacerla olvidar. Es entonces diversión o evocación, lujo. Expresa más lo que le falta a la personalidad real, que lo que ella tiene. Puede también expresar la personalidad de la que quiere desprenderse el autor. Ejerce una función positiva “de «purga» o de liberación”. Por último es posible que en un mismo artista estos diversos motivos se interpenetren. Frente a esto, no podemos menos de preguntarnos qué es lo que hace esos distintos tipos de creación artística si no es la personalidad del autor. El propio Delacroix señala a pesar de sus reservas la existencia de variedades psicológicas. En este mismo orden de ideas, Croce desdeña a todos aquellos artistas que explotan al máximo o despliegan ampliamente sus propias pasiones, sus sufrimientos, las perturbaciones de su alma. Es por eso que los artistas Inferiores dan más documentos sobre su propia vida. Este juicio es erróneo e injusto; por lo menos no puede otorgársele sino un alcance limitado, porque significaría ubicar bajo el título de mediocres a los más altos valores de la literatura romántica. Por su parte Flaubert (citado por Delacroix) escribe: “No hay que escribirse. El artista debe estar en su obra como Dios en la creación, Invisible y todopoderoso; que se le sienta por todo, pero que no se le vea”. “Hacer [el artista] de su existencia dos partes; vivir como burgués y pensar como semidiós: reservamos el jugo íntimo de las pasiones para ponerlo en botellas.” Pero, ¿es esto posible? Tanto los conceptos de Flaubert como los anteriormente citados de Croce conducen directamente a aquella fórmula que

tanto éxito tuviera a fines del pasado siglo y que alcanzó la máxima expresión en el movimiento de los parnasianos: “El arte por el arte”. El manejo perfecto del estilo, la combinación adecuada e impecable de las formas, la armonía del todo en la obra. Las Inquietudes psicológicas, éticas o sociales, etc., deben de quedar excluidas, como en el fondo la personalidad del artista. Pero a poco que se medite sobre el punto no puede menos de verse bien visible la falacia que todo eso implica. Hablar de un arte por sí mismo o, como diríamos, de un arte puro, carece de sentido. Y son sus propios cultores los que se encargan de demostrarlo. Y es que por intermedio de su arte, nos traen como de contrabando, la Idea de un nuevo estilo de vida, de una visión distinta del mundo y en última Instancia de una nueva moral. Es lo que sucede por ej. en *Les Trophées* de Heredia, donde se respira la atmósfera de una Grecia idílica que el autor intenta idealizar, o de los conquistadores españoles del siglo XVI, con lo que nos muestra sus ideales íntimos y sus más caras inclinaciones. Lo mismo, exactamente lo mismo, podemos decir de Flaubert. Todos conocemos, el rechazo, casi el horror con que consideraba la posibilidad de que el arte pudiera tener un fin o un sentido moral. Pero en el fondo, ¿qué significa, o qué sentido tiene por ej. *Mme. Bovary*? ¿Es simplemente una obra amoral?, que le permita según sus palabras, “¿vivir como un burgués”? Evidentemente no: no es tan fácil ocultarse al público como él pensaba, porque también como en el ejemplo de Heredia, nos muestra contra la “moral burguesa” de su época, un nuevo concepto, otra idea, otra moral. Siempre me ha parecido que en *Mme. Bovary* se traslucía una fuerte protesta contra las condiciones sociales de su tiempo. Es a través de esas pequeñas grietas, que un estudio biográfico serio y a fondo, puede aclararnos muchos puntos aún oscuros en la vida de algunos artistas. En realidad, el arte, cualquiera que sea su naturaleza, siempre expresa mucho más que una técnica, y se sustenta sobre factores históricos, sociales, psicológicos, etc., como lo dijimos en el artículo anterior. De ahí el valor Inmenso que tiene para el crítico, el conocimiento de la biografía del autor. Del punto de vista

psicoanalítico, no Importa tanto los datos biográficos existentes, como los que él mismo puede aportar del estudio detenido de la obra, lo que puede hasta permitir rectificar el carácter de muchos elementos Incluidos en biografías clásicas. Por eso es que negamos rotundamente la desvalorización que Ricoeur hace al respecto. Como pretenderé demostrar, el mal análisis aplicado, no radica en el uso de datos biográficos, sino en otras condiciones distintas. Es claro que en este terreno la tarea del psicoanalista está sembrada de obstáculos que pueden hacerlo caer en serios errores Beres en el trabajo citado, nos pone en guardia sobre las distorsiones, las falsas generalizaciones, las conclusiones apresuradas, etc. Él, a esta tarea le llama significativamente. “la reconstrucción de la vida del artista”. “La reconstrucción de experiencias específicas [escribe, en un estudio biográfico psicoanalítico toma diversas formas. Puede consistir en la reconstrucción de experiencias infantiles, la reconstrucción de experiencias tardías de la vida o en la demostración de conflictos del artista con o sin coexistencia de reacciones patológicas. Hay una similitud en la reconstrucción, en la técnica clínica psicoanalítica y en el estudio biográfico. En ambos el proceso es lento, trabajoso, a veces tedioso mas a menudo cautivante.” Es que en realidad esta tarea reconstructiva debe ser permanentemente corroborada como en la experiencia clínica, por datos obtenidos de otras fuentes y debe expresar las modificaciones sufridas, experimentadas, por la personalidad del autor, ante la labor infatigable del investigador. Es eso lo que puede hacer tedioso, según Beres, el curso de la reconstrucción, pero de ahí surge también el carácter cautivante de la misma.

Debemos enfatizar el hecho de que se trata de reconstruir y no simplemente de “interpretar”. Aquí nos enfrentamos al problema siempre presente en estos casos de la reconstrucción del pasado histórico. F. Wyatt en un artículo publicado en la revista colombiana “Eco” en abril de 1963, titulado “La reconstrucción del pasado individual y del pasado colectivo”, aborda el problema cuestionando la existencia de un pasado real y oculto. “El concepto tradicional de la historia

[escribe], consiste en una serie completa de hechos, en el «pasado» como algo oculto tras una niebla de olvidos y de documentación no descubierta todavía. Por lo tanto la labor suprema del historiador sería la de devolver al presente ese mundo perdido que debe existir en una especie de espacio ontológico. Una expresión clásica, aunque por supuesto realista de este criterio puede hallarse en el citadísimo dicho de Ranke acerca de que la tarea del historiador consiste en establecer «cómo fue realmente, cuándo sucedió». Esto significa evidentemente que entre muchas falsas visiones del pasado, hay una «auténtica» y que una investigación aplicada logra recuperarla.” Pero, agrega más adelante, refiriéndose a la tesis por él sustentada que los hechos están incluidos en un “contexto”, lo cual supone tener un “significado”: “La quimera de un pasado íntegro que puede ser descubierto por los investigadores supone también que, juntamente con la búsqueda diligente de los hechos, el contexto o «significado» de dicho pasado aparecerá por sí solo”. Pero, y esto es lo que se debe tener siempre presente en una reconstrucción:

“Puede decirse que la historia en cuanto historia, no existe realmente cuando está sucediendo”. “En ese sentido la historia se hace aparente sólo cuando ha tenido tiempo de desenvolverse. La historia no es la búsqueda del espectro agustiniano, de la realidad auténtica del pasado. Es, en cambio, una empresa interminable, un permanente esfuerzo para darle forma aceptable a un cúmulo de datos, una forma que continuamente necesita trascenderse a la luz de datos nuevos, con el fin de obtener un contexto más amplio, más plausible.”

Casi 40 años antes el gran Bernard Shaw expresaba el mismo concepto en el prólogo de su drama Juana de Arco, cuando escribía que la historia siempre llega tarde. Decía más o menos lo siguiente [lo cito de memoria]: “En tiempo de Washington se decía [en Inglaterra] la verdad sobre Cromwell y mentiras sobre Washington; hoy se dice la verdad sobre Washington y mentiras sobre Lenin”. La fina ironía de Shaw dejaba traslucir una profundidad pocas veces tan manifiesta.

Y bien; en la psicoterapia analítica se da la misma situación: “El principio de que cualquier suceso pasado pueda volver a «existir» tiene que ser recordado; ciertamente no se afecta por la cercanía de tal suceso. La psicoterapia psicoanalítica demuestra por lo menos que la mayoría de los recuerdos a flor de piel son Inexactos” (Wyatt). Y prosigue este autor, luego de referirse a la precariedad e inconsistencia de los recuerdos de hechos considerados como auténticos: “No se trata de probar que en un sentido ontológico el pasado no existe; sería algo visiblemente absurdo. Cuanto deseo postular es que, para todo propósito práctico, el pasado existe sólo cuando lo recreamos, al ejercitar en él nuestro pensamiento; o que el pasado, en cuanto historia individual o colectiva no puede ser recuperado sino que tiene que ser reconstruido.” (1)

Freud, en uno de sus artículos póstumos escrito en 1937 sobre “Construcciones en psicoanálisis” escribe esta frase cuyo alcance tal vez no haya sido todavía debidamente valorado: “Con frecuencia no se logra Inducir en el paciente el recuerdo de lo reprimido; en su lugar, si el análisis es correctamente realizado, despertamos en él una segura convicción de la verdad de la construcción, que rinde el mismo resultado terapéutico que un recuerdo recuperado”.

De acuerdo con mi experiencia como psicoanalista, suele producirse una verdadera reestructuración, que conduce al paciente a una ubicación más realista sobre sí mismo y sobre su mundo externo, aun cuando desgraciadamente, la vigencia de fuertes pulsiones masoquistas o vivencias de culpabilidad, etc., actúan desfavorablemente sobre esa evolución. Y todo ello sin que el pasado, o mejor dicho su historia, se halle aclarada en su totalidad. Es en virtud de estos principios, que nosotros rechazamos la inutilidad de las biografías. El hecho mismo de las contradicciones y diferencias a veces tajantes, de muchas biografías clásicas nos demuestra su movilidad: no son cosas estáticas o

muertas, sino que son verdaderas reconstrucciones en las que intervienen inconscientemente los rasgos personales del historiador. En ese sentido la labor del analista, en su tarea biográfica es interminable, es una constante transformación, porque otros analistas agregarán nuevos elementos que modifiquen la visión o la imagen del artista tratado.

Por lo tanto, no es un mal análisis aplicado aquél que hace uso de datos biográficos. Yo diría más aún, aunque pueda parecer una posición extrema: el análisis aplicado más valedero es aquél que toma en cuenta la vida del autor. Pero, debemos reconocer que existen malos análisis aplicados, pero por otras razones. Es el de aquéllos que no toman en cuenta, como si los desconocieran, los elementos dinámicos básicos de la psicología analítica. Se limitan a encasillar con el mismo criterio que el de los psiquiatras clásicos, a los artistas, pero recurriendo a ideas tomadas del psicoanálisis, por ej.: “Es un edípico, un culposo, un masoquista”, etc. Estoy convencido que este método escandalizaría a Freud, porque no agrega nada, o muy poco, a la mejor comprensión de la obra y del autor. Un ejemplo claro nos es facilitado por un artículo de un analista vienés radicado en EE.UU., sobre psicoanálisis y literatura.

Me refiero a F. Wittels, quien en un trabajo reproducido en “Sociedad, Cultura y Psicoanálisis de hoy” (E. Paidós, Buenos Aires, 1958), se dedica a “catalogar” a distintos personajes literarios según los “complejos” que los aquejan. Desvirtuando totalmente el pensamiento de Freud, prolifera indebidamente el número de los mismos, lo que a mi juicio es desvalorizarlo o convertirlo en un proceso trivial. Y así es que nos habla además del complejo de Edipo de un complejo de Fedra, de un complejo de Electra, de otro de Medea y hasta de un complejo de Jehová, a los que son arrastrados los hombres por su narcisismo (se creen infalibles, no toleran críticas, etc.). Decir que tal o cual autor o personajes, presentan tales o cuales inclinaciones por sus complejos o por pulsiones homosexuales, o por su sometimiento a figuras femeninas sádicas y viriloides,

etc., es afirmar una trivialidad, porque no nos da ninguna visión sobre sus dinamismos íntimos. No tiene en absoluto más valor que si, con criterio psiquiátrico, los tildara de perversos, maníacos, melancólicos, paranoicos, etc. etc. De esta manera, se llega hasta desvirtuar totalmente el sentido de una obra maestra. Así escribe Wittels: “En los tiempos actuales, cuando la Alemania nazi se inspiró en las óperas de R. Wagner, el mundo pudo advertir más claramente qué llenos de perversiones están los libros de Wagner. Parsifal es la apoteosis de la homosexualidad, donde la mujer es condenada a desempeñar el papel de la tentadora, arruinando el alma del hombre”. Quisiera creer que se trata de una mala traducción, porque afirmar que los nazis se inspiraron en Ricardo Wagner. es algo tan ridículo que linda con lo absurdo. Tomado al pie de la letra significaría que el Nacional-socialismo habría sido fundado por un grupo de fanáticos wagnerianos, luego de un festival de Bayreuth. El entusiasmo por Wagner, debía sin duda estar condicionado por otros factores, entre los cuales su antisemitismo (bastante ingenuo, por cierto) debió jugar un papel Importantísimo. Pero además, Parsifal no es la apoteosis de la homosexualidad. SI es la apología de algo, lo es de la castidad (lo que motivó, según tengo entendido, la ruptura final de Nietzsche con el maestro). Pero, la castidad no es una perversión: o se trata de una Inhibición neurótica, por conflictos internos, tal como lo vemos habitualmente en nuestra tarea profesional, a es una sublimación, muy difícil sin duda de sostener. SI alguien que ha hecho votos de castidad, fracasa en su intento y se convierte en un pederasta, en este mismo momento y por ese solo hecho, deja de ser casto para convenirse en perverso.

II

Todos estos comentarios centrados sobre el problema de la legitimidad del estudio psicoanalítico de la personalidad para una mejor comprensión de la obra, parte del supuesto, hasta ahora incontrovertido, de la presencia del

creador.

Pues bien, últimamente, un grupo de Intelectuales franceses dirigido por Foucault, Barthes y Derrida, ha formado una asociación de estudios teóricos: “Tel Quel” que es el título de una colección editorial, dirigida por uno de los componentes del grupo, Philippe Sollers. Aparentemente, muy influidos por las modernas teorías lingüísticas más o menos vinculadas al estructuralismo, estos autores anteponen el texto al sujeto, descartando de esta manera el problema del creador. En un libro editado por aquel grupo y titulado “Théorie d’ ensemble”, libro de una lectura difícil pero que tiene indudablemente el mérito innegable de traer a la discusión un buen número de nuevos enfoques que implican un vuelco de viejos conceptos tradicionales, uno de sus componentes, J. L. Baudry, escribe, refiriéndose a los cambios que nuevas lecturas provocan en los mismos textos: “En esta perspectiva, el sujeto, causa de la escritura, se desvanece y el autor, el «escritor», con él. La «escritura» no «representa» la «creación» de un Individuo aislado; no puede ser considerada como su propiedad, sino que al contrario, a través de un nombre que sólo es ya un fragmento textual, aparece como una de las manifestaciones particulares de la escritura general” y agrega luego: “Pleyner lo ha demostrado muy bien a propósito de Lautréamont, que no es un «autor» que firma una obra”, sino un texto que firma su nombre”. El mismo autor (Baudry) en otro artículo se refiere a Freud y la creación literaria: “El aporte esencial [escribe], del descubrimiento freudiano, que confiere al psicoanálisis su importancia y su actualidad, parece haber pasado inadvertido para la mayoría de los sucesores de Freud, incomprensible, o por lo menos ha sido mal visto en razón de la obsesión central que acosa al pensamiento occidental y al mismo Freud; la obsesión del sujeto y la Incapacidad casi general de pensar fuera de esta referencia”. Para aquel autor el problema que se le planteó a Freud en la “Gradiva” de Jensen sobre la posibilidad de interpretar sueños Imaginados, se hace más difícil por la presencia del “sujeto”, origen de “todas las dificultades de Freud”, por no tener en cuenta su “carácter textual”

que haría que la escritura, el texto escrito, podría sin la necesidad una mediación ser factible de una lectura similar a aquélla de la que son susceptibles los sueños. “La diferencia entre «sueño real» y «sueño imaginado pone el acento no sobre las diferencias textuales que podrían aparecer de su comparación, o sea sobre una lectura del texto mismo, sino sobre un estado y una facultad (imaginación) atribuidos al «sujeto».” Como sabemos’ Freud señala en el creador de una obra de arte, la existencia de una sabiduría especial que no posee el resto de los mortales. Baudry supone que se trata de un punto de vista teológico e ideológico, el que sostiene que el “sujeto” no es nunca un efecto del texto, sino que existe antes que él “como la sustancia causal necesaria a su producción” y lo es “en la medida en que los supuestos que fundan este discurso no son ellos mismos discutidos” Es indudable la admiración que Freud sentía por los poetas y novelistas, a quienes le confiere la capacidad de conocer entre el cielo y la tierra cosas en las que ni podríamos soñar. Esta frase estampada al principio de un estudio sobre la Gradiva está inspirada, como es bien sabido, en las palabras que Hamlet le dirige a Horacio en la escena y del 1er. acto: “¡Hay algo más en el cielo y en la tierra, Horacio, de lo que ha soñado tu filosofía!”

Antes de proseguir quiero indicar la posición extrema de los autores (ellos se consideran lectores que dan otro sentido a un texto ya existente) de “Théorie de ensemble”, como producto de una confusión o un mal entendido cuando afirman, como Baudry, que la escritura no representa creación de un individuo aislado. Esto es cierto, pero de ahí a invertir los términos y considerar al individuo como producto de la creación, hay un abismo. Es cierto que Freud cometió el error en la “Psicología de las masas” de considerar el aislamiento del poeta como condición indispensable para el logro de la creación artística. Pero esto era el corolario obligado de la doctrina evolucionista que Imperaba en la época según la cual el individuo era como la etapa máxima de su desarrollo evolutivo, prejuicio este último que Freud parece además haber tomado de la obra que lo inspiró: “La psicología de las multitudes” de G. Le Bon, autor que,

por otra parte, tenía más de diletante que de Investigador original, y a quien el mismo Freud, con la franqueza que lo caracteriza, termina por ubicarlo en su lugar. Pero esta influencia social no es una novedad. Hace muchos años que los críticos de arte han ligado estrechamente la obra (y el autor) al momento histórico en que aparecieron. No puedo extenderme sobre este punto, porque sería desbordar los límites de este artículo, aparte de que en el terreno de la crítica histórica y social mis conocimientos son obviamente limitados. Pero, quiero insistir algo más sobre la lectura de los textos y el descubrimiento de nuevos sentidos. Para mí, no deja de ser fascinante la amplitud y la elasticidad de la crítica del arte, en la medida en que ésta se modifica, cambia sus enfoques y no se mantiene anquilosada en una misma postura, haciendo posible el enriquecimiento de los textos mismos que estudia. De ninguna manera creo que las nuevas lecturas —por más que impliquen nuevas escrituras y viceversa, o repitiendo a Baudry “es lectura de una escritura, pero también escritura de una lectura, ella liga a toda escritura una lectura y a toda lectura una escritura”—, impliquen negar “el carácter de expresividad y de representación de este escrito en beneficio del texto mismo”. En una palabra, el texto como algo que se da, que está allí, y el autor figura borrosa o prescindible. Lo que sucede a menudo en el mundo literario es que el autor, aun mismo genial, puede no haber tomado plena conciencia de su valor y alcance. Aquí podría aplicarse la frase de Marx, citada por Levi Strauss: “Los hombres hacen su propia historia pero no saben que la hacen”. El texto es expresión y representación del autor, pero es a la crítica, en el buen sentido del término, a quien está encomendada el descifrar, la interpretación de lo que dicho texto oculta, pero de lo que el autor no estaba totalmente ajeno. Para citar un solo ejemplo clásico, tenemos el Quijote de Cervantes. Parece que para este último su intención (consciente) fue la de ridiculizar los libros de caballería, simplemente. Para él su obra póstuma, los trabajos de Pensiles y Segismundo, era su obra maestra. Sin negar de ningún modo las bellezas de esta maravillosa narración, es evidente la superioridad

tanto humana como literaria de la “Historia del ingenioso Hidalgo” que el propio Cervantes parecería ignorar pero que pudieron ser “descifradas” por nuevos lectores y enfoques críticos realizados a través del tiempo. No podemos además perder de vista que las nuevas lecturas, las nuevas interpretaciones sobre los mismos textos pueden ser erróneas o no, en la medida en que congelen, limiten sus alcances, o que en cambio abran nuevos horizontes hacia una permanente innovación. Unas empobrecen y las otras enriquecen. Y esta disyuntiva depende del “sujeto que la realice”. Es en este sentido que se expresan los esposos Baranger, O. Campo y J. Mom en su artículo sobre las “Corrientes actuales en el pensamiento psicoanalítico”: “No cualquier lectura es valedera, y cualquier lectura novedosa puede ser mutilante. El tiempo ya descantó a algunos «malos lectores» de Freud (Yung, Adler, Stekel y unos cuantos más). Nadie puede garantizar que uno sea o no «buen lector», en la actualidad.” Y en otra parte del mismo artículo escriben: “Cada corriente actual del pensamiento psicoanalítico es una lectura distinta y muchas veces, sin duda, una mala lectura de la obra de Freud”. Y más adelante: “Los buenos lectores son los capaces de descubrir, y su descubrimiento es la garantía de la validez de su lectura” “Lo que sabemos es que una considerable proporción de la literatura psicoanalítica actual está destinada a caer rápidamente en desuso y en el olvido, por superflua. Lo que no quita que una parte pequeña de esta producción, momentáneamente descartada, cuyo valor de renovación desconocemos ahora, **pueda ser redescubierta para el provecho de generaciones analíticas ulteriores.**” (1) En la historia literaria pululan los ejemplos de los “malos” lectores que ignoraron y de los “buenos” que rehabilitaron no sólo a autores aislados sino a corrientes enteras de expresión estética. Como ejemplo de lo que decimos podemos poner entre muchos, la diatriba de Brunetière y las críticas de Taine, contra la literatura francesa medieval y en general contra todas las manifestaciones artísticas de la época (la arquitectura gótica, por ej.), que ponían de manifiesto su asombrosa incompreensión. Hoy nuevas “buenas

lecturas” realizadas sobre todo por O. Paris y sus discípulos nos permiten apreciar las bellezas que aquéllos fueron incapaces de ver. Todas estas consideraciones nos llevan a la conclusión irrefutable de la realidad del “sujeto”, de su presencia permanente, de que no es una sombra que un texto firma: por eso es que hay buenos y malos lectores. El anonimato de muchas obras literarias (y de arte en general) o las dudas sobre la “paternidad” de otras, no debe llevarnos a prescindir del autor. Pienso que separar el sujeto de la creación es tan imposible o utópico como separar el hilo del tejido o el dibujo de un tapiz de su trama. Cuando Max Nordau volcaba sobre autores y obras geniales tanta crítica injusta, abusiva y hasta sin sentido, lo hacía en su carácter de discípulo de Lombroso, cuyas Ideas compartía sin discriminación: ponía su marca. Puedo agregar todavía otro ejemplo más personal. A principios del siglo XIX vivió un novelista, autor de literatura folletinesca: se trataba de Federico Soulié, contemporáneo y amigo de Gerardo de Nerval, que ocupó nominalmente según A. Marie, la dirección de su “Monde dramatique”. Pues bien, Soulié escribió una obra. “Les mémoires du Diable” que el lector común no titubearía en tildarla de novelón. Barbey d’Aurevilly, lo llamaba (a Soulié) “algo como el Shakespeare de las porteras”. Sin embargo, al final del prefacio escrito por H. Guin, en la reedición de la obra, agrega, refiriéndose al juicio de d’Aurevilly, que “no es menos cierto que este libro odiosamente laberíntico merece la atención”. Aquí ya se insinúa una nueva lectura y por mi parte debo añadir que encontré en las “Memorias del diablo” bellezas que no esperaba y (lo más sorprendente) juicios que expresan una firme y sagaz penetración psicológica. Pero no hay duda de que mi “descubrimiento” está condicionado, por la poderosa atracción que siempre ejerció sobre mí, todo lo referente a la demonología y la magia. Pero Barbey d’Aurevilly no estaba en condiciones de hacer la lectura del texto, de otra manera de como la hizo, y eso por su carácter personal de aristócrata que indudablemente lo llevaba a rechazar todo lo que contara con el favor del gran público. Sin embargo, a mi juicio, las “porteras”

hacían una mejor lectura. Se repetiría aquí, salvando la distancia, la posición de Freud frente a los sueños, al descubrir que el sentir popular desde la antigüedad estaba más cerca de la verdad que las opiniones de los hombres de ciencia.

Para terminar quiero referirme a algunas consideraciones formuladas por Baudry, sobre la crítica analítica, que pasa de la obra al autor., Se refiere especialmente a los comentarios de Freud sobre los rasgos patológicos de Hamlet o de Macbeth, que los liga a vivencias o situaciones vividas por Shakespeare. “La aversión de Hamlet por los actos sexuales es la aversión propia de Shakespeare. La obra envía a un sentido situado fuera de ella y designa no el texto mismo, Sino al autor del texto”. Más adelante:

“Se ve que la relación fundamental de la «obra» al autor, del texto al «sujeto», queda incambiada. Expresión de un autor, significante de un significado, que tiene por función representar, el texto, es siempre secundario, vale decir reductible a otro texto más esencial.” No voy a insistir sobre los reparos que nos merece esta prevalencia del texto sobre el autor. La última frase, no hace sino referirse a la posibilidad de nuevas lecturas, sin que, como ya lo dijimos, eso implique el borramiento del sujeto. Pero detrás de estos comentarios se vislumbra un evidente disgusto, porque Freud extendió los trastornos psicológicos de Hamlet o Macbeth a Shakespeare, lo que indica un claro rechazo, una verdadera alienación, del desatino de la insensatez o de la “locura”, “Freud” escribe, “no parece lejos de Considerar que el novelista, el poeta, es decir aquél a quien son atribuidos textos que lo definen Como novelista o poeta, y en razón misma de estos textos, se hace acreedor al mismo título que el neurópata a la investigación analítica”.

Cabría preguntarse aquí, admitiendo que es el texto el que firma, por qué elige a éste y no a otro, si no existiera de antemano una real afinidad entre ambos: o con otras palabras, si Hamlet es el verdadero poeta y Shakespeare su lector, por qué el texto de dicha lectura da caracteres psicopatológicos a Hamlet. En una palabra: si Hamlet es el poeta “histórico” del texto, lo lógico es que quien lo

firme sea igualmente histérico. Yo veo en estos conceptos pese al carácter “revolucionario” que se les pretende otorgar, el mismo rechazo, el mismo horror ancestral hacia la Locura que aún persiste en la actualidad. Es en definitiva negarle al “loco” el derecho a expresar sus desatinos al mismo nivel que los “cuerdos”. Después de todo el neurótico o el psicótico no hacen otra cosa que una lectura de los hechos o de las cosas existentes, distinta a la del resto de los hombres. No quisiera extenderme demasiado sobre estos puntos, pero a título de conclusión voy a transcribir una frase de Foucault extraída de su libro “Maladie mentale et personnalité”, de 1954: “En el horizonte de todos estos análisis hay sin duda temas explicativos que se sitúan por sí mismos en las fronteras del mito: el mito primero de cierta sustancia psicológica (libido en Freud, “fuerza psíquica” en Janet) que sería como el material bruto de la evolución y que, progresando en el curso del desarrollo individual y social, sufrirla como una recaída y recaería por el hecho de su enfermedad, a su estado anterior, el mito también de una identidad entre el enfermo, el primitivo y el niño, mito por el que se reasegura la conciencia escandalizada ante la enfermedad mental, y se afirma la conciencia encerrada en sus prejuicios culturales”.

Debo señalar en primer término, que Foucault no rechaza totalmente el punto de vista evolucionista, sino que hace hincapié en su insuficiencia y en la necesidad de completarlo con el punto de vista histórico. “Es necesario [escribe], llevar el análisis más lejos y completar esta dimensión evolutiva, virtual y estructural de la enfermedad, por el análisis de esta dimensión que la hace necesaria, significativa e histórica.”

Aquí rinde homenaje al genio de Freud por haber superado el “horizonte evolucionista”, definido por la noción de libido, para acceder a la “dimensión histórica del psiquismo humano”. Me cuesta comprender por qué si Foucault consideró legítima (por lo menos en la época en que escribió su libro) la

“dimensión” evolucionista se muestra tan duro con Freud en la primera frase citada acerca de los mitos. Pero este aspecto es el menos importante. A mi juicio, lo más grave, son sus apreciaciones sobre los mitos que ‘asegura la conciencia escandalizada ante la enfermedad mental’. La recaída hacia un estado evolutivo anterior, y como consecuencia, la identidad entre el enfermo, el primitivo y el niño. Hay aquí una confusión o un malentendido, porque esta doble “mitología” que al final se reduce a una, más que de Freud, se deduce de la doctrina lombrosiana de la degeneración. No hay que olvidar que para Lombroso el niño es un criminal nato en potencia y por lo tanto un primitivo (ideas que retorna Le Bon con un entusiasmo digno de mejor causa). “Los gérmenes de la locura moral y del crimen” escribía Lombroso en “El hombre criminal”, “se encuentran, no por excepción, sino de una manera normal, en los primeros años del hombre como en el embrión se encuentran constantemente ciertas formas que en el adulto son monstruosidades, tanto que el niño representaría un hombre privado de sentido moral; es lo que los alienistas llaman un loco moral y nosotros un criminal nato” (citado por E. Schreider; Les tynes humains). Esta hipótesis sobre la psicología infantil, fue ingenuamente homologada por Schreider, con la “perversidad polimorfa” de Freud, sin reparar en que esta última se da en el desarrollo histórico, ontológico del niño, y sobre todo que se halla vinculada a las represiones que actúan sobre la libre expansión de los Instintos. En una palabra, para Freud el remedio está en la remisión de aquéllos, en tanto que para Lombroso, estaría por el contrario en la Coacción social, la educación, o sea en la represión. Fue en virtud del carácter embrionario o de supervivencia de formas evolutivas superadas en el normal, pero que pertenecen a etapas de prehistoria en la evolución de las especies, lo que tranquilizaba, como dice Foucault, la conciencia de los hombres frente al “escándalo de la enfermedad mental”. Por eso, esta afirmación inaudita sobre la “monstruosidad” del niño o de los pueblos primitivos, no provocó en el público ninguna reacción violenta, aun cuando se pusiera en tela de juicio el mito de la

inocencia infantil. Pero, el descubrimiento de Freud de la sexualidad infantil y especialmente del Edipo, como elemento constante en el desarrollo histórico del Individuo, vale decir, como algo actual y presente en todos los seres humanos, sí provocó el rechazo sin atenuantes de su doctrina, y hasta las calumnias e injurias que tuvo que soportar y lo aislaron del mundo científico de la época. Y esto por la sencilla razón, de que ya no cabía el subterfugio de la evolución, para eludir la angustia ante un proceso que se desarrolla en todos nosotros a partir del nacimiento. Tampoco cabía la homologación con el “hombre primitivo” término que, como lo señala Lévi Strauss, fue mantenido por un evolucionismo perimido. “Un pueblo primitivo”, dice este autor, “no es un pueblo atrasado: puede, en tal o cual campo, revelar un espíritu de invención y realización que deja muy por detrás los logros de los civilizados”. Pero hay todavía un hecho más importante aún: y es que los descubrimientos de Freud levantaron la barrera infranqueable que artificialmente se había colocado entre la salud y la enfermedad mental. Hoy por hoy, no se concibe una diferencia tajante entre uno y otro estado, sino una verdadera graduación que los procesos dinámicos Inconscientes establecen entre uno y otro.

Por eso, yo pienso que contrariamente a lo sostenido por Foucault, la “dimensión evolutiva” puede ser totalmente descartada, por innecesaria (no agrega nada para la mejor comprensión de las neurosis) y además es indemostrable.

Si todavía agregamos el concepto actual de “neotecnia”, el hombre que nace totalmente desamparado y prematuramente (la “larga invalidez y dependencia de la criatura humana”, a que se refiere Freud), y más concretamente según Bolk, “un feto de primate genéricamente estabilizado”, podemos apreciar que la idea de la enfermedad mental considerada, como la persistencia de una etapa evolutiva anterior, carece de sentido. No puedo extenderme sobre el particular, me apartaría demasiado del tema (que, por otra parte he tratado en un artículo

anterior) sobre criterio de evolución en psiquiatría. (¹)

Aquí pongo punto final a esta pequeña contribución al problema de las relaciones entre el autor y la obra, en la que me he esforzado en demostrar los lazos indestructibles que los une. El próximo artículo de esta serie se referirá a la contribución del psicoanálisis a los problemas estéticos, que espero publicar si las circunstancias lo permiten.

¹ Aparecido en los Anales de la Clínica Psiquiátrica (año 1967).

LA FUENTE HUMANISTICA DEL PSICOANALISIS (*)

RICHARD F. STERBA

(M ichigán)

Dos meses atrás Peter Plos en su conferencia de Nunberg, dijo: “El psicoanálisis ha prestado siempre su adhesión firme y apasionada a la tradición humanista. Nada sigue siendo más apreciado y merecedor de nuestro esfuerzo que la influencia armonizadora que podemos ejercer sobre la vida del hombre a través de nuestra ciencia.

Si bien se puede dudar que el psicoanálisis moderno pueda aferrarse aún apasionadamente a la tradición humanista, es totalmente cierto que su fundador y sus cimientos originales están profundamente influidos por ideas e ideales humanísticos. No podía ser de otra manera ya que el sistema educacional que formó el espíritu y el intelecto de Freud durante los últimos años de su infancia y en su adolescencia desde los 10 a los 18 años —es decir hasta su temprana madurez— estuvo dominado por la ideología de la cultura humanística .

El humanismo es una filosofía y un sistema de valores que se desarrolló durante el Renacimiento. Es el resultado de corrientes culturales que empezaron a influir en las mentes de los principales intelectuales italianos en los siglos XIV y XV y que se extendieron por todo el mundo occidental. El humanismo perdura aún como factor importante en la cultura occidental hasta nuestros días. Trataré de demostrar cómo el humanismo tuvo una influencia determinante sobre el fundador del psicoanálisis y por lo tanto sobre su filosofía subyacente. Fue de des maneras que la ideología y la mentalidad humanísticas se manifestaron en el Weltanschauung y en el sistema de valores que sustenta al

* Presentado al panel “Las fuentes ideológicas del psicoanálisis” en la reunión anual de la Asociación Psicoanalítica de los EE.UU., Miami Beach, mayo de 1969

psicoanálisis de Freud, tanto respecto a la teoría como a la terapia.

La primera es una consecuencia y una prolongación de una corriente ideológica que empezó cuando al final de la Edad Media los lazos austeros de la dominación de la iglesia se fueron aflojando gradualmente. No puedo ni tengo por qué analizar las causas del cambio de perspectiva y la declinación del sistema de valores que en la Edad Media había dominado la mentalidad del hombre manifestándose en ascetismo, anti-hedonismo y espiritualidad. Entre estas causas hay que destacar el descubrimiento de territorios nuevos y distantes sobre este planeta y el contacto mayor con pueblos de una filosofía de vida diferente.

El Weltanschauung predominante de la Edad Media se basaba en la religión y estaba controlado por la iglesia y sus enseñanzas. Era básicamente anti-instintivo y enemigo de los placeres mundanos dado que consideraba la vida en la Tierra solamente como una preparación para el más allá, con recompensa eterna para los buenos así como eterno castigo para los malos - Según este sistema de valores el pecado y el placer eran en muchos sentidos idénticos. En contraposición a esta filosofía de vida fundamentalmente religiosa los humanistas propagaron el derecho al “hedone”, a disfrutar de la vida. Lorenzo de Médicis, “Il Magnifico”, el Gran Mecenas del Renacimiento florentino en cuya corte actuaron los humanistas italianos más importantes de la época, expresó esta libertad y este privilegio, recién descubiertos, de disfrutar de la vida, en los versos famosos:

“Che vuol esser lieto sia
di doman non c’è certezza”.

(Quien quiera disfrutar que lo haga
pues no hay certeza del mañana.)

Esta es una perspectiva que se opone radicalmente a la ideología anti-hedonística dirigida-al-más allá de la iglesia durante la Edad Media. Este

romper las cadenas opresoras de la institución religiosa del Renacimiento, permitió el estudio extensivo de los escritores de la antigüedad. Éstos se transformaron en la gran fuente de conocimiento y sabiduría y empezaron a equiparar-se con los escritos religiosos que hasta al Renacimiento habían proporcionado casi exclusivamente el material de lectura lícito. De este modo la perspectiva mundana de los escritores antiguos empezó a influir en el sistema de valores y en la conducta de los hombres cultos.

Con el surgimiento del humanismo, el conocimiento del latín y del griego y de los escritores de la antigüedad clásica se convirtió en el fundamento de la educación superior. No existía “uomo di cultura”, individuo culto, sin este conocimiento básico. Esta “exigencia cultural” se extendió a lo largo de los siglos siguientes, incluso hasta mi juventud. Una persona sólo podía considerarse como perteneciente a la elite cultural e intelectual si era suficientemente versada en los autores latinos y griegos. Se suponía que cualquier persona educada conocía de memoria muchas de las citas, particularmente de autores latinos. Un buen ejemplo se encuentra en el segundo capítulo de la Psicopatología de la vida corriente, de Freud, que trata del olvido de la palabra “aliquis” en el hexámetro de la Eneida de Virgilio. Cuando el joven allí mencionado no puede recordar el verso completo, inmediatamente Freud lo ayuda citando todo el hexámetro: “exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor”. Un individuo culto tenía que conocer al dedillo dichas citas clásicas. Este conocimiento se adquiría en la enseñanza media humanística a la que se asistía entre los 10 y 18 años, desde la prepubertad hasta a la madurez incipiente, es decir hasta el momento en que se desarrolla y cristaliza el fundamento de una filosofía de vida, un “*Weltanschauung*” y un sistema de valores.

Los estudios principales en el liceo eran las lenguas clásicas, latín y griego y las obras literarias importantes de la antigüedad en estas dos lenguas. Al latín se le consagraban 8 horas por semana durante ocho años, al griego 6 horas por

semana durante 6 años. Para presentar una imagen lo más completa posible de los estudios clásicos de Freud le pedí a un amigo mío que es profesor de filología en Viena que tratara de obtener el currículo de los estudios de Freud de las lenguas clásicas en el liceo. Tuvo la suerte de encontrar los informes anuales de los estudios de Freud en el liceo, que estaban sepultado... en un depósito en el sótano de la Universidad en Viena y me envió una copia. La extensión del material de lectura clásica de Freud impresiona mucho.

AUSZUG aus den HAHRBERICHTEN von FREUDS Gym.nasiurri

1868—1873 WIEN II

(Freud ingresó en 1866 cuando tenía 10 años y cuatro meses de edad)

1868: Sigmund Freud, 3. Klasse. Vorzug und Schulpreis (lista de honor, premio al mejor alumno) 1869: Sigmund Freud, 4. Klasse. Vorzug (lista de honor)

Lectionsplan: Latín: Livio I. y XXI. cap. 1.20 Ovidio, Metamorfosis N° 1
163-415

II 1-366, III 511-733

V 294-572, 642—678

VI 146-312, VIII 613-724

X 1-77, XI 1-84

Lectionsplan: Griego: Jenofonte, Anábasis I-V. Ciropedia. cap. I Homero, Iliada I, II, III (prueba de latín cada dos semanas, prueba de griego cada mes)

1871: Sigmund Freud, 6. Klasse, Vorzug (lista de honor)

Lecionsplan: Latín: Salustio, Bellum Iugurthinum Cicerón. Catilinas I, II, III, IV

Virgilio, I. y V. Églogas, Eneida I.

Lectionsplan: Griego: Homero, Iliada: III, IV, V, 50; VI. IX.X.XVI, XVIII, y libro XXII Herodoto, Libro VII

1872: Sigmund Freud, **7 Klasse**, Vorzug (lista de honor)

Lectionaplan: Latín: Cicerón, Pro Roscio Amerino; Pro lege Manilia
Virgilio, Eneida, III, IV, y, VI.

Lectionsplan: Griego: Demóstenes, Olintianas I-III, Sófocles, Ajax
Homera, Odisea I-III

1873: Sigmund Freud, **8. Klasse**, Vorzug (lista de honor)

Lectionsplan: Latín: Horacio, 50 Odas, 4 Epodos, 1 Sátira, 1 Epístola.
Tácito, Historia lib. I – Agrícola Virgilio, Eneida lib. VI.

Lectionsplan.: Griego: Platón; Apolrgía y Critón Sófocles, Antígona.
Homero, Odisea IV. V.

A estudiantes tan excelentes como Freud, además de este currículo, se les daba o que se llamó “Privatlektüre”, es decir, que el profesor sugería más material de lectura de autores clásicos en griego y en latín. Lamentablemente en el caso de Freud esto no quedó registrado. Supongo que Séneca figuraba entre los autores.

Volveré ahora a la tendencia hedonística humanística con su énfasis en el derecho al placer humano, que penetró en el mundo occidental a través del humanismo. Esta tendencia hedonística se expresó en la afirmación rotunda del derecho a disfrutar de la vida. El famoso humanista Ulrich von Hutten, amigo y partidario de Martin Lutero, destacó este derecho y pronunció la famosa exclamación: “¡Es ist eine Luzt su leben!”

“¡Qué alegría vivir!” Los humanistas de esta época se sintieron tan exultantes por la actitud recién adoptada hacia la vida que la compararon con el hecho de volver a nacer. El término “rinascimento” —“renacimiento”— que se inventó para este nuevo periodo cultural se refería no sólo al renacer de la antigüedad

clásica sino también al sentimiento recientemente descubierto de liberación de la alegría de vivir con todo su placer sensual.

Sin embargo, este énfasis del derecho a disfrutar chocó con la sólida resistencia de las fuerzas reaccionarias. A Savonarola, el monje de San Marco, predicador del fuego del infierno y del azufre, siguió Lorenzo de Médicis como tirano virtud de Florencia. Pero en Florencia así como en todos los territorios occidentales en que penetró el humanismo, el derecho a gozar de la vida y de sus gratificaciones mundanas se acentuó y fortificó y no pudo prohibirse ya más.

La lucha entre las tendencias afirmativas del placer y las que o niegan —o por lo menos las que lo restringen—, que se acentuó en el Renacimiento, no constituía un fenómeno nuevo.

Se remonta a los comienzos de la humanización del hombre; de hecho fue Freud quien en su trabajo “La adquisición y el control del fuego” (1), demostró que este primer logro cultural, quizás el más importante, provenía de la supresión del placer primitivo instintivo. Sin embargo, Podemos decir que con su teoría de la libido y sus esfuerzos para hacer que el hombre occidental Comprenda y acepte su naturaleza instintiva, Freud entró en el combate entre la afirmación y el rechazo del derecho del hombre al placer sensual, del lado de la aceptación y liberación del instinto, siguiendo así el camino trazado por los humanistas del Renacimiento. Creo que el reconocimiento de la importancia de la libido por parte de Freud y su lucha para que fuera reconocí la, fue estimulado en parte por su conocimiento de las obras de la antigüedad clásica. En una nota agregada en 1910 a los “Tres ensayos sobre la sexualidad” dice Freud: “La diferencia más notable entre la vida erótica de la antigüedad y la nuestra, reside sin duda en el hecho de que les antiguos ponían de relieve el instinto mismo, mientras que nosotros recalamos su objeto. Los antiguos glorificaban al instinto y por ello estaban dispuestos a honrar incluso a un objeto

inferior; mientras que nosotros despreciamos la actividad instintiva en sí misma, y sólo en los méritos del objeto encontramos excusas para ello.” Freud sólo pudo hacer semejante declaración basándose en su extenso conocimiento de la literatura clásica antigua. No sabemos en qué autores o trabajos fundamentó la anterior observación. Presumo que “El arte de amar” de Ovidio y los poemas de amor de Catulo figuraron en su bibliografía para este tema.

Junto con el anti-ascetismo del movimiento humanístico comenzó un largo y arduo proceso de secularización, proceso que como ustedes saben bien, no ha terminado aún. Las fuerzas irracionales que encuentran su expresión en la religión tratan continuamente de combatir esta secularización. La investigación genética de la religión, hecha por Freud en “Tótem y tabú”, “El futuro de una ilusión” y “El malestar en la cultura”, es una contribución muy importante a esta lucha por la secularización. La incompatibilidad básica entre la ciencia y la religión fue claramente subrayada por Freud repetidas veces.

Esto conduce a lo que Freud llamó “El poder decreciente de la religión”, lo que a su vez lleva a una secularización aún más grande y corresponde a tendencias similares en la ideología humanística.

Sin embargo, el conflicto secular entre el deseo y la prohibición, que fue acentuado por el espíritu del humanismo, está contenido al mismo tiempo en el Weltanschauung humanístico mismo porque la ideología humanística, que está a favor de la liberación de los impulsos, o al menos del placer, destaca al mismo tiempo a la “ratio”, o ser la razón, como el principio rector de la conducta del hombre, como el “biou kybernetes”, que gobierna la conducta de la vida. Freud concibió esto en su “principio de la realidad”. Aquí pudo nuevamente valerse de los autores de la antigüedad clásica, especialmente de algunos escritores latinos y de su filosofía. No conozco expresión más concisa y precisa del principio de la realidad que el hexámetro latino “Quidquid agis prudenter agas et respice

finem”. “Todo lo que hagas hasTa con prudencia y midiendo las consecuencias”, un precepto de conducta que cada liceal conocía de memoria, ya que era un importantísimo “locus communis” de la persona de cultura humanística. La “ratio” como principio rector domina la propia filosofía de la vida de Freud, su objetivo terapéutico y su visión o quizás su ilusión referente al futuro de la humanidad.

El objetivo terapéutico ideal de Freud consistía en la liberación de la represión para que pudieran ser incorporados e integrados los deseos impulsivos, que los cambios de maduración y la influencia terapéutica sobre el sistema defensivo hicieron aceptables. Este objetivo es eminentemente humanístico. El resultado buscado es por lo tanto una armonización entre las diferentes estructuras y divisiones de la psique que estaban en conflicto intersistemático. La armonización desempeña un papel importante en la ideología humanística, que consideraba al establecimiento del equilibrio como la mayor hazaña. En sus cinco conferencias dictadas en la Universidad Clark, en Worcester, Massachussets, en 1909, Freud dio una magnífica aunque simplificada ilustración del proceso terapéutico, comparando el impulso reprimido que perturba, con un revoltoso que debe ser expulsado de la sala de conferencias. La expulsión del individuo, con lo que Freud compara la represión de la exigencia impulsiva indeseable, no trae aparejada la eliminación del disturbio. Dice Freud: “No está más entre nosotros, nos vemos libres de su presencia, de su risa despectiva, de sus observaciones a media voz, pero en cierta forma la represión se ha visto frustrada, ya que arma un tremendo alboroto afuera, y con su griterío y golpeando la puerta con el puño interfiere más que antes en mi conferencia. En estas circunstancias, sería muy bien recibido el que nuestro honorable presidente, el Dr. Stanley Hall, hablara eventualmente con el revoltoso afuera y volviera luego con la recomendación de que lo dejáramos entrar nuevamente si garantiza que se portará mejor. Bajo la autoridad del Dr. Hall detenemos la represión, y ahora la quietud y la paz reinan nuevamente.” Semejante

moderación y control como resultado de la terapia es un ideal típicamente humanístico. El fortalecimiento del yo —principal distribuidor de fuerzas mentales— fue y es todavía la principal meta del tratamiento psicoanalítico. Se supone que la terapia acarrea represión firme, o inflexible renuncia dictada por la razón, así como también sincera gratificación de los deseos impulsivos lícitos, y tiene como meta un equilibrio armonioso que se adecua muy bien a las metas idealistas del humanismo. El concepto de la sublimación según Freud contiene la idea del ennoblecimiento del “Homo animalis” en “Homo sapiens humanus et cultivatus”. En 1909 Freud dijo nuevamente en una de sus cinco conferencias en la Universidad Clark: “El trabajo del psicoanálisis se pone él mismo a la orden de precisamente, las tendencias culturales más elevadas y valiosas, como mejor sustituto para la infructuosa represión”. Pero de acuerdo con todos los escritos de Freud “las tendencias culturales más elevadas y valiosas” correspondían a los valores humanísticos. En mi conferencia de Nunberg en 1968, señalé que resulta muy difícil alcanzar este ideal humanístico de armonización en nuestra era científica y técnica en que el viejo sistema de valores humanísticos se desvanece rápidamente.

Llego ahora a un último punto. Su elaboración sin embargo es sobre todo especulativa. Como analistas no podemos atribuir, en la formación del carácter, demasiada influencia exterior, durante los años de la adolescencia. Sin embargo sabemos que las figuras idealizadas de este período ayudan a configurar y elaborar el yo ideal de la persona. Con esto contribuyen en forma decisiva al sistema de valores del individuo en crecimiento. No estoy capacitado para probar nada definitivo en lo que se refiere a la influencia de los estudios humanísticos sobre ciertos rasgos del carácter de Freud. Sin embargo me llamó la atención que tanto sus valores como su actitud y conducta parecen moldeados en muchos aspectos de acuerdo con lo que los romanos llamaban “virtus” (2). “Virtus”, viene de “vir” palabra latina que significa hombre, y designa la masculinidad en lo que se refiere a la fortaleza emocional personal, la

autodisciplina, la entereza en la derrota y la sobriedad en la victoria. Pero la “virtus” romana es algo más. Su esencia es la devoción a una causa, mas allá de los propios intereses personales. Para el ciudadano romano de la antigüedad la “virtus” implicaba antes que nada devoción al estado romano, a la causa pública, a la “res publica”. Esta devoción se traducía en la “constantia”, rasgo saliente del complejo de actitudes incluidas en el término “virtus”. Esta “constantia” contribuyó enormemente a la grandeza de Roma. Lo que me llama la atención es que la devoción de Freud a su causa, a su “res”, al edificio científico que había construido, es comparable a la “virtus” de los romanos, expresada en su devoción a la “res publica”. Nada demuestra mejor cuán importante fue su “res” para Freud, que el hecho de que en su autobiografía apenas si habla de su vida privada. Su presentación se dedica casi exclusivamente a la “res”, a la cual consagró su vida larga, ardua y eminentemente productiva. Es muy característica en este sentido la forma en que Freud llamó al psicoanálisis en las cartas que envió a sus siete colaboradores más allegados, los de su círculo. Repetidas veces llama al psicoanálisis “die Sache”, traducción directa del latín “res”. En ocasión del quincuagésimo aniversario de Jones escribió: “[...] No puedo pensar en Ernest Jones, aun después de su quincuagésimo aniversario e imaginarlo diferente de como fue siempre: fervoroso y enérgico, combativo, **und der Sache ergeben**” (3) consagrado a la “res”.

Fue la propia devoción de Freud a su “res” a su “causa pública” lo que le permitió resistir a todo lo que se le vino encima cuando arrancó al mundo de nuestra cultura la máscara del autoengaño y mostró el Aqueronte que existe dentro de nosotros. Cuando se desencadenaron las tormentas de la indignación y de la agresión, cuando los amigos se volvieron enemigos, la aceptación rechazo, el amor y la admiración cruel hostilidad, nadie mejor que él supo seguir el consejo de Horacio: “Aequam memento rebus in arduis servare mentem” (4),

una advertencia que hoy en día bien podría traducirse así: “No pierdas la calma si las Cosas se complican”. Es esta resistencia y esta “constantia” lo que admiramos tanto en Freud. En esto siguió los grandes ejemplos de la antigüedad que cobraron vida para él, a través de su educación humanista. Esta parte de su “virtus”, para la cual encontró el modelo en su educación humanística, no es por cierto lo que menos contribuyó al éxito de la ciencia de Freud en nuestro mundo occidental.

BIBLIOGRAFIA

- 1) Standard Edition, Volume XXII., p. 187ff
- 2) Ludwig Curtius: Das Antike Rom, Verlag Anton Schroll & Co., Vienna
1944
- 3) Standard Edition XXI, p. 250
- 4) Odes II., 3, 1

FREUD Y EL HUMANISMO

LEÓN GRINBERG

(Buenos Aires)

Lo esencial de las significaciones contenidas en la imagen política, social y ética del hombre en las distintas épocas puede resumirse en el concepto enunciado por el término **dignidad**.

J. L. Romero (17) sostiene que el humanismo debe ser comprendido como una actitud que equivale a una postura frente a la vida y frente al mundo, a la cual el hombre no puede renunciar.

En el siglo XVI surgió la valoración del hombre como algo diferente, en contraste con la imagen denigrada que lo había caracterizado durante la Edad Media y la época feudal. Erasmo de Rotterdam, Petrarca, Descartes, Spinoza y Kant, entre otros, destacaron la importancia de la revaloración del hombre. Kant planteó la fórmula categórica y simple de que “el hombre es un fin en sí mismo”.

Goethe fue el último profeta de la concepción humanista que había quedado afianzada en el siglo XVIII. El humanismo surgió en momentos de Crisis sustanciales en el orden de las ideas. Más tarde, se consolidó a través de nuevas crisis que se expresaron por medio de dos fenómenos trascendentales como lo fueron la Revolución Industrial y el Romanticismo. De esta manera, se defendía una imagen del hombre y se la creaba al mismo tiempo. Todo ello para beneficio del hombre y de la sociedad en que vivía.

Para Julian Huxley (11) el humanismo es un sistema integral de ideas que vinculan al individuo y a la comunidad en el marco del proceso psicosocial permanente, reconcilia la “mente” y la “materia” en un monismo de aspecto dual y asigna al hombre su verdadero lugar en la naturaleza, mostrándole su auténtica destino. Lo considera además como un sistema abierto que se puede desarrollar indefinidamente. Según él, en el hombre del siglo XX, el proceso evolutivo está adquiriendo el fin consciente de sí mismo y comenzando a autoestudiarse con el propósito de orientar el curso futuro. La elaboración del conocimiento primario, de acuerdo con las fórmulas humanistas, puede producir ideas y principios que iluminen la condición humana en general, y posean la más amplia gama de aplicación particular.

II

Precisamente, el psicoanálisis constituyó uno de los intentos más logrados por el hombre para alcanzar la conciencia de si mismo sobre la base del “conocimiento primario” y del “autoestudio”. Fue además el método que nos proveyó de los principios que “iluminan la condición humana en general”. Por lo tanto, contribuyó enormemente a ampliar la concepción humanista gracias a su en-foque acerca de la naturaleza del hombre.

Freud, creador genial del psicoanálisis, fue un verdadero humanista en el más amplio sentido. Sobre todo porque pudo integrar la concepción humanista con la concepción terapéutica. Éste es el significado fundamental de la teoría de la libido y de las relaciones objetales, de su concepción del aparato psíquico, de su concepción tolerante y sabia del hombre tal como es, en toda su complicidad psicológica y en su desarrollo psicosocial. Introdujo profundamente el respeto a la personalidad en la conciencia de su época. Fue el más osado, el más revolucionario y, en un sentido profundo, el que tuvo más insight humanista.

Tal como lo sostuvo Bruner (3), hubo una profunda corriente de romanticismo en Freud, un sentimiento de la dramaticidad de la vida y del poder del simbolismo. Logró que el terapeuta pudiera entrar en el drama de la vida del paciente, haciendo posible que —a través de la transferencia y la correspondiente corrección interpretativa— el paciente elaborara y entendiera el drama, logrando así la sabiduría necesaria para ser libre.

Gracias a Freud se puede comprender la discontinuidad entre la intencionalidad racional de la vida durante la vigilia y la aparente irracionalidad del sueño y del mundo de la fantasía. El reconocimiento freudiano de los profundos procesos inconscientes en el acto creativo ha contribuido en mucho a nuestra comprensión de la relación entre el artista, el humanista y el científico. La notable imaginación de Freud permitió integrar los puntos de vista trágico, dramático y científico de las necesidades del hombre. En definitiva, Freud proporcionó una imagen del hombre que lo ha hecho comprensible.

La genialidad de Freud residió en su resolución de las polaridades entre realidad y fantasía, mundo interno y mundo externo, sujeto y objeto, infancia y adultez. Uno de los grandes méritos de Freud fue haber logrado romper la dicotomía entre individuo y sociedad (a). Sostuvo que la psicología individual constituía, por su propia esencia, una psicología social. Así, cada una de las actitudes del ser humano, en su expresión más profunda, sólo podía ser comprendida en su relación con el otro: su semejante. En última instancia, el estudio de las neurosis significa el estudio de las relaciones humanas pero encarándolas en todos sus aspectos y, en forma muy particular, en el conflictivo. Desde los primeros instantes de la vida, el niño está en permanente contacto con su ambiente social representado entonces por su madre. Si bien es cierto que cada niño nace con un determinado bagaje constitucional, su personalidad se estructurará según la calidad e intensidad de la influencia ambiental. Freud introdujo la valiosa teoría de las relaciones, objetales (desarrollada luego especialmente por Melanie Klein y sus colaboradores) a través de su

descubrimiento de la transferencia (8). Toda emoción está ligada no sólo a una fuente instintiva, sino que se encuentra referida siempre a un objeto en la experiencia inmediata. Subrayé especialmente que en la vida mental de cada individuo hay siempre algún otro implicado como modelo, como objeto de ayuda, como enemigo, etc. Otra de sus grandes contribuciones fue el reconocimiento, de la importancia decisiva del medio ambiente en el desarrollo del individuo. Su teoría sobre la instancia del superyó es una verdadera teoría operacional en cuanto explica en qué forma la sociedad actúa sobre el individuo (10). Parte de la base de la interacción entre un mundo de objetos externos y un mundo de objetos internos; el superyó es el sistema constituido por los objetos internos y es el resultado de la incorporación de imágenes externas provenientes de la familia y del ambiente social. La suma de los factores constitucionales por un lado y de los ambientales, por el otro, constituye lo que Freud denominó “series complementarias”.

Freud no cayó, por supuesto, en la dialéctica simplista o sutil de oponer el “sujeto individual” al “ente social”. Afirmar la primacía de uno u otro equivale a prejuzgar que existen entre ellos fronteras rigurosas, desconociendo los elementos sociales de la personalidad, o los elementos personales de la sociabilidad. Este descubrimiento del psicoanálisis, más que ningún otro, superó la antinomia reinante en los siglos pasados entre individuo y sociedad. Ya no se puede hablar de ellos aisladamente; ambos están representados por igual en la naturaleza íntima del yo. Esto no es una mera metáfora; para el psiquismo es una realidad actuante. El sociólogo Durkheim intuyó, en ese respecto, mucho de lo que después fuera explícitamente formulado por Freud y sus continuadores. En un pasaje de su “Sociologie et Philosophie” (4) señala que: “[...] Al mismo tiempo que la Sociedad es trascendente con respecto a nosotros, nos es immanente y la experimentamos como tal; al mismo tiempo que nos desborda, nos es interior puesto que ella no puede vivir sino en nosotros y por nosotros. O

más bien, ella es nosotros mismos en cierto sentido, y nuestra mejor parte además.

Un aporte importante de Freud al humanismo fue el de su esclarecimiento y aplicación del concepto de libido, (9) nombre con que designa la energía del instinto relacionado con todo aquello susceptible de ser comprendido bajo el concepto de amor. Con ese término, el lenguaje ha creado una síntesis perfectamente justificada de todos los contenidos y matices implicados en el concepto de libido. Freud ha recalcado la importancia de Eros en el mantenimiento de la cohesión en los grupos humanos.

Otro concepto esencial para la comprensión de la dinámica del hombre en su relación con los demás es el de la identificación. Freud ha puntualizado que “la base del proceso de **identificación** consiste en que un yo se transforma en otro yo; el primero se comporta, en ciertos aspectos, de la misma manera que el segundo; lo imita y, por así decirlo, lo incorpora” (9). En todo momento de su evolución, el individuo se identifica con algunas de las reacciones, actitudes, formas de conducta o sentimientos de las diferentes personas con quienes entra en contacto. La identificación es el resultado de las distintas relaciones de objeto. Cada personalidad está compuesta por sucesivas identificaciones que contienen la historia de las respectivas relaciones de objeto. Melanie Klein complementó lo estudiado por Freud estableciendo -la importancia de la interacción entre la identificación introyectiva y la identificación proyectiva (mecanismo especialmente investigado por ella) como base de las relaciones de objeto más tempranas en la vida del niño y su influencia en la evolución posterior hacia la condición adulta. (13)

En este sentido, es pertinente tomar en consideración la comparación establecida por Freud entre la infancia humana y la infancia de la cultura, cuya forma más primitiva en la historia fue el totemismo (7). El hombre primitivo, lo mismo que el niño en las primeras épocas de su vida, tuvo que recurrir a mecanismos defensivos arcaicos y de naturaleza mágica para protegerse. A tra-

vés de la técnica animista los seres primitivos adjudicaban cualidades humanas a los objetos de la naturaleza como una manera de controlarlas. En la actualidad, llamaríamos a esa técnica identificación proyectiva, mecanismo de defensa fundamental por el cual el individuo de nuestra cultura proyecta aquellos aspectos propios que le angustian, en los objetos externos a los que muchas veces queda totalmente subordinado. Pero la identificación también la base de la empatía y comunicación entre los seres humanos.

III

La actitud humanista de Freud se inspiró en distintas fuentes. Cabe destacar la admiración que sintió hacia figuras como Goethe, Kant y Darwin. Goethe ejerció una poderosa atracción sobre él. El hecho de haber leído su famoso ensayo sobre la Naturaleza fue el factor esencial que decidió a Freud a comenzar el estudio de la medicina. No hay duda que el humanismo de Goethe, y el de algunos- de los filósofos y literatos de su época, ejercieron una profunda influencia en su pensamiento. La tradición judía, con la que Freud mantuvo un estrecho contacto-, fue otra de las fuentes importantes que gravitaron en el modelamiento de su espíritu. Jones (52) destacó el hecho de que- Freud se sentía judío hasta lo más hondo de su ser. Agregó que era dudoso que Freud hubiera podido realizar la obra que nos legó, sin ciertos rasgos heredados de sus antepasados judíos: una peculiar agudeza innata, una actitud escéptica frente a la ilusión y al engaño y un decidido coraje que le hizo mostrarse imperturbable frente a la hostilidad de la opinión pública y la injusticia de sus colegas. Sus primeras ideas sobre la interpretación de los sueños las presentó en la Bnei Brith de Viena en 1897. Allí Freud expuso también su relación con el judaísmo a través de lo que denominó una

“identidad interior”, descartando la fe religiosa y el orgullo nacional como “vínculos primarios”. Pero- indicaba su atracción tanto consciente como inconsciente hacia el judaísmo. Mencionaba dos rasgos que creía debe-r a su ascendencia judía: la tendencia a “vivir en Oposición” y la “libertad de prejuicios” que estrechan el uso- del intelecto. Según Bakan (1), parecía haberle impactado especialmente la filosofía de vida impartida por uno de los movimientos judíos más trascendentales, el **Jasidismo**, que proponía un tipo de vida diferente basado en sus aspectos placenteros, en la alegría de vivir y en el respeto por el hombre. El Jasidismo —síntesis dialéctica entre el “Sabbatianismo” (*) y el judaísmo rabínico— corría paralelo a los objetivos del Romanticismo como un modo de integrar el hombre medieval al mundo moderno.

Freud —en un nivel— pareció haberse identificado con el contenido mesiánico del Jasidismo. En ese sentido, cumplía con la misión “mesiánica” de librar al ser humano de la esclavitud de su propio inconsciente. También se puede destacar la influencia que tuvo para él la figura de Moisés, el héroe y libertador de un pueblo. A raíz del ensayo “El Moisés de Miguel Angel, Jones (12) de preguntaba si Moisés representaría para Freud la imagen del padre, o, aun, si so identificaría con él, o ambas cosas en diferentes períodos.

IV

El humanismo se interesa por la verdad de los hechos; no tanto por la verdad absoluta, sino por aquella verdad que permite establecer relaciones adecuadas entre los fenómenos. J. Huxley (11) llama humanismo evolutivo a aquél que

* La familia de Freud era oriunda de Europa Oriental, donde había predominado un clima de misticismo tendiente a aliviar la amargura de los judíos del “ghetto” asegurándoles que serían salvados por la llegada de un Mesías. Fueron varias las figuras que surgieron a partir del siglo XVII erigiéndose en líderes espirituales de un gran número de judíos y actuando como falsos Mesías. Entre ellos, el más famoso fue Sabbatah-Zvi (Bakan). (1)

afirma la posibilidad de acrecentar el conocimiento y la comprensión, que reúne los conocimientos dispersos y los ordena para ofrecer una nueva visión del estilo humano. Tal como fue señalado anteriormente, la toma de conciencia de sí mismo y el auto-estudio son esenciales para fortalecer el conocimiento humano.

Jones (12) destacó que, en el verano de 1897. Freud emprendió la hazaña más heroica de su vida: el psicoanálisis de su propio inconsciente. Resulta difícil imaginar en todo su valor la trascendencia de dicho acontecimiento. Freud no contaba con ninguna ayuda para una empresa tan riesgosa. “Una necesidad poderosa de alcanzar la verdad a toda costa” —puntualiza Jones— “era el resorte interno más poderoso en la personalidad de Freud; -algo a lo que todo lo demás —comodidades, éxito, felicidad— debió sacrificarse.” Para expresarlo con las palabras de Goethe: “La condición Primera y última de todo genio es su amor por la verdad”

La concepción humanista del psicoanálisis se relaciona también con un aspecto específico de la ética: aquél que se refiere a la verdad. Desde Sócrates, la ética había surgido como el resultado del afán de salvación del hombre. Lo característico de la ética griega, la identificación de lo bueno con lo verdadero, se desarrolló posteriormente cuando se tendió a calificar lo verdadero como existente, en contraste con la calificación de no existente a lo falso.

Racker (16) señaló que el psicoanálisis como ciencia comparte con la ética el valor del descubrimiento de la verdad, su afirmación y su defensa.

Money-Kyrle (15) señala que el psicoanálisis es el método que permite ampliar los límites de nuestra conciencia. El efecto principal del análisis sobre nuestras emociones y nuestros deseos se debe únicamente al conocimiento que proporciona. Lo importante es ayudar al paciente a ver la verdad acerca de sí mismo. El análisis es un proceso racional que actúa por el solo descubrimiento

del error y su reemplazo por la verdad.

Según Bion (2), la verdad parece ser esencial para la salud psíquica. Sostiene que intentar conocer la verdad respecto de algo implica necesariamente un sentimiento doloroso que es inherente a la experiencia emocional misma del conocimiento. Agrega que conocer la verdad a través del sentido de realidad es una necesidad tan vital para el desarrollo de la personalidad psíquica como lo es el comer para el desarrollo corporal.

De modo que si la ética es conocimiento, e implica la adquisición de la verdad, lleva a la necesidad de encarar y admitir todas aquellas verdades que por ser penosas y angustiantes fueron negadas o eliminadas del campo de la conciencia. Creo que es esencial lo sostenido por Racker, Bion y Money-Kyrle, cuando enfatizan el aspecto ético del psicoanálisis en cuanto tiene como objeto principal el descubrimiento de la verdad por más dolorosa que ésta sea.

Freud afirmó que “[.....] Las verdades más espinosas acaban por ser escuchadas y reconocidas una vez que los intereses heridos y los afectos por ellas despertados han desahogado su violencia. Siempre ha pasado así y las verdades indeseables que nosotros los psicoanalistas tenemos que -decir al mundo correrán la misma suerte. Pero liemos de saber esperar.” (6)

Pienso que hablar acerca de la verdad en psicoanálisis implica, entre otras cosas, la adquisición del **conocimiento de la realidad exterior y de la realidad psíquica en una relación madura y discriminada**. Tan importante como alcanzar el conocimiento de sí mismo, es llegar al conocimiento del otro. Como ya fue señalado, el psicoanálisis no descarta, sino más bien integra la dimensión social acerca de la vida del hombre. Erikson (5) señaló que Freud trabajó constantemente en un área de investigación relacionada con la organización coherente de los procesos mentales’, que en todos los conflictos y

las situaciones de peligro garantiza a la persona humana una medida de individualidad, de sexualidad madura, de inteligencia e integridad. En el psicoanálisis, el yo es un organismo selectivo, integrador, coherente y básico para la formación de la personalidad. El yo, que fue estudiado primero clínicamente en sus estados de deterioro, ha revelado también su condición de regulador y control, de resistencia y poder notables. Es el “órgano” interno que permite que el hombre agrupe los dos grandes procesos evolutivos: su **vida interior** y su **planificación social**.

Quisiera terminar este artículo con las palabras de Thomas Mann (14):

“No me cabe ninguna duda que este médico--psicólogo (Freud) será honrado alguna vez como el hombre que halló el camino hacia un humanismo del futuro que ya entrevemos vagamente y que experimentará muchas cosas que el humanismo anterior no conoció. Será un humanismo colocado en una relación diferente con los poderes del mundo inferior, el inconsciente, el ello: una relación más audaz, más libre, más creadora...”

BIBLIOGRAFIA

- 1 — Bakan, D. **Sigmund Freud and the Jewish Mystical Tradition**, Nueva York. D. van Nostrand Company Inc., 1958.
- 2 — Bion W. R. **Aprendiendo de la experiencia**, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1966.
- 3 — Bruner, J. S. “Freud and the image of man” en Freud and the 20th Century. Nueva York, Ed. B. Nelson, Meridian Books. 1957.
- 4 — Durkheim, E. *Sociology and Philosophy* (Tr. Pocock, P. F., 1953) 1948, Londres, Cohen and West.
- 5 — Erikson, E. H. “Las raíces de la virtud” en *Psicología social y humanismo*, Buenos Aires, Ed Hormé, 1969.
- 6 — Freud, S. “Further recommendations en the technique of psycho-analysis”, *Papers en Technique*, 1911, SE. XII.
- 7 — “Totem and taboo”, 1913-1914, S.E. XIII.
- 8 — *Introductory Lectures on Psycho-Analysis, Part III*, 1916-1917. S.E. XVI.
- 9 — “Group psychology and the analysis of the Ego”, 1921, S.E. XVII.
- 10 — *The Ego and the Id*, 1923, SE. XIX.
- 11 — Huxley, J. “El marco humanista” en *El humanismo y el futuro del hombre*, Buenos Aires, Ed. Hormé, 1969.
- 12 — Jones, E. *Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Ed. Nova, 1960.
- 13 — Klein, M. “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”; *Rev. de Psicoanálisis*. T. 6; 1948-1949.
- 14 — Mann, Th. *Essays of Three Decades*, 1947. (Citado por Jones, E.)
- 15 — Money-Kyrle, R. E. “Psicoanálisis y ética”, traducido en la *Revista Uruguay de Psicoanálisis*, T. 3; 2-3; 1960.
- 16 — Racker, H. “Ethics and psycho-analysis and the psycho-analysis of ethics”, *Int. J. Psycho—Anal.* 47, part 1, 63-80, 1966.

17 — Romero, J. L. “Concepto histórico y concepto actual de humanismo”,
conferencia pronunciada en la Universidad Nacional de Buenos Aires en
1963.

FREUD
¿TERAPEUTA O FILOSOFO?

S. LEOVICI (*)

La captación de la obra de Freud por la filosofía es un movimiento observado probablemente en todos los países, pero especialmente en Francia. Coincide con el cuestionamiento hecho por los propios psicoanalistas, de la tendencia que se podría llamar psiquiatría psicoanalítica. En efecto varios psicoanalistas, aquellos precisamente que pretenden no interesarse en el carácter curativo de la cura psicoanalítica, cuestionan la acción de sus colegas en los servicios psiquiátricos en que colaboran o que dirigen. Al mismo tiempo, muchos de los que han realizado un aprendizaje en el campo de las ciencias del hombre, los psicólogos, sociólogos, antropólogos, y demás representantes de profesiones análogas, pretenden ejercer una acción psicoterápica de inspiración analítica. Pero niegan al mismo tiempo la necesidad de beneficiarse de una formación analítica, tal cual se dispensa en los Institutos de psicoanálisis vinculados a la Asociación Psicoanalítica Internacional.

Me parece, por lo tanto, que esta situación histórica del psicoanálisis en su desarrollo, se caracteriza, en Francia por lo menos, por el desconocimiento de la historia del movimiento psicoanalítico, de su influencia y de su alcance real, así como por una verdadera distorsión del conocimiento de la obra de Freud.

Estudiaré evidentemente ante todo lo que se observa en Francia, en donde la tendencia sería más bien actualmente la captación del psicoanálisis por la filosofía y el rechazo de su alcance terapéutico. Pero el exceso contrario es

* Dirección: 3 Av. du Président Wilson. París, 16º, Francia.

observado en los países de América del Norte, donde el psicoanálisis tiende quizás, al menos en algunos de sus aspectos, a disolverse en una acción psicoterapéutica que utiliza probablemente conceptos extraídos del psicoanálisis, sin recurrir al conjunto de su doctrina. Así la visita de cierto número de servicios norteamericanos o canadienses nos pone en contacto con jóvenes psiquiatras que han recibido o no formación psicoanalítica, pero que de teclas maneras practican psicoterapias psicoanalíticas bajo la supervisión de psicoanalistas; al revés de lo que se observa en Francia, el trabajo psicoanalítico se disuelve en una psicoterapia en donde es difícil detectar su origen. Aquí nos enfrentamos a lo que había previsto Freud cuando decía que el psicoanálisis sólo podía extenderse a la masa a condición de ligar el vil plomo de la sugestión con el oro puro de la interpretación.

No es quizás inútil volver aquí sobre la historia del movimiento psicoanalítico en Francia. Se sabe, según se ha leído en **“Mi vida y el psicoanálisis”**, que el psicoanálisis ha penetrado difícilmente en Francia en los medios psiquiátricos. Fue primero a través del interés de los círculos surrealistas que Freud fue conocido en nuestro país. Las traducciones de Freud se publicaron más bien tardíamente. La Sociedad Psicoanalítica de Paris fue fundada en 1927 y la historia de las relaciones de Freud y Laforgue nos muestra que sus vicisitudes no fueron pocas. Es así que Laforgue no quiso en primera instancia poner el nombre de Freud en la portada de la Revista Francesa de Psicoanálisis, para no indisponer a los lectores. Si a eso agregamos que las traducciones de Freud en francés dejan a menudo mucho que desear y que en particular aquellas que no fueron hechas por psicoanalistas contienen evidentes contrasentidos o falsos sentidos, sobre los cuales han insistido los traductores actuales, vemos cómo la obra de Freud sólo pudo penetrar con enormes dificultades en el medio psiquiátrico y en el medio filosófico, al menos hasta antes de la Segunda Guerra Mundial.

En esa época el pasaje de aquellos que habían tenido que abandonar Alemania debido al régimen hitleriano, tuvo al menos una influencia bastante decisiva, ya que cierto número de jóvenes psiquiatras desearon entonces adquirir una formación psicoanalítica. Este primer núcleo era evidentemente llevado por una vocación innata, y tuvo una influencia decisiva sobre el porvenir del movimiento psicoanalítico francés luego de la Segunda Guerra Mundial.

Puede decirse, sin correr el riesgo de ser demasiado esquemático, que el desarrollo del psicoanálisis, su institucionalización mediante la creación de un Instituto de Psicoanálisis, reflejaba la integración del psicoanálisis en el desarrollo de la psiquiatría en Francia. Ya desde esa época, numerosos jóvenes psiquiatras deseaban recibir una formación psicoanalítica que estuviera cada vez mejor codificada y que, para algunos, constituía lo esencial de la enseñanza que recibían, al menos en materia de conocimiento dinámico de la psiquiatría. Poco a poco numerosos psiquiatras con formación psicoanalítica penetraron en los servicios psiquiátricos, y algunos de ellos fueron colocados al frente de estos servicios o de servicios más modernos que contribuyeron a fundar y cuya organización, teniendo en cuenta los datos teóricos del psicoanálisis, ayudaron a poner en marcha.

Pero el movimiento psicoanalítico francés, en pleno desarrollo, sufrió cierto número de escisiones, que se pretendieron todas inspiradas por la necesidad de volver a Freud. Se sabe probablemente el éxito que tuvo en los medios filosóficos, y en menor grado en los psiquiátricos, la teoría que apela al estructuralismo y que fue inspirada por Lacan. Nuestra intención no es aquí la de discutir esta teoría, sino la de recordar que se inscribe en la tendencia que destaca el alcance filosófico de la obra de Freud, y que constituye por lo tanto una verdadera desviación de su real dimensión. En otras palabras: no compartimos la Opinión de quienes pretenden que el psicoanálisis tiene sólo, un interés teórico. ¿Cuántos psiquiatras que no niegan ser enemigos del

psicoanálisis pretenden al mismo tiempo no haberle comprobado nunca ningún efecto terapéutico? Sin embargo consideran o por lo menos así lo dicen, que el psicoanálisis tiene un gran interés teórico.

También sabemos, y volveré sobre esto, que Freud desconfió siempre del deseo de curar. Recordó más de una vez que tal deseo disimulaba una contra-transferencia megalomaniaca. El paciente mejora mediante una toma de conciencia, y el psicoanalista puede ayudarlo en esto mediante el conocimiento. El tratamiento psicoanalítico ofrece pues a quien busca curación y a quien quiere ayudarlo en esta búsqueda, una especie de “a posteriori”. Pero hoy en día se nos ofrece a menudo una caricatura de esta actitud. Aquellos que apelan al estructuralismo consideran que el psicoanalista no es más que un porta-espejo que el paciente puede encontrar por casualidad, y en donde puede tomar el status de sujeto, viéndose en el espejo que le alcanza el psicoanalista. Este no tiene otra misión que mostrar la planificación de la estructura que, comparada a la del lenguaje, gobierna la vida de nuestro inconsciente. Este, que se trasmite intemporal y misteriosamente, da al paciente el status de sujeto sólo en el marco de esta experiencia en que se coloca frente al psicoanalista porta-espejo. No nos parece que semejante experiencia signifique un retorno a Freud, sino más bien un enviciamiento y una distorsión fundamental de su obra.

En el terreno práctico, es fácil recordar que Freud señaló que el tratamiento psicoanalítico convenía a ciertos pacientes y a otros no. Oponía por ejemplo a las neurosis de transferencia, neurosis clásicas que tiende a combatir el psicoanálisis, a las neurosis narcisistas, cercanas de la esquizofrenia y para las cuales pensaba que el psicoanálisis no era indicado. Por supuesto que esta concepción ha variado y la experiencia de las psicosis ha demostrado que a éstas puede aplicarse el psicoanálisis, Sin embargo esta evocación de la lectura de Freud muestra que éste preconizaba que se plantearan indicaciones y contraindicaciones a la cura psicoanalítica. Es lo que todavía creemos, aunque

éstas se hayan depurado enormemente desde los escritos freudianos. Por supuesto que quienes no se preocupan por el interés terapéutico del Psicoanálisis no plantean indicaciones y contraindicaciones al tratamiento.

Para ellos es suficiente que éste sea pedido para ser aceptado, puesto que el tratamiento psicoanalítico no tiene otra ambición que la de restituir la verdad de la palabra para volverse una interpretación en el sentido estricto del término.

Frente a esta tendencia proponemos que se vuelva a la lectura de Freud a la que vamos a dedicarnos. Muy esquemáticamente se podía estudiar su obra en el doble plano de sus referencias filosóficas y científicas. Es inútil recordar que Freud fue primero médico. Se sabe en qué condiciones hizo interesantes estudios en el campo de la neuropatología y la neurohistología. Fue como médico que vino a París a pasar un año decisivo en el servicio de Charcot. Su interés por la terapéutica de la histeria lo puso en condiciones de dar una elaboración teórica decisiva a los tratamientos hechos y relatados por su maestro y amigo Breuer. Finalmente, la **“Introducción al Psicoanálisis”**, que corresponde a una feliz y decisiva modificación de la hipnoterapia, tenía por finalidad esencial la terapéutica de los estados neuróticos. Desde este punto de vista, los escritos clínicos de Freud, agrupados en Francia bajo el título **“Cinco Psicoanálisis”**, tienen una influencia decisiva sobre la obra teórica. Se podría decir que la lectura de “El hombre de los lobos” es la de la obra principal y piedra angular del psicoanálisis. Se refiere a las condiciones del nacimiento de la neurosis y a las condiciones de la reconstrucción psicoanalítica. Las relaciones entre Edipo y el erotismo anal son evocadas con sumo cuidado y precisión. Esto es sólo para recordar que en su conjunto la obra de Freud se construye a partir de la clínica y constituye una elaboración inductiva, de acuerdo con los procedimientos habituales de la medicina y de las ciencias del hombre. El proceso va **de la práctica a la teoría psicoanalítica**.

En esta misma perspectiva, la obra teórica de Freud se basa enteramente en

hipótesis neurobiológicas y psicofisiológicas. Es fácil mostrar en efecto, tal como se ve ya en su **“Proyecto para una psicología científica”**, incluido en los textos presentados a su amigo Fliess, que Freud ha sido movido siempre por la idea de encontrar los principios del funcionamiento económico en psicología.

Se trataba para él de aplicar al hombre la ley del menor desgaste energético, que parece gobernar el funcionamiento de todos los organismos animales. Esto lo llevó a estudiar las pulsiones en su representación y sus vicisitudes. El funcionamiento del Psiquismo humano se caracteriza en efecto, en toda la obra de Freud, por la búsqueda del menor displacer, es decir por la introducción de los sistemas secundarios que evitan las consecuencias de la no descarga pulsional. Es en esta perspectiva que Freud ha repetido más de una vez que el psicoanálisis estaba construido sobre el suelo biológico, que las pulsiones eran un concepto intermediario entre la biología y la psicología, que las bases del yo eran corporales, etc. Asimismo, Freud trató constantemente, en todas sus elaboraciones teóricas, de utilizar conceptos científicos, al menos aquellos de que podía disponer en la época en que escribía su obra. Eso se ve a todos los niveles. Por ejemplo en “Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad”, se ve a Freud describir la fase oral a partir de los datos de la observación directa del “chupeteo”, tal cual habían sido evidenciados por Lindner. También toda la idea de la bi-sexualidad biológica le fue proporcionada por sus relaciones con Fliess, que era un ferviente adepto de esta teoría, a la que daba un valor casi religioso. Pero es constante la referencia hecha a obras científicas. Se ve por ejemplo en “Tótem y tabú”, en donde Freud utiliza las referencias más discutibles de Darwin y Frazer. Si bien utilizó estas referencias con una finalidad bastante contradictoria. Por un lado se trataba de dar cierto valor a las comprobaciones hechas en el transcurso del psicoanálisis de los neuróticos; por otro lado, de fortalecer esas hipótesis de las ciencias anexas, porque Freud siempre pensó, sin ir tan lejos como Ferenczi en “Thalassa”, que la cura de los neuróticos permitía remontarse a los orígenes de la humanidad. Se sabe también cómo sufrió Freud

debido a su formación médica y que sostuvo enérgicamente la posibilidad, para quienes no eran médicos, de practicar el psicoanálisis. En este sentido no dejaremos de destacar el gusto de Freud por filosofar. Esto aparece ya en la correspondencia de Freud con su novia, en las primeras cartas en que le cuenta sus primeros éxitos en la clase de filosofía y su vocación errada. Con Fliess, cuando por primera vez utiliza la palabra metapsicología, dirá que quiere distraerse, divertirse, pero que no está forzosamente apegado a los datos teóricos que elabora en ese sentido. Hay que reconocer sin embargo que a partir de 1920 y en particular a partir del momento que Freud estuvo gravemente enfermo, su gusto por la teorización se desarrolló enormemente. Llama poderosamente la atención en este sentido la introducción de la noción del instinto de muerte y de la oposición entre Eros y Thanatos.

Nuestra tesis será que la lectura de Freud debe ser llevada como un todo, a lo largo de la trayectoria de la vida del creador del psicoanálisis, y que no se puede renunciar a la tendencia terapéutica en beneficio de la tendencia meta-psicológica, pero que esta dimensión metapsicológica es sin embargo indispensable.

Es por eso que trataremos de examinar ahora el estado del desarrollo del psicoanálisis, refiriéndonos por un lado a sus aspectos integrativos, dentro de la neurobiología y la psicopedagogía por un lado y la psiquiatría por otro. Mostraremos a continuación que las hipótesis metapsicológicas no deben ser desatendidas, y por esta doble referencia, no elegiremos entre Freud terapeuta o filósofo, sino que trataremos de mostrar que Freud debe ser considerado a la vez como terapeuta y filósofo, y que sus sucesores, aunque sean más modestos, deben desarrollar los aspectos terapéuticos de la doctrina freudiana, sin dejar de estudiar al mismo tiempo sus aspectos metapsicológicos.

Para aclarar un aspecto del desarrollo de la obra freudiana, elegiremos el que fue popularizado en Francia bajo el nombre de psicoanálisis genético, y que

corresponde a lo que generalmente se llama psicoanálisis estructural en los Estados Unidos, tal cual fue desarrollado por Hartmann y su escuela, en particular por Kris y Loewenstein. Anna Freud, a lo largo de su obra teórica, ha trabajado en este sentido, como puede verse en particular en su último libro, “Desarrollo normal y patológico del niño”. Se trata en cierta forma de mostrar la génesis de la relación objetal en el niño, y mediante esto, de mostrar que el triple aspecto del psicoanálisis, el que depende de la reconstrucción Psicoanalítica en el transcurso del tratamiento de los adultos, el que depende de la reconstrucción que puede hacerse durante el tratamiento - psicoanalítico de los niños y el que depende de su observación directa por psicoanalistas, no contradice de manera alguna los datos más modernos sobre el conocimiento del desarrollo neurobiológico del niño.

Los documentos sobre este tema son innumerables y una de las obras más destacadas de la literatura psicoanalítica de la posguerra es la de Winnicott, que en una forma extremadamente sensible íntegra en la reconstrucción freudiana los datos más importantes del -psicoanálisis kleiniano. No queremos repetir aquí el desarrollo de la relación objetal, de la cual traté varias veces de dar los aspectos sistemáticos, pero quisiera tan sólo recordar que Freud nos ha indicado la mejor dirección, en algunas de sus obras. En 1911 redactó un artículo fundamental llamado “Los dos principios del funcionamiento mental”. Es aquí en efecto que Freud habla de la unidad que existe entre el niño y los cuidados maternos, expresión a la cual Winnicott dará un sentido pleno, para recordar que no existe un lactante autónomo. Esta unidad obedece, según Freud, al principio del placer. El principio de la realidad es introducido como el de un menor displacer, cuando el niño debe separarse de los cuidados maternos y sólo puede hacerlo identificándose con una parte de las exigencias de la madre. Así, entre el narcisismo inicial y mortífero y los procesos secundarios, se organiza toda una evolución que llevará a la comprensión de la fase depresiva tal cual fue descrip-

ta por Melanie Klein, y que para Winnicott es un proceso que tiene un espesor de desarrollo en el tiempo.

Asimismo es, en la metapsicología publicada en 1915 que Freud mostrará que la función materna sólo adquiere su valor pleno en la medida en que el niño la catectiza y deja de ser un mero receptáculo de excitaciones extero y propioceptiva.s. Esta comprobación abrió las puertas a los estudios fundamentales de la escuela de Hartmann, a la de Spitz, y a ciertos estudios franceses, tales como los de S. Lebovici (Estudio de la relación objetal del niño), inscripta bajo el signo del aforismo según el cual la madre es investida antes de ser percibida, y los de Evelyne y Jean Kestemberg sobre los estudios genéticos en psicoanálisis.

Puede decirse que todo estudio serio en el campo clínico de la psico-patología del niño no puedo evitar tener en cuenta estos estudios genéticos. No sólo dieron paso al conocimiento de las consecuencias de las frustraciones de origen materno y de la patología carencial, tal cual fue ilustrada por John Bowlby en su obra sobre la carencia de cuidados maternos, sino que también dieron paso al conocimiento de las variaciones del desarrollo del niño, conocimiento indispensable para quien quiere precisar su diagnóstico y abrir perspectivas de pronóstico que constituyan la médula del trabajo del psiquiatra de niños y de su equipo.

Es así como fueron los psiquiatras de niños, con formación psicoanalítica, quienes a través de múltiples experiencias, especialmente en los centros de orientación infantil, contribuyeron a introducir el psicoanálisis en el campo psiquiátrico, fuera del manejo específico de los tratamientos.

Se ha escrito que el desarrollo de la psiquiatría comunitaria constituye la tercera revolución psiquiátrica, luego de la de Pinol, que liberó a los locos de sus cadenas, y de la de Freud, que dio un sentido a la locura del hombre. Pero

había que agregar aquí que, al menos en mi país, son los psicoanalistas quienes se pusieron a la cabeza de la cruzada en favor de la psiquiatría comunitaria. Esto supone en efecto el hacerse cargo de la familia, y el movimiento de psiquiatría familiar se ha inspirado ampliamente del conocimiento de las relaciones interpersonales que nos ha dado el psicoanálisis sobre la vida de familia. Fue igualmente el psicoanálisis quien dio un nuevo sentido a la vida institucional y a las relaciones que ahí se establecen y se organizan entre los que curan y sus pacientes. Muchos psicoanalistas consideran que las posibilidades de acción psicoterápica con enfermos psicóticos exigen un auxilio institucional que permita un doble foco de acción o una doble referencia. Un ejemplo de este tipo de institución es el de la Fundación Menninger en Topika. Estados Unidos. Pero debemos decir que el conjunto del movimiento en favor de la psiquiatría de sector, que tiene en Francia, en principio, fuerza de ley, y se basa en el “hacerse cargo”, psiquiátricamente, de una población dada, fue profundizado en numerosos trabajos psicoanalíticos cuyos detalles no es necesario recordar aquí. Sin embargo, una obra reciente, **“El psicoanalista sin diván”**, indica en qué situación se sitúa este conjunto de trabajos (Racamier, P. C., 1970, Payot. París). Un diván frente a un sillón, es así como se circunscribe materialmente la situación en que el psicoanalista interviene como tal. Pero fuera de su sillón y sin diván, ¿qué puede hacer el psicoanalista, que no sea psicoanálisis?

El psicoanálisis conoce técnicas menos directas que la estricta técnica analítica. Un gran número de seres dan sin saberlo una de las respuestas más urgentes al problema planteado por la práctica del psicoanálisis sin diván: son los psicóticos. Se les ha descrito, clasificado, encasillado: se empieza sólo ahora a comprenderlos. La vieja psiquiatría, la de los jardines zoológicos, cede por fin ante nuevas perspectivas. La verdadera psiquiatría de hoy se preocupa menos de contener que de comprender, de exhibir que de tratar a los enfermos.

Si es verdad que se puede juzgar a una cultura por los cuidados que dispensa a

los enfermos mentales, la nuestra tiene que recorrer todavía algún camino antes de alcanzar el nivel que cree ya poseer.

Pero esta regeneración de los cuidados a los enfermos mentales no podría basarse en el abandono de ayer, como tampoco en los engaños y las ilusiones mantenidas por la ignorancia de los enfermos y de los poderosos mecanismos inconscientes que operan en ellos y a su alrededor. Es por ello que el conocimiento psicoanalítico aparece hoy en día como cada vez más indispensable para la comprensión de los enfermos, de sus cuidados cotidianos y de las instituciones destinadas a tratarlos. Estas instituciones, al diversificarse, aprenden por fin a conocerse y a enfocar los verdaderos objetivos. Pero es aquí donde la mirada psicoanalítica permite evitar las soluciones abusivas superficiales, desesperadas, ilusorias o absurdas, que el miedo y la ignorancia de la psicosis no han dejado nunca de suscitar.

Es en esta perspectiva que los psicoanalistas pueden responder al deseo de Freud, que era el de fecundar la práctica psicoanalítica. Evidentemente, para hacer esto, es necesario saber seguir siendo psicoanalista en la acción y en el pensamiento, pero reajustarse sin rebajarse.

Este es sin embargo uno de los reproches que fácilmente se hace en mi país a los psicoanalistas empeñados en la acción psiquiátrica, y la discusión es llevada en nombre de todo tipo de argumentos que ahora conviene considerar y evocar.

Algunos reprochan a los psicoanalistas que trabajan en servicios psiquiátricos, el que se preocupen por mejorar y curar a sus enfermos. Piensan que de esta forma no proceden más que a una neoadaptación que forzosamente desnaturaliza el trabajo psicoanalítico. Según ellos éstos no deben preocuparse por curar en el sentido habitual de la palabra.

Es verdad que hace mucho que se han abandonado los criterios adaptativos de

la acción psicoanalítica. Hace muchos años, un coloquio de la sociedad Psicoanalítica de París trató de definir los criterios de curación y de fin del tratamiento psicoanalítico. No se piensa más que éstos consisten en una mejor adaptación con el mundo afectivo profesional y sexual¹. Se hablará más bien de una mejor organización del funcionamiento mental de menor tendencia a la regresión, pero también de capacidades para aceptar regresiones moderadas y para aprovecharlas, de canalizaciones de la agresividad que se integra al yo, etc.

Pero las críticas a que hacemos referencia son más radicales. Consideran completamente errónea la noción de curación en psicoanálisis. Piensan que esta curación no tiene otra finalidad que un mejor conocimiento, y que la mejoría viene a posteriori y por añadidura”.

De ahí a sostener la tendencia de la “anti-psiquiatría” tal cual es presentada por R. Laing en Gran Bretaña, no hay más que un paso. Se piensa entonces en los psicoanalistas que combaten las psicosis y trabajan en las instituciones, tratando de reducir los trastornos mentales, y de hacer entrar por la fuerza en el campo social tradicional a algunos sujetos que quedaban fuera de éste, debido a lo que se llamaba sus trastornos mentales. Se pide que los dejen tranquilos y que el psicoanalista se olvide totalmente de cualquier idea de mejorar la situación de estos pacientes, aun si es llevado a comenzar con ellos un tratamiento psicoanalítico. Estos autores se colocan junto a Michel Foucault, quien en su obra “La historia natural de la Locura desde el siglo XVII”, consideró que las enfermedades mentales no eran más que el producto de la ideología de los psiquiatras.

No creemos que sea necesario desarrollar argumentos en contra de estas perspectivas, que nos parecen totalmente irracionales. Es en todo caso difícil pensar que se pueda pedir a los enfermos y a sus familias, que acepten la idea

de una acción psicoanalítica que no pueda conducir, al menos en su proyecto, a una mejoría de lo que podría llamarse el rendimiento del enfermo.

Somos sin embargo sensibles a la idea de que el Psicoanálisis puede deformarse en estas perspectivas. Tenemos la impresión de que en su aplicación extensiva puede observarse, en cierta medida al menos, una verdadera distorsión del psicoanálisis. De hecho, ya lo hemos dicho, los datos de la psicología llamada dinámica están tan difundidos, que es muy corriente la aplicación de las psicoterapias psicoanalíticas hechas por psicoterapeutas que por otra parte no tienen formación psicoanalítica. Estas psicoterapias “de sector”, que tienden a una mejoría de ciertas funciones del yo, se alejan en realidad del psicoanálisis y amenazan con diluir realmente a la filosofía psicoanalítica en un pragmatismo mal razonado. Es decir que ahí donde el psicoanálisis ha alcanzado gran difusión hay que entender que la comunidad psicoanalítica debe unirse, y que muchos ataques provenientes de diversos países europeos contra los psicoanalistas norteamericanos deberían atenuarse, debido a que el psicoanálisis está menos enraizado en el continente norteamericano de lo que se cree generalmente.

Pero se supone que los puristas del psicoanálisis tienen otras ocasiones de revelar sus excesos. En Francia éstos se resumen actualmente en la aceptación de la doctrina de la psicoterapia institucional. Los partidarios de esta doctrina consideran que los psicoanalistas que trabajan en las instituciones o los dirigen deben mantener una actitud estrictamente analítica. Les estaría vedada toda participación en la actividad clínica y la actividad terapéutica tradicional. El psicoanalista no puede ni debe mirar en forma neutral a los enfermos y a la institución, de los cuales es en cierto modo el testigo y el revelador, según la teoría a que aludimos al comenzar este trabajo. Aquellos que defienden la teoría de la psicoterapia institucional consideran también que la institución equivale a

un verdadero psicoanalista, y que el conjunto de los enfermos constituye el sujeto en tratamiento. De ahí el estudio de los fenómenos transferenciales y contra-transferenciales que mezclan asistidos y asistentes en una estricta igualdad. Ni qué decir que en esta asimilación apresurada se descuidan los caracteres reales de la vida institucional y la desigualdad fundamental e inevitable que existe entre los asistidos y los asistentes. Esto, por supuesto, no significa que los psicoanalistas no puedan contribuir, como vimos, a mejorar el cuidado institucional fuera de la acción más o menos específica que puedan realizar, dado que son capaces de conducir psicoterapias psicoanalíticas adaptadas al tipo de enfermo institucionalizado, y en las condiciones de la hospitalización.

En ciertos círculos psicoanalíticos se escucha otra queja contra los ensayos científicos de integración del psicoanálisis y de las ciencias del hombre. El cuestionamiento se plantea aquí esencialmente contra los estudios genéticos en psicoanálisis. Se trata de críticas radicales contra el estudio del desarrollo del niño. Lo esencial de estas críticas puede aclararse de la siguiente manera:

Al estudiar el desarrollo del niño se vuelve siempre al estudio narrativo de sus primeras experiencias con la madre; lo cual conduce a viciar el campo de referencias fundamental del psicoanálisis, que no es ni el de la biología, ni el de la psicología, sino específicamente el de las representaciones pulsionales y de su organización. Las perspectivas y las peripecias de lo que se ha llamado en Francia “el retorno a Freud”, insisten en que el tiempo “de los acontecimientos” y del desarrollo no puede interesar al psicoanalista, quien debe resueltamente enfrentar el tiempo intemporal del inconsciente. Por ejemplo, estos psicoanalistas, que critican las posiciones genéticas y que en Estados Unidos se llaman estructurales en psicoanálisis, consideran que éstas descuidan la importancia del orden edípico, que connota el destino del hombre. Proclaman que no es importante saber si es la relación con la madre la que fundamenta el yo pero pretenden que el orden paterno es la ley del hombre. Se apoyan en los estudios

modernos de la lingüística para pretender que “el inconsciente funciona como un lenguaje”. En esta perspectiva, el padre fundamenta la ley; no es otra cosa que el falo, que permite acceder a los símbolos y que refleja la falta fundamental de la madre.

Es inútil insistir en el hecho de que estas teorías que reflejan la moda estructuralista en filosofía, niegan directamente la historicidad en el Psicoanálisis. El estudio diacrónico se considera sin interés frente al estudio de la estructura y de la sincronía. El padre no es más un ser viviente, sino, como lo escriben estos autores, un “Significante”, puesto que retomamos, de una manera un poco apresurada, la teoría lingüística de Ferdinand de Saussure.

Creemos que el interés de esta tendencia reside en que nos recuerda la importancia de las organizaciones y de las estructuras. Es verdad que Freud ha vacilado y oscilado constantemente en la importancia respectiva que ha asignado al acontecimiento, al traumatismo, a ‘la historicidad y a la organización de los conflictos internos y a las estructuras. Es a esta segunda tendencia que se refieren sus puntos de vista más pesimistas, que nacen con la descripción del instinto de muerte, y la del carácter fundamental del masoquismo humano, completamente proyectado sobre el super-yo. Igualmente, luego de numerosas vacilaciones, pudo escribir que la experiencia individual de cada uno no hace más que reproducir la historia de la especie; retomó así la hipótesis biológica de Haeckel, según la cual la ontogénesis reproduce a la filogénesis. Por fin, al término de su vida, afirmaba su escepticismo referente a las posibilidades de evolución psicológica frente a la roca biológica de la castración del hombre, ya que la mujer no acepta ser castrada y el hombre no acepta su pasividad (Análisis terminable e interminable, 1937).

Es un hecho que la lectura de Freud no podría detenerse en la descripción de los conflictos “de los acontecimientos”. Muy pronto, en la historia del psicoanálisis, Freud consideró que el campo específico de su teoría era el del estudio del bloqueo pulsional. Para él, el objeto de las pulsiones era lo contingente y lo esencial era la introducción de la economía pulsional en la comprensión del psiquismo humano.

Ese es el sentido de la tentativa metapsicológica. No cabe para nosotros la menor duda de que sea necesario recurrir a ella, aun si el mismo Freud se mostró a veces escéptico sobre las consideraciones teóricas que podía desarrollar, en lo referente sobre todo a las pulsiones. En todo caso no se podía aislar a los estudios genéticos en el psicoanálisis, tal como aparecen en las ediciones revisadas de los **“Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad”**, y hay que admitir que la teoría psicoanalítica no podía prescindir de los estadios sobre la bi-homosexualidad, la ambivalencia y la bipolaridad instintiva, y por fin que la tónica psicoanalítica, definida por las estructuras tripartitas de la psique, pertenece a la herencia psicoanalítica. Asimismo hay que reconocer con Freud que la estructura del Edipo marca el destino del hombre.

Pero creemos que la exposición de estas grandes tendencias, las que tienden a una mejor inserción del tratamiento psicoanalítico mediante la comprensión del desarrollo y de la psicopatología, y mediante una mejor integración de la acción del psicoanalista en la acción psiquiátrica, y por otra parte las que ponen en relieve la importancia de la metapsicología freudiana, deben conducir a una actitud razonable y medida.

Lo mostraremos, por ejemplo, en lo que un psicoanalista puede pensar del papel del padre en el estado actual del desarrollo del psicoanálisis.

Si trabaja en un servicio de psiquiatría infantil, no puede dejar de sobrecogerse ante la importancia de la dimisión del padre en las estructuras familiares actuales. En sus trabajos de apreciación y en su trabajo terapéutico es

llevado pues a evaluar el peso de la carencia paterna.

A través de esto da vida y sustancia a los diversos trabajos psicoanalíticos que nos llevan a pensar que vamos probablemente hacia la “sociedad sin padre”, tal cual la definió recientemente Mitscherlich. En esta sociedad, el padre no es más que un engranaje técnico y su hijo no lo conoce ya personalmente. De ahí, según Mitscherlich, la facilidad con que los adolescentes van a la rebelión. Gérard Mendel en su libro **“La rebelión contra el padre”**, y André Stéphane en **“El universo interpelante”**, se consagraron a argumentos del mismo tipo. En ambos casos, los autores muestran que la sociedad actual de los adolescentes se caracteriza por la evitación del padre y del Edipo, en favor de una sociedad fraternal que hace volver a dimensiones regresivas de identificación, tal cual fuera definida por Freud en su ensayo titulado **“Psicología de las masas y análisis del yo”**.

Y, sin embargo, el destino del hombre está subtendido por la metáfora de Edipo. Se sabe cuán fiel fue Freud al mito de **tótem y del tabú**. Consideraba, retomando los conceptos de Darwin, que el padre de la horda primitiva fue matado un día por sus hijos, que querían gozar de las mujeres que él les prohibía. Pero atormentados por la culpabilidad, revalorizaron el yo bajo la forma de] animal totémico a quien sacrificaban regularmente, y cuyas cualidades se incorporaban por medio de una introyección enriquecedora en el transcurso de la fiesta totémica. De esta fiesta totémica habría nacido la prohibición del incesto, fundamental en el destino del hombre. Esta estructura se vuelve a encontrar en efecto en el destino de cada uno de nosotros.

Pero conviene recordar aquí que ella se basa en el suelo biológico, o sea en la prematuridad del hombre recién nacido que depende totalmente de la madre, y que debe introducir un mediato paterno, para aceptar las frustraciones que le impone la madre y de las cuales hace responsable al padre. La necesidad del mediato paterno se puede comprender también debido a su largo desarrollo

conocido desde Bolk con el nombre de “neotecnia”.

En estas condiciones se abren dos grandes perspectivas para el psicoanálisis y ambas deben ser seguidas. La primera es la de la terapéutica. Por su organización neurótica, cada hombre es llevado a revalorizar al padre que quiso matar, y que creyó matar debido a ‘la omnipotencia de su pensamiento infantil. Es ese el origen de la neurosis infantil, retomada luego en la neurosis del adulto. Pero para curarse de ella, y curarse por medio del psicoanálisis, cada hombre debe matar la imagen paterna, en el preciso y doloroso instante en que su padre amenaza morir realmente. Es éste, presentado en forma evidentemente esquemática, el sentido mismo de la cura psicoanalítica.

Al mismo tiempo cada psicoanalista puede concordar con Freud filósofo y descubridor, para decir que el destino del hombre medido en su neurosis individual, hace volver a la dimensión humana, o sea a la organización del hombre a partir de su destino biológico. Desde este punto de vista, el mito del tótem y del tabú aun si se ano-ya en datos etnográficos que nos parecen cuestionables, representa una metáfora que nos define y a la cual el psicoanalista puede permanecer fiel. Habrá que ir más lejos aún y pensar con Freud que el mito revela a la historia y que como escribió en su **“Moisés y el monoteísmo”**, la historia del pueblo judío se repite en la neurosis de cada uno. Se trata ahí de una construcción teórica evidentemente discutible, pero que puede ser considerada como ejemplar, cuando el psicoanalista cree poder extraer, de las comprobaciones hechas sobre cada uno de sus pacientes, una construcción que se ensancha hacia las dimensiones de la historia del hombre. (**Construcciones en psicoanálisis 1937.**)

Por lo tanto creemos que las tentativas diacrónicas y sincrónicas, que el interés prestado a los hechos, a los acontecimientos a la estructura, deben inspirar la acción cotidiana del psicoanalista, quien, fiel al recuerdo de Freud, debe ser ante

todo, terapeuta razonable y aprendiz de filósofo.

Traducido por **Ivonne Errea de
Dominguez**

EL DESARROLLO PSICOSEXUAL

SAUL PACIUK (*)

1. — El desarrollo psicosexual aparece en un momento de la psicología al que podemos reconocer dos fuentes, las mismas que componen su nombre: la psicología evolutiva y el estudio de la vida sexual y afectiva.

La psicología evolutiva trajo el interés por la génesis, por las “edades del hombre”. Reemplazó la comprensión de los antecedentes del modo de ser adulto como meras preparaciones imperfectas, como pura inmadurez. El cambio permitió que surgiera una psicología de la infancia, considerada como inscripta en un proceso que lleva a la adultez, pero con un valor propio: el hombre ya no es sólo un adulto más o menos logrado, sino con esta facultad. Antes de serlo, es niño.

Esto representó un descentramiento del adulto (quien deja de ser el fin y ‘modelo de toda organización) y la posibilidad de descubrir por un lado, una ley propia en lo que no es él mismo y por otro, las raíces de su ser adulto en lo infantil. A la vez posibilitó descubrir la continuidad de lo infantil en lo adulto, al punto que para alguna psicología, el adulto no es sino un niño parcialmente “maduro”.

2. — Conjuntamente se va dando una parcelación del hombre en campos yuxtaposibles y los desarrollos que se describen parecen seguir líneas propias según el campo considerado. El adulto no es igualmente maduro en todos ellos, no es un adulto macizo. El desarrollo se hace atomizado intelectual, sexual, motor, social, etc.

3. — Este proceso llevó a hallar en la niñez aspectos “ignorados”, uno de los cuales es el de la vida sexual. Freud “descubrió” la sexualidad infantil, que imputa al niño sentimientos hasta entonces rechazados y al mismo tiempo señaló las formas de la continuidad de esta sexualidad infantil en el adulto y las raíces en el niño de la sexualidad adulta. La vida sexual infantil aparece asociada a lo aberrante del adulto, entendido como una persistencia o fijación en lo infantil.

Freud vio la genitalidad como un momento de la sexualidad, y estos términos dejaron de ser sinónimos. Busca los antecedentes de lo sexual, aquello en lo que ha venido a parar lo infantil y comprende cada paso por aquello a lo que apunta y desde ya prefigura y por aquello de lo cual es un desarrollo. Las conductas no sólo se suceden, persisten y explican las peculiaridades de una evolución que sólo forzosamente es recta, mera sustitución.

4.— Lo sexual aparece como problema interno, como impulsado desde dentro por una fuerza, un instinto, colocado en la frontera de lo psíquico y lo biológico y representando una compleja forma de integración de ambos. En lo sexual, lo corporal y lo mental son inseparables, sexo supone cuerpo, un modo corporal de referirse al mundo, ejemplificado en el sueño, donde cada cosa vale inmediatamente por su notoria connotación corporal. **Lo sexual representaría la vivencia del propio cuerpo que hace el sujeto aislado.**

Todavía más, lo sexual representa en la psicología de ese momento, la única conducta que implica trato con otro cuerpo, con otro que se resiste a ser mero cuerpo. Con lo que la posibilidad de una psicología solipsista, queda simultáneamente puesta en cuestión. Pero sólo más tarde se desplegará la fecundidad de esta contradicción, de cuyo desarrollo saldrá una de las vías de descubrimiento de una comunidad humana esencial y Originaria.

* Dirección: Rambla República del Perú 1075, apartamento 703. Montevideo

5. — Se dice “descubrimiento” de la sexualidad infantil, pero no fue tal en el sentido de ver cosas que nadie había visto. El descubrimiento fue dar sentido, ubicar en un mapa abarcador, cosas que se sabían, mas cuyo valor era ignorado. Pero aún así debe hablarse de descubrimiento: Freud supuso que lo que implicaba aquella sorprendente ignorancia, era un afecto especial que impedía el entendimiento. Entonces no se trató sólo de describir el desarrollo de un impulso o de una conducta, sino de ver que esta descripción **es inseparable de la relación que se establece entra quien habla y quien escucha**, que no es mismo hablar de desarrollo sexual que intelectual y que quien lo hace encuentra una actitud de descreimiento. Si lo sexual por definición supone otro (o más de uno, como lo descubrió Freud con el modelo de relación que llamó Edipo), el problema del otro está presente ante el despliegue de la sexualidad y también cuando se la estudia: el problema del otro se “transfiere” a la relación con el científico que lo plantea.

Así, el descubrimiento de Freud no sólo integra conductas dispersas y hace notorio lo negado o lo reservado a una intimidad vergonzante, sino que **nos enseña el porqué de la dificultad para ese acceso**, cómo la resistencia a la sexualidad infantil se análoga a la resistencia al otro y se funda en la necesidad de seguir siendo la conciencia soberana que sabe de sí todo y es su propio juez y decide acerca de lo que conviene a su imagen de sí. A una organización atómica interna (lo sexual disperso, y a la vez segregado del resto de la vida) se corresponde una organización atómica externa, donde la voz de cada uno nada tiene que decir al otro, o al menos es “resistida”. Pero que lo sea, denota que le importa.

Si el hombre ya no es autosuficiente, si la conciencia ya no es autónoma y soberana, puede aparecer un inconsciente como el modo primordial de darse lo sexual. Es lo reprimido y esto reprimido se análoga a lo resistido, se inscribe en un fenómeno social.

6. — Podemos ver entonces que desde un comienzo se abrieron para la comprensión del desarrollo psicosexual, dos caminos, que suponen dos puntos de vista y aun dos psicologías. El de una Psicología solpsista o el de una psicología relacional. La que tiene en vista un hombre preocupado por las fuerzas ajenas y casi impersonales, que siente que obran en él y son un agobio, o un hombre preocupado por trates efectivos e imaginados con otros y resolviendo “el problema del otro”.

El primer encare supone que se estudia la evolución de un impulso que lleva a establecer, optativamente, relaciones con los demás, entendidos a su vez como ocasiones para activar y descargar ese impulso. El segundo, una psicología de las relaciones de objeto, que concibe un sujeto desde siempre en trato con objetos y que en alguna forma incluye la respuesta de estos en sus determinaciones (aun cuando la niega, porque entonces esta respuesta tiene una existencia negada).

Por otra parte, la primera forma de desarrollo supone un observador que registra conductas o testimonios de un sujeto que hace cosas. La otra implica un observador que intenta definir sentidos, que se supone ante un interlocutor y no ante un receptor y que está comprometido con él, que descubre sentidos.

Y puede decirse que ambas formas de entender tienen raíces en Freud, en diferentes momentos de su cloro, en diferentes “modos de leer a Freud”.

7. — En uno de los sentidos, Freud representa en la psicología el momento de la introducción del cuerpo y del otro con sus nociones básicas de sexualidad y do inconsciente.

No es que antes no se viera el cuerpo. Se le destazó como fuente de apstencias, origen de necesidades que debían ser calmadas. Se aspiraba a que fuera sólo un neutro instrumento de una conciencia. Freud representa el pasaje

del cuerpo biológico al cuerpo humano, a considerarlo como una manera original de referirse y establecer relaciones con el mundo. Pero el desligamiento de la biología nunca fue completo en sus obras teóricas. La visión biológica del cuerpo sigue presupuesta cuando el cuerpo se traduce en una demonología que invade a una psique inocente y sorprendida. Cuando Freud habla de los instintos como motores del psiquismo, habla de un hombre movido por fuerzas que le son ajenas y de las que debe hacerse cargo facilitando su descarga, por lo que el principio del placer y de constancia hallan su lugar. Supone la primacía del ello y su anterioridad a todo trato y un yo surgido de la necesidad de facilitar el trabajo del ello y un superyo que representa los peligros a tener en cuenta en esta tarea de descargo.

A su vez los instintos-fuerzas, independientes y originales, conllevan el concepto de zonas erógenas, de zonas a través de las cuales se opera el contacto que canaliza la descarga. De modo que el esquema energético trae consigo un esquema atómico corporal y social, concebidos como conglomerados de entidades separadas.

8. — El desarrollo psicosexual entendido como un instinto que se traduce en conductas culminó en Abraham, con su prolija descripción de las fases del desarrollo libidinal. La ambigüedad que existía hasta ese momento respecto del sentido que la sexualidad se borra. En tanto Freud cabalgaba entre una descripción en términos de relaciones (con sus estadios autoerótico, narcisista y alerótico) o en términos de impulsos, Abraham propuso un esquema basado en la naturaleza del fin libidinal, del modo de la descarga del instinto, la cual supone ver al objeto sólo como la ocasión de esta descarga. Con Abraham el desarrollo se hace a impulsos de una maduración biológica que impone conductas y el desarrollo es más que nada una traducción de lo biológico en lo psicológico.

9. — Este Freud ha sido señalado (Fairbairn) como funcionando dentro del esquema físico prevalente en su tiempo, con acuerdo al cual estructura y energía son separables. Allí aparece una energía producto de un desnivel, sin otra dirección que la búsqueda de su descargo. El universo, como el psiquismo y como el cuerpo, consistiría en un conjunto de estructuras, de partículas inertes por sí mismas y que si nada viniera a conmoverlas, seguirían así. La energía viene a impartirles movimiento, como en el caso de los impulsos que obran como estímulo de la actividad psíquica, cayéndole al psiquismo inopinadamente, surgiendo sin motivo, como puro capricho.

10. — Pero ésta no sólo no es la única biología posible (hoy se considera que el organismo funciona como un todo desde el comienzo, mientras funciona normalmente y que la disociación de sus funciones corresponde a un modo anormal de funcionamiento) sino que tampoco es la única psicología: ahora quizá ya no podemos concebir al individuo fuera de su relación con otros, que sólo en relación con ellos tiene vida y toda consideración de un individuo aislado supone considerar condiciones anormales.

11. — En Freud mismo la línea que no intenta conciliarse con la biología marca quizá el aspecto más fecundo de su pensamiento. Parte de la ecuación represión—resistencia de sus primeras obras, que hace de la represión un modo simultáneo de trato a sí y al otro, y del inconsciente, la mirada del otro. Y culmina con la introducción de lo que llama instinto de muerte, quizá más por pereza que por otra cosa, pues confiesa que no puede hallarle ningún apoyo en la biología, nada que lo justifique como instinto. Su finalidad se emparenta con la señalada antes por la resistencia: son formas de trato con otro y en ambas el otro aparece visiblemente como implicado en su intención y finalidad.

12. — Quizá el aporte más individualizado de Freud y el psicoanálisis a la psicología oficial sea el abarcado por el capítulo desarrollo psicosexual. Por lo

mismo puede justificarse el intento de desarrollar aquella contradicción mostrando algunas de las aperturas que permiten aportes como los de Klein y Fairbairn. Pero más que de un resumen, se trata aquí de hacer una interpretación que destaca algunos aspectos de una obra más compleja, intentando sí señalar los que parecen marcar caminos más promisorios.

que va desde una psicología del impulso...

1. — La existencia de impulsos supone fuerzas que actúan como motores de una estructura psíquico solitaria. Estas fuerzas serían en si mismas fijas y determinadas de antemano, tendrían un fin que necesita del psiquismo para concretarse, pero sólo como medio. Estas fuerzas traducirían a nivel psicológico los que serían desniveles orgánicos y buscarían la descarga a través de conductos.

En lugar de una conciencia soberana que utiliza como medio a un cuerpo, se trata de un cuerpo con exigencias propias que se impone a una conciencia.

El principio de la constancia y su corolario, el del placer, aparecen rigiendo un aparato psíquico cuyo fin es equilibrar tensiones, primero internas, luego derivadas de la interacción de lo interno con lo externo. Esta búsqueda de equilibrio cuenta con un mecanismo, la represión, que obra como un dique que permite o no la descarga, negando o posibilitando el pasaje del impulso al sistema conciencia-movimiento. El segundo caso se hace conducta. En el primero, queda como energía que busca una salida lateral, la representada por el síntoma, una conducta sustitutiva vicaria.

La fuente de toda esta dinámica es el ello, visto como la repercusión psíquica de las tensiones orgánicas que inopinadamente invaden al psiquismo, que de otro modo nada tendría que ver con estas tensiones que lo distraen y lo enferman. Para un psiquismo preocupado por su cuerpo que es a la vez fuente de goce y casa de demonios, el otro y el mundo aparecen tardíamente, cuando se

hace necesario el contacto para llegar a una mejor descarga. Pero además aparecen esencialmente como frenos, como negadores de la posibilidad de placer, por lo cual se hace necesaria una instancia que intente el difícil equilibrio entre las demandas de un reservorio de impulsos que anteceden al contacto con la realidad y una realidad que no siempre los favorece. Es un otro tardío y la psicología de los impulsos subsiste como esencialmente solipsista.

2. — Pero los llamados instintos, en el hombre, se caracterizan precisamente por carecer de la fijeza que parecen tener en los animales. En el animal puede hablarse de instinto en tanto sigue pautas fijas relativamente independientes de la experiencia, y en tanto esta activación instintiva no ofrece demasiados problemas pues su camino y su logro están asegurados de antemano.

Para el hombre, el camino hacia la llamada descarga instintiva (que es una búsqueda de una cierta relación consigo o con alguien) sólo está bosquejado a grandes rasgos y por lo tanto puede perderse. Pero no sólo el logro es una experiencia, supone un trabajo, sino que además el instinto mismo es básicamente suspendible y móvil. Si se estuviera ante una mera fuerza ciega que conoce y busca su descarga, ya no hablaríamos de instinto sino de reflejo o descarga vegetativa.

Esta ausencia de pautas rígidas permite que el hombre haga experiencia de su vida instintiva

y que para él no sea un mero problema de vehiculizar o no lo que en él se da. Y porque aun

consintiendo a su descarga, no basta este consentimiento para tener asegurado su logro.

Porque el impulso no sabe de antemano qué quiere y se enfrenta a la posibilidad de variados

modos de lograr su objetivo, el que es suficientemente indefinido como para necesitar de su

alcance para saber bien de qué se trataba o que no era eso lo buscado. Lo que busca el instinto no es claro de antemano y se descubre en su realización.

3.— El impulso ha sido entendido como una fuerza viniendo del ello y asaltando a un yo mártir, ubicado en la intersección de las demandas internas y de su percepción de las posibilidades reales.

El sentido original del impulso, es otro, es tensión, tender a algo. Pero entonces esta tensión no puede hallar a un sujeto espectador pasivo y sufrido sino que como tensión supone una unidad con este sujeto que se siente ante una tentación frente a la cual puede desarrollar variados comportamientos y cuya opción se ve dificultada por cuanto no le es claro ni domina las consecuencias de todos ellos. Es el sujeto que se siente frente a una situación disponiendo de una variedad de respuestas (cada una de las cuales supone que releva de esa situación un cierto sentido como el predominante), frente a una situación que se le da como multivoca: debe elegir cómo responder, pero con ello elige también cuál es la situación a la que se enfrentaba, la que no era del todo clara de antemano.

El conflicto surge porque estas ganas —vividas como deseo interno y censo la respuesta que la situación reclama— deben conciliarse con otras. El hombre no responde puntualmente sino con su vida entera y ello exige una cierta integración de sus respuestas con todo su ser para que no estalle. Se trata de una conciliación consigo, de una cierta fidelidad.

Así pues, lo que define al impulso es la tensión que supone que el impulso puede o no descargarse; que es una tentación implica la necesidad de integrarse con otros impulsos. Y esto es opuesto a considerar al hombre como asiento de fuerzas acabadas que lo mueven que

Y que necesitan sólo vía libre para alcanzar un objetivo que saben y dominan de antemano.

4. — Cuando el psicoanálisis señaló que estamos poblados de deseos, tenía en vista algo como esto. Que no se trata de fuerzas ciegas que nos habitan sino que nos pertenecen y el problema radicó entonces en hallar la forma de esta pertenencia y no en inventariar estos impulsos. Se trató de ver cómo lo que nos va pasando es vivido como respondiendo en alguna medida a expectativas propias y no es mero accidente. Cómo lo deseado prolonga sus raíces en una historia y se inscribe en una vida entera, cómo presentifica un anhelo sentido como desde siempre, que se reactualiza cada vez y se re-presenta como el mismo.

Así pues no podemos hablar de impulso sino en presencia de una persona entera, por lo que la distinción entre ello y yo y superyó queda en entredicho y se hace necesario pensar que no es posible concebir un ello antecedido al yo. Que podemos sí hablar de lo impulsivo como mes o menos dissociado, no integrable a como nos vemos, y que este sería el sentimiento de la ajenidad que en ciertos momentos tiene.

5. — En Freud mismo el impulso a-parece orientado hacia la realidad, buscando su descarga en ella. Busca un objeto, hacer algo con alguien o una parte de alguien, es búsqueda de contacto. Este contacto fue visto como orientado por el principio del placer, placer que equivalió a un estado de ausencia de tensiones internas, lo que supone un yo que tiene en cuenta sólo sus urgencias o ignora toda reciprocidad en el objeto. El objeto pasa a ser sólo la ocasión de la descarga.

El principio de realidad aparecería como secundario, consecutivo a los fracasos que implica la activación en el mareo del principio del placer, pero que

no lo reemplaza sino que supone una mejor forma (con rodeos) para la consecución del placer.

Pero si el impulso es tensión sentida por el yo ante la necesidad de conciliar variados demandas. ya no es posible pensar en un yo regido primariamente por el placer, debo ser un yo inscripto en una realidad a la que se dirige y con la que trata y en esto marco el principio del placer aparece como un caso particular en que el yo niega la respuesta del objeto y se erige como el único objeto. Pero se trata de una negación, de una existencia del objeto que se prosigue aunque sea disociada y de la que no se puede desprender.

6. — Las criticas de Fairhairn se sistematizan a propósito de los trabajos de Abraham, que según Fairbairn señalan las limitaciones de la teoría de la libido.

Abraham precisó un desarrollo libidinal que seguiría una serie de fases, cada una de las cuales implicaría una cierta localización, una zona erógena, que sería el asiento de la descarga instintiva. Estas fases van de la oral primaria o de succión a la genital, que supone un reconocimiento del otro como pareja.

Ahora bien, en el estadio oral es notoria la relación de objeto que se establece, la forma de trato con el objeto que se trata de describir con esa denominación. Es el trato con un objeto-cosa al que le es negada toda reciprocidad con el sujeto y que existe sólo para satisfacer sus de-mandas. En los demás estadios la atención al objeto desaparece y la descripción se centro en la organización libidinosa y en las técnicas de que va disponiendo.

Es que esta descripción tiene en vista que para la libido lo primordial es la descarga, de allí que jerarquice la vía y modalidad de la misma (que sea oral, anal, fálica, etcétera).

7. — El concepto de zonas erógenas insiste en cuanto el placer es el fin de la libido y no un jalón en la relación con el objeto. Para la teoría de las zonas, el

objeto es sólo ocasión de placer, lo cual es válido para las relaciones modelo oral, pero no para las demás, donde el objeto y la forma de trato con él cuentan de modo progresivamente predominante.

Pero, señala Fairbairn, que aun en el bebé no puede decirse que se chupo el pulgar porque sea satisfactorio, sino porque no tuc-no un pecho, por que privado de su objeto recurre a Otro y está siempre en alguna forma de relación con él, siquiera alucinada.

De este modo resulta cuestionado de raíz el concepto de un autoerotismo, que parece estar en la base del concepto de zonas erógenas. El auto-erotismo es ahora sólo un medio de proveerse de objetos sustitutivos que no anulan la carencia que tratan de disimular.

8.— Fairbairn señala como significativo el que la nomenclatura utilizada para las frases se base sobre la naturaleza del fin libidinoso y no sobre la naturaleza del objeto y señala que debería hablarse -de fase de pecho, no oral. Esta eliminación de las características del objeto que cada fase supone llevó al olvido de que se trata de una evolución de formas de trato con objetos y permitió enfatizar el aspecto de los sucesivos afincamientos de la libido en el cuerpo, en las zonas erógenas a las que va dinamizando. Esto impidió ver que las zonas aparecen como ocasiones de trato y ejemplifican modalidades de él. Cuando predomina un órgano libidinoso, no se trata de que una parte del cuerpo predomine, sino de todo un modo de organización del mundo y del yo, en el que está comprometido todo el sujeto. Si es la boca, es que el yo es un yo-bucal, que exploro sus propias posibilidades y las de los objetos en tanto son vistos como objetos de succión, tragables. A la vez, en el adulto, no debemos hablar de que su actitud libidinosa sea genital, sino de que su trato genital es esencialmente libidinoso, porque puede tener trato genital (en el sentido de relación penevagina) sin tratarse de una actitud libidinosa “madura”.

Es que las relaciones de objeto no son satisfactorias por el hecho de que haya

sido alcanzado el nivel genital, sino que, por el contrario, es debido a las relaciones de objeto satisfactorias que se logra la verdadera sexualidad genital.

Podemos resumir el aporte de Fairbairn con sus propias palabras:

- “1. La libido es esencialmente buscadora de objeto.
2. Las zonas erógenas no son en si mismas determinantes primarias de los fines libidinosos, sino canales mediadores de los fines primarios de búsqueda de objeto del yo.
3. Cualquier teoría satisfactoria del desarrollo del yo debe ser concebida en términos de relaciones con objetos, y en especial relaciones con objetos que han sido internalizados durante la vida temprana, bajo la presión de la privación y la frustración.
4. Lo que Abraham describe como “fases” son con excepción de sus fases orales, en realidad, técnicas empleadas por el yo para regular las relaciones con objetos y en particular con objetos internalizados.”

9. — El impulso implica relación de objeto y ésta es problema de la personalidad, toda ella se encuentra implicada en su establecimiento y desarrollo.

El instinto deja de ser un estímulo de la actividad psíquica, el motor de una estructura inerte, una energía separada de ciertas estructuras a las que dota de movimiento. **Es una estructura psíquica en acción**, un yo en trato efectivo con otros.

Implica un querer hacer algo con alguien o algo, con lo que ello tiene a la vez de conducta de llevar la relación con alguien según un cierto cauce y una determinada finalidad) y de deseo (de pertenencia al sujeto, de mostrarlo a él mismo, de que inequívocamente es él el que quiere y es eso lo que quiere).

hacia una psicología de las relaciones de objeto

1. — En la teoría de la libido concebida como buscadora de placer, hallamos por lo menos tres supuestos: el de un paralelismo psico-fisiológico (el impulso es el correlato de desniveles energéticos), el principio de constancia (el psiquismo preocupado por renivelarse descargando el incómodo impulso) y el de un impulso originario (frente a un yo sufrido que ve en los impulsos algo ajeno). Lo que se llama placer se corresponde a un mero alivio.

En este hedonismo psicológico está ausente toda consideración del objeto que no sea el verlo como mero objeto, ocasión de descargo de tensiones. Cuando ingreso y es tenido en cuenta (con la constitución del superyó) es en un momento tardío y lo es sólo como representación de los inconvenientes que puede tener para el propio sujeto cierta activación instintiva. Es decir, viene con el descubrimiento de que además de las fuentes internas de displacer que se traducen en instintos, puede haber fuentes externas, que se traducen en castigos.

2.— La reformulación de la teoría de la libido que emprende Fairbairn, supone la superación de este esquema. La libido es entendida como “buscadora de objetos”, búsqueda que lleva al establecimiento de relaciones de objeto. La libido es así lo que está detrás del hecho de que el hombre no sea concebible fuera de alguna forma de trato con algo que no es él mismo, lo que da cuenta de que el hombre es esencialmente carencia que se colma en el encuentro con otros y con cosas que a su vez son testimonios de otros.

Este impulso al trato posibilita entender al hombre como un ser social desde su origen y esta sociabilidad esencial parece ser lo que Fairbairn tiene en vista.

3. — Esta sociabilidad implica dos vertientes. Una, la de una experiencia acerca de cómo es el objeto, experiencia que va desde un puro objeto fantaseado, hasta el encuentro con un objeto real. Desde una hipótesis acerca de et como constituido según las propias necesidades, hasta la posibilidad de asumir cómo es él para si mismo y aun para terceros, asumiendo que tiene una

vida propia separada de la del sujeto y de su pensamiento de él.

Esta experiencia del objeto no lo implica sólo a él, sino también al sujeto: es una forma de sentirse el yo frente al objeto, que el propio sujeto es de una determinada forma por este trato y que nunca deja de estar en alguna forma de trato. Siempre es afectado y siempre descubre su ser por cómo es en el marco de alguna relación y no tiene ningún ser fuera de ellas.

Es decir, que en la relación de objeto hay una simultánea interpretación de ambos miembros, de cómo es él conmigo (qué intenciones tiene, cómo responderá a las mías) y cómo me hace sentir. Y a su vez, esta relación simultánea oscila entre el puro espejamiento (el objeto es idéntico al sujeto, no cabe que puede ser diferente a como es pensado) a la diferenciación (por la cual el objeto es otro, tiene un ser para sí y para terceros, que es semejante y comprensible para el sujeto pero que puede desmentir esta comprensión).

4. — El objeto interno supone una persistencia de la relación con el objeto más allá del trato real: pasa a tener una existencia ‘internalizada’ y es tenido en vista y cuenta para las valoraciones y decisiones del sujeto. El objeto interno aparece en Freud, como superyó y este solo concepto debiera de haber llevado a una crisis de la psicología del placer: ya no se trataba de condiciones favorables para el placer sino de llegar a un cierto acuerdo con una prefiguración del mundo y de] futuro representado por las figuras internas.

5. — Pero es sólo con Klein que el objeto interno adquiere riqueza: se trata ahora de un mundo interno, de variedad de objetos relacionados según fórmulas complejas.

Para Klein, el origen de este mundo interno es la incorporación oral. La primera incorporación es de un objeto entendido según una relación oral con el sujeto, y vividos ambos según patrones orales. Es decir, donde el sujeto se entiende a sí mismo según un objeto oral y espera un objeto constituido según

sus deseos y emociones orales.

La modalidad oral de entender implica justamente esto, que el otro no es sino idéntico a mí. a lo que espero que sea y lo que espero es lo que yo mismo haría. No hay posibilidad de una respuesta diferente y lo que el objeto tenga que enseñarnos acerca de sí, no es tomado en cuenta. La relación es de identificación (de tragarse uno a otro) o de ser el completo contrario uno del otra (uno vacío, el otro lleno, lleno a partir de sentir que se -debe guardar lo que el vacío siente que le falta).

En la relación de objeto, entonces. se trata de una relación de significación, de una modalidad de ser y entenderse a si y a los otros. El modelo oral supone un marco de puro espejamiento. En otro momento, la respuesta del objeto puede ser incorporada: cuando no coincide con la expectativa del sujeto (no es tan malo como pensaba) y a partir de este juego de proyección (constituyendo al Objeto según una ley propia, según las propias necesidades y el propio modelo) y de introyección (posibilidad de ver diferencias. de asumir para el objeto un ser propio) se van moldeando sujeto y objeto, lo interno y lo externo. Se va moldeando la historia de las relaciones de objeto.

6.— Las formas que asumen las relaciones de objeto, pueden ser vistas como realizándose a través de ciertos modelos analogables con tratos a través de diferentes zonas corporales. Así un trato oral implica las características de una conducta de succión: un tragarse al objeto, incorporando y asimilándolo al sujeto, sin dejarle nada para sí u otro. Un trato anal implica, en uno de sus sentidos, un trato expulsivo como si el objeto contuviera todo lo sucio de lo cual el sujeto se desprende, en tanto él queda limpio. De este modo, las llamadas zonas representan ejemplificaciones corporales de los modelos de trato con objetos.

7.— Estas relaciones de objeto tienen dos vertientes. Una, real, mostrada, las relaciones de objeto visibles y actuadas, externa. Y otra interna imaginada, más o menos inconsciente. La teoría de las relaciones de objeto es la que viene a dar patente de realidad psicológica al mundo interno, porque lo externo no es pura objetividad, ni lo interno una copia más o menos deformada de una realidad objetiva. Hay una única realidad que se constituye por un interjuego de lo externo y lo interno y lo externo se define por ser consenso intersubjetividad, lo experimentable. Hay una “persistencia” de las relaciones de objeto en el mundo interno a la vez que las relaciones con los objetos externos se moldean según las modalidades de las relaciones con objetos internos.

8. — El concepto de relaciones de objeto implica la superación del prejuicio del objeto. Ya no se define más por ser una entidad externa, objetiva, sino que el -que los objetos sean objetivos es un momento de la historia de las relaciones con ellos. Objeto se define como el término de una relación y objeto puede ser entonces tanto una persona como una parte de ella, y el vínculo lo puedo establecer tanto un sujeto entero o una parte de él, vinculando con la persona sólo un aspecto de sus afectos o intereses. Y en cada relación de objeto, el rol y valor del objeto es de naturaleza fantaseada, construida no según los valores “objetivos”, sino según una interrelación entre los valores reales y los de la fantasmagoría interna, y definido lo real como el ser del objeto para sí y para otro.

Precisamente el considerar objetos y no personas, permite englobar una generalidad de tratos de los cuales la persona es un caso particular. A ciertos niveles el trato es con partes de personas y están en juego partes del sujeto. De este modo el trato con personas no se instala de por sí, sino que resulta ser una adquisición, el producto de una experiencia (y no de un mero desarrollo).

9. — Podría preguntarse aún si el pensar en términos de relaciones de -objeto no es un simple cambio de nombre, porque el impulso también busca al objeto

como necesario para su descargo, más allá de las problemáticas etapas de autoerotismo. Pero no es así en tanto una descripción en términos de relaciones de objeto supone que la respuesta del objeto siempre integro la relación, aun hasta cuando es negada (que por negado, existe disociada, esto es, desarrollando el sujeto defensas en contra de su ingreso a la relación). El objeto del impulso, de la descarga, se convierte en un caso particular, donde el diálogo con el sujeto se hace monólogo. Pero sabemos que esta forma de relación es precaria e insatisfactoria, que lejos de ser fuente de placer es fuente de angustia.

Si vemos en el impulso una forma de trato y no una necesidad de descargo, hallamos que hay una forma de sentir al objeto y de sentirse el mismo sujeto en presencia de él, un sujeto que no está ya todo hecho, sino que se moldea a sí mismo por la respuesta del objeto.

Existen pues, relaciones objetales que están en una compleja y móvil interacción y la descripción en términos de relaciones de objeto posibilita una nueva forma de comprensión psicológica, alejada de la de una conciencia soberana.

que según Fairbairn...

1. — Las obras de Fairbairn y Klein pueden ser entendidas conjuntamente, pues muchas de sus concepciones se definen a partir de un diálogo en el que resultan ser tesis complementarias. Más fecunda, Klein abarcó en su obra un amplio espectro de problemas, preocupada por adecuar el aparato teórico a la realidad práctica. Frente a ella, Fairbairn aparece como más audaz por su intenso cuestionamiento de aspectos básicos de la teoría psicoanalítica, como el del instinto.

2. — Para Fairbairn hay una evolución de las relaciones de objeto que puede entenderse como una progresiva ampliación del número y calidad de los objetos. Se trata del pasaje de relaciones parciales a relaciones más completas que impli-

can aspectos más totales, tanto del sujeto como del objeto. Entre estos dos momentos, ubico una larga y complicada etapa de transición, por lo que los momentos inicial y final valen más como polos de su descripción del desarrollo que como fases con una existencia visible.

“A través de esta secuencia hay una expansión y desarrollo gradual de las relaciones personales con objetos, empezando desde una casi exclusiva y muy dependiente con la madre y madurando hacia un sistema muy complejo de relaciones sociales en todos los grados de intimidad.”

3. — El primer estado es llamado de “dependencia infantil” y el último de “dependencia madura” subrayando el hecho de que de alguna forma siempre se está con necesidad de trato con objetos.

La dependencia infantil está caracterizada por una actitud incorporativa, por una identificación masiva y una extrema dependencia: es decir, por los rasgos de un modelo oral de relación. La identificación masiva es para Fairbairn, una “identificación primaria”, que implica la relación con un objeto poco diferenciado del sujeto y al que, por lo mismo, no se lo reconoce un ser propio para sí o para otro.

4. — En momentos en que Fairbairn publica su obra, Klein hablaba de una posición depresiva fundamentada en las relaciones de objeto melancólicas. Frente a esta posición, Fairbairn destaca la existencia previa de una posición esquizoide que describe las relaciones de la etapa de dependencia infantil como una situación endopsíquica básica,

5. — Dentro de esta posición esquizoide, Fairbairn señala dos momentos. El primero, preambivalente, en el que se plantea el drama del amor oral, o sea, el sentimiento de que el propio amor es dañino para el objeto, que su satisfacción (la plenitud) conlleva un vaciamiento del objeto, que queda así con las

emociones del bebe cuando se siente vacío (y no con otras).

En este momento la frustración es referida a la madre, ella le niega su afecto y se supone que esto ocurre porque la ha destruido. Así el motivo de que su amor, o su demanda, sea rechazada, es que su amor ce malo. En el momento siguiente, ambivalente, el niño refiere la falta del amor de sus objetos a su odio, con lo cual puede mantener firme una situación de amor. Lo que facilita este paso es la disociación del objeto y del yo en dos relaciones, la buena y la mala (aceptada y rechazada) y la introyección significativa de la relación mala que tiene el carácter de **defensa da la relación buena**.

6. — El centro de esta relación lo constituye la disociación del objeto, el que se internaliza como objeto malo, como un intento de conservar un mundo bueno y la posibilidad de una relación buena con él. De este modo la relación mala se hace secreta, inconfesable.

El objeto malo internalizado permite una primera disociación yo-mundo. A su vez el objeto malo interno es disociado en un objeto excitante, atrayente, y otro repelente, lo que explica que el sujeto no se separe de él.

Esta disociación del objeto conlleva una del yo, entre un yo libidinoso y el llamado “saboteador” interno”, ligados a cada uno de los aspectos del objeto. De este modo se establece una dramática entre ambas relaciones internas, que es un reflejo de la ambivalencia original del individuo hacia sus objetos libidinosos, a los que quiere y rechaza, con los que se liga con “deseos”.

Esta ambivalencia es tanto una duplicidad de sentimientos como una ambivalencia del objeto, el que funciona como ambivalente hacia el bebe (alimenta y hambreo). Es para superar esta situación intolerable, que el bebe disocia su objeto en una satisfactoria y una insatisfactoria, división que también se realiza en el ámbito de sus afectos.

La disociación nunca es completo y subsiste un aspecto del yo (yo central) vinculado a un objeto pre-ambivalente, total, añorado, que constituye un núcleo

de idealización, e' "ideal del yo".

7. — Fairbairn señala las estrechas relaciones que se dan entre la disociación del yo de la posición esquizoide y la actitud de incorporación. El yo del bebe es un "yo bucal", donde la boca es "el órgano principal de deseo, el principal instrumento de actividad y logro de satisfacción y frustración. Es la vía de amor y odio y el primer medio de contacto social íntimo."

En esta posición, la relación con la madre es con un objeto parcial, centrada en ella como madre-que-alimenta, como pecho con una predominancia del recibir y una actitud libidinosa de incorporar. La experiencia de la relación oscilo entre los polos de plenitud y vacío y a su vez la madre aparece también a la misma luz: cuando el bebe se siente vacío, interpreto que la madre está llena y viceversa. Sobre esta situación se moldea la primera relación.

De este modo, la primera ansiedad del bebe será la de destruir al objeto de su amor, y Fairbairn señala, que el drama de la relación esquizoide es cómo amar sin matar con su amor.

8. — La relación de objeto parcial supone un tratar a los otros "no como personas con un valor intrínseco propio", sino como meras ocasiones de satisfacer las propias necesidades, sin una existencia más allá de ello. Seria en este ámbito en el que valdría el principio del placer como orientador de las relaciones, pero entonces expresaría una relación degradada, aparte de una imposibilidad de una relación más completa.

A la vez, con este objeto parcial, despersonalizado, se establecen afectos peculiares, polarizados entre un amor y un odio intensos, según que el objeto sea vivido como complaciendo o no as propias demandas.

9. — El estadio final, de dependencia madura, es definido en contraste con el primero: "Se caracteriza por la capacidad por parte del individuo diferenciado, de relaciones cooperativas con objetos diferenciados". 'Es una relación que

implica equivalencia del dar y el recibir entre dos individuos diferenciado que son mutuamente dependientes y entre los cuales no hay disparidad de dependencia.” La relación en este estadio puede considerarse como en un marco de reconocimiento de un ser en el objeto en el mismo plano del que el sujeto supone para sí. Es relación “con otro”.

“Por supuesto, este cuadro ideal nunca se realiza completamente en la práctica” y puede decirse que más bien se vive en el estadio intermedio, llamado de transición. Es el estadio del conflicto y de las técnicas defensivas, agrupadas en cuatro: paranoide, obsesiva, histérica y fóbica. Ellas constituyen métodos para tratar con las dificultades del estadio de transición, de salida de la relación oral.

La tarea del periodo de transición se complica por ser una etapa de incorporación de nuevas relaciones y una etapa de cambio de las relaciones con objetos anteriores, de pasaje, por ejemplo, de una relación parcial con los padres a una total, y este “acuerdo con los objetos internalizados”, este cambio con testigos de un trato anterior, es señalado por Fairbairn como un momento de dificultad especial. En este sentido las cuatro técnicas representan “métodos de tratar de desembarazarse de objetos tempranos que han sido internalizados, sin perderlos”.

10. — Respecto de la estructura endopsíquica, en tanto hay relaciones desde un comienzo, hay también la existencia primaria de un yo. Lo que correspondería al ello y superyó, no son sino diferenciaciones que nacen por disociación. Estas disociaciones hacen que el yo central pueda sentir como más o menos ajenos los requerimientos de un ello y las limitaciones que reclama un superyó. De este modo el conflicto que se daría en el propio yo es ajenezado, se trata de un conflicto que se da entre dos fuerzas que el yo puede sentir como ajenas y a sí mismo como víctima pasiva de ese conflicto. En este sentido, el desarrollo implica también la integración entre estos aspectos disociados del

yo.

11 — El proceso de desarrollo posterior es caracterizado por Fairbairn por: “a) el abandono progresivo de una relación de objeto primaria basada en la identificación primaria y b) por la adopción gradual de una relación de objeto basada en la diferenciación de este último”. Este cambio se acompaña de otro en cuanto al fin libidinoso, que pasa del succionar al dar, compatible con la actitud genital madura.

Entre estos dos momentos dan diferentes manejos de ambos aspectos (rechazado y aceptado) del objeto original, colocándose alternativamente como objeto externalizado o internalizado.

Fairbairn no aclaró debidamente, qué es lo que constituye el motor de este cambio y es sólo con la obra de Klein que este factor es definido como ansiedad y adquiere relevancia.

y que según Klein...

1. — En la obra de Klein pueden distinguirse tres momentos: el anterior a “Algunas conclusiones. . .”, el que inicia “Envidia y gratitud” y el que está entre ambos.

En el primero, cuya obra representativa es “Psicoanálisis de niños”, Klein contribuye con varias anotaciones originales a lo que podría ser el esquema del desarrollo psico-sexual según Abraham. Es en el segundo que Klein desarrolla sus tesis más conocidas y trabajadas, la de las posiciones. Por último, “Envidia y gratitud” permite una reinterpretación de su obra centrada en las relaciones de objeto y que permite desligarse de la psicología de los instintos a la cual permaneció más o menos apegada.

Aquí nos referimos a los dos últimos momentos señalados.

2. — Klein parte de la existencia primaria de un ello que desde el comienzo de la vida tiende a relaciones, por lo cual al yo (el yo precoz) aparece también desde un comienzo. Estas primeras relaciones se hacen bajo la égida de un impulso indiferenciado que luego se defusiona en instinto de vida y de muerte. Esto -ocurre sobre el modelo de la conducta alimentaria y se corresponde con dos experiencias básicas del bebe: la de saciedad y la de insatisfacción y lleva al establecimiento de dos relaciones de objeto, con dos aspectos del objeto: el bueno y el malo. Esto a su vez conlleva una disociación del yo, de los afectos y los tratos: para un objeto es la parte amante, para otro la agresiva. Ambos objetos se constituyen por proyección: lo bueno o malo es según la interpretación del bebe que crea un objeto al que adjudica los sentimientos que él no quiere tener o que él tendría en su lugar.

Esta defusión instintiva se realiza bajo la presión del instinto de vida, y sirve para preservar una relación de objeto buena y permitir el manejo y tolerancia de una experiencia que de otro modo, por lo masivo de los afectos convocados, por la dependencia extrema que transforma en básica la presencia o ausencia de cuidados y alimento, sería intolerable y llevaría a algo así como explosión interna. Al producirse la defusión, el aspecto agresivo es proyectado hacia el exterior y crea el objeto malo, perseguidor. En tanto el amor es proyectado sobre el objeto bueno. Ambos se constituyen en objetos parciales (que toman nota de un aspecto de la experiencia con ellos y que les asigno una única función).

Estas dos experiencias básicas permanecen disociadas, es decir, en cuanto está presente una no se tendría conciencia de la existencia de la otra, y cada momento se definiría así, tajantemente, como de luz o de sombra.

3. — El trato con estos objetos supone un trabajo de introyección y proyección, por lo cual el mundo y el sujeto se van comprendiendo mutuamente y el sujeto va haciendo experiencia, una de las cuales y quizá la fundamental, es la posibilidad de disminuir la disociación y reunir en un mismo objeto las dos experiencias opuestas y en sí mismo dos afectos contrarios. De sentir que no era así, sino yo lo veía así, haciéndose notar la intransparencia de este yo. Este pase hacia la ambivalencia es el que marca el sentido del progreso en la posición esquizo-paranoide llamada así por ser la relación de objeto donde predominan los mecanismos esquizoides (disociación, idealización, negación, omnipotencia) y paranoides (proyección que constituye al perseguidor). Pero la evolución no tiene esta única dirección: la proyección que hace al objeto malo, es una solución precaria, pues no significa la desaparición de este objeto, sino su vuelta como peligro que obligo a incrementar la agresión contra él y por lo mismo a esperar mayor agresión de parte del objeto. Otro tanto ocurre con el objeto bueno que se hace idealizado, en parte para contrapesar al perseguidor. Klein piensa en algo así como dos círculos del desarrollo de las relaciones de objeto: el que lleva a la constitución de objetos idealizados y perseguidores, y otro círculo que lleva al trato con objetos buenos y malos. La posibilidad de uno u otro estaría dada por la capacidad de tolerar la frustración sin constituir por ello un objeto perseguidor terrible y por la confianza en la propia fuerza y en la bondad intrínseca del objeto, sin sentirlo a él (y al yo) como ideales.

Lo que permite la experiencia de acercamiento y simultaneidad de ambos objetos, es la reiteración de buenas relaciones que lleva a hacer más tolerables las frustraciones, sin necesidad de sentir que por ellas se está ante un peligro devastador. Esta nueva forma de relación, supone un progresivo afianzamiento de la relación buena, pero no idealizada, que se convierte así, para Klein, en el eje del desarrollo de las relaciones de objeto.

4. — En la medida de la integración de sus sentimientos y de los aspectos del

objeto, el bebe va accediendo a la posición depresiva, en la que ambos aspectos del objeto y de si mismo quedan reunidos y el sujeto llega a adquirir conciencia de que a quien ha atacado es al objeto bueno, y de que no era tan malo cuando frustraba. Y aún más, que él puede tener que ver con la maldad del objeto, que ella estaba fundada más en lo proyectado sobre el objeto (que no quería alimentarlo) que en sus verdaderas intenciones. Con ello se accede a un nuevo tipo de relación, basado en el cuidado por el objeto (que es ahora objeto total, una persona) desde el cuidado del objeto que supone la relación anterior, con intentos de reparar la situación anterior.

5.— Pero no se trata sólo de una culpa por agresiones, sino también de la capacidad para reconocer en el objeto un ser diferente al pensado por el sujeto, permitiendo así diferenciar lo que podría ser fantasía y realidad y con ello lograr un mejor contacto con lo real. El objeto se hace menos vulnerable de lo que antes se pensaba y la omnipotencia decrece. Aparecen nuevos y poderosos sentimientos, los de pena y culpa, que configuran una situación similar a la del duelo por el objeto dañado o en trance de haberlo sido. El temer a perder el objeto lleva a preservarlo y a repararlo, lo que implica esperanza de no haberlo dañado tanto y confianza en las propias capacidades y reconocimiento de sus límites.

Al mismo tiempo se da un ensanchamiento ola relaciones que deja libre al objeto, consiente en que tenga vida propia del mismo modo que el sujeto está dispuesto a tenerla él: reconoce en el objeto una persona y se reconoce a sí mismo en semejanza o reciprocidad con ella.

6.— Con esta descripción Klein ha señalado dos modos fundamentales de relación de objeto, que se dan ante una experiencia que desbordo la capacidad de asimilación y se traduce en angustia (temor al desmoronamiento interno). La salida es la disociación, es decir, un trato por separado con diferentes aspectos de lo que era una única relación, y que permite “ignorar” que pertenecen al

mismo asunto. Así puede continuarse el trato oca él: es una “cura”. Y señaló cómo la progresiva confianza en las propias capacidades y la disminución del sentimiento persecutorio permiten la integración de diferentes aspectos. Esta comprensión general de la situación, lleva a un trabajo efectivo con el objeto tendiente a su mejoramiento (principio de realidad) en lugar de tender a la satisfacción de las propias necesidades (principio del placer)

7. — Puede decirse que el trabajo Envidia y gratitud” todavía no ha sido debidamente valorado en todas sus implicaciones y muy a menudo se le ve como la descripción de otro sentimiento que se agrega a los ya conocidos y descriptos. Pero esta obra puede verse como el inicio de una etapa de discusión de muchos esquemas que parecerían definitivos.

Así el de los instintos de vida y muerte. Puede entenderse (de acuerdo con Koolhaas) que este esquema es sustituido por la descripción de dos relaciones centrales, de envidia y de gratitud, quedando el aspecto impulsivo concebido como necesidad de trato, en semejanza a lo señalado por Fairbairn. Este impulso puede entenderse como dando cuenta de que siempre se está en alguna forma de trato, que la respuesta del objeto siempre íntegra (aun cuando es negadas, como en el placer) nuestro trato con él y que nunca esta-meo fuera ole alguna forma de troto con objetos Es decir, la objetología sustituye a la descripción en términos de vida instintiva.

8. — En efecto, lo envidia supone trato, no un impulso surgido desde dentro y que traduce tensiones. La envidia es un sentí-miento frente a otro. a como se le ve o supone y este otro está presente desde el origen del sentimiento. Y todavía mas, el objeto no queda como aislado del sujeto, protegido por un cristal, sino que la envidia supone querer hacerle algo, moverlo, como también se siente que con su mero existencia quiere hacerle algo al sujeto.

Si las experiencias fundamentales eran paro Klein la de satisfacción y frustración y ellas aparecían hasta ahora como en correspondencia con el

cuidado o alimento efectivamente recibido o no la envidia viene a dar cuenta de la independencia de lo sentido como que ocurre de una visión objetiva. La envidia hace ver que en la constitución de la experiencia mala, de frustración, el sujeto tiene mucho que ver, aún más que el objeto, y que en presencia de una satisfacción “objetiva” puede haber insatisfacción interna, precisamente originada en la capacidad evidenciada por el objeto de dar satisfacción. Y es esta experiencia (que ya no sería de frustración pura) la que viene a ser el prototipo de la experiencia mala y de sentirse malo el sujeto mismo-malo por el desafecto que supone la envidia. Este sentimiento es descrito por Fairbairn como futilidad, diferente de la depresión: es el sentimiento de que no se posee nada bueno y firme y que lo bueno está en los demás, el sentimiento de una radical segregación de los otros (o de una parte de ellos) vividos como gente en el cabal sentido de la palabra en tanto el yo se siente a sí mismo como un puro depósito de envidia, como inhumano.

9. — La envidia determina que la relación con el objeto bueno, que se supone gratificadora, se oscurezca como buena porque de alguna forma lo bueno del objeto se hace intolerable para el sujeto: porque muestra que existe “algo bueno fuera de él, porque entonces la separación se hace sospecha de que el objeto está gozándose a sí mismo o dando de gozar a otro, mientras el sujeto tiene necesidad de él, una necesidad que se ve incrementada por este sentimiento y que llega a hacer indiferenciable si se trata de ganas de recibir al objeto o de aniquilarlo, de quitarle esa posesión intolerable que diferencia.

La envidia impide así una disociación adecuada y trae a la relación de objeto un clima de confusión, diferente a la nitidez que campeaba en la anterior descripción de Klein. Por lo mismo se dificulta la posibilidad de una relación buena, de una buena alimentación, que como se vio, es la condición de la posibilidad de una salida del círculo esquizo-paranoide.

10. — El polo de este sentimiento es la gratitud y la capacidad de demostrarla. Esto supone la posibilidad de admitir lo bueno del otro y hasta de beneficiarse de ello, pero sin que este beneficio implique un quitarle cosas o un emparejarse con él, sino un testimonio de haber recibido y de que el otro tiene efectivamente cosas buenas.

Es así que el propio desarrollo es el mejor testimonio: el buen uso de lo propio evidencia haber recibido.

11. — Pero no se trata de una relación sólo entre dos. El plano de la envidia implica una relación social múltiple desde un comienzo. En efecto, la matriz de la envidia supone el triángulo, por cuanto lo sentido como bueno en el objeto es vivido como debido a uno y negado a uno, que en cambio es dado a un tercero (o existe esa posibilidad). La dramática del otro existe a lo largo de toda la vida y así es que uno de los elementos que, se suponía, aparecía recién con la genitalización, podemos entenderlo como presente desde un comienzo.

En este mareo, la gratitud, —correlativa de la posición depresiva— supone la admisión de cosas buenas en el objeto, como propias de él, esto es, que no son para el sujeto. Esta tolerancia (y posibilidad de beneficiarse) de las cosas buenas del objeto supone admitir que tenga una vida propia (relaciones para sí) y el mejor testimonio de ello es la posibilidad del propio sujeto de tener vida para sí, de no carecer de ella, en tanto la carencia supone un reclamo básico.

1. — En la base de este trabajo ha estado el intento de una delimitación entre dos encares del desarrollo psicosexual, y por lo mismo, entre dos desarrollos psicosexuales. De acuerdo con uno cabe una actitud descriptiva, lo que supone un observador no implicado, interesado en qué hace el sujeto- (chupar, eyaculas-) corno y con qué pacto del cuerpo lo hace (frotando

masturbatoriamente, con la boca o la vagina) a quién o con quién lo hace (a sí mismo, a otro, espontáneamente como en la polución). Complementariamente este observador buscará los soportes biológicos y sociales de estas conductas y de su orden de aparición, soportes que entenderá como “causantes”.

3.— Ambos puntos de vista tienen su raíz en la obra de Freud y quizá uno predomine en su obra teórica, cuando trabajaba la necesidad de incluir sus descubrimientos en un fondo conceptual previo al cual las teorías físicas parecen marcar las pautas, y el segundo en sus observaciones clínicas o de la vida corriente.

Freud nos ha mostrado un cuadro enormemente comprensivo de lo sexual a partir de su descubrimiento de lo infantil como antecedente de lo adulto y de sus formas de continuarse en él. Pero ello necesitó que lo sexual dejara de ser sinónimo de lo genital, y al mismo tiempo, señalar la relación peculiar que se establece con el presunto observador objetivo, una relación que repite moldes internos que por esta vía se aclaran y son esta vez sí, “observables”.

Por ese camino pudo aclarar por qué este descubrimiento no había sido hecho antes y por que no era comúnmente aceptado al formularlo: descubrió simultáneamente el par represión-resistencia, que involucra el propio observador en una relación de objeto con lo que observa, que no es objeto sino sujeto a su vez.

2. — Para otro punto de vista interesan los modelos de relación y para esta descripción, la masturbación no es autoerotismo, sino otra forma de relación con objetos. Se entiende por ejemplo, como un trato con otro orden de objetos que las personas del trato corriente, como el trato con un objeto “imaginado” que es una “parte de una persona” y en la que se juega sólo una “parte del sujeto”.

4. — Estos dos puntos de vista van desde la descripción del desarrollo psicosexual como conductas que manifiestan estadios en la evolución de un instinto que es su motor, a entenderlo como el desarrollo de las relaciones de

objeto, dando cuenta del hecho de que el hombre tiene siempre en vista trato con algo o alguien que le “responde”, que su preocupación vital se ordena en torno a esto, y que en esta relación caben modalidades que suponen intentos de negarla (como el mero ignorar toda reciprocidad con el otro, al modelo de un psiquismo regido por el principio del placer) hasta los modos de incluir la respuesta del otro, el desarrollar la propia conducta en un marco de la dramática del reconocimiento. Es ver al hombre desde la perspectiva de su inherencia Social desde el comienzo mismo, como una sociabilidad cuya aparición, no se produce cuando las cuentas con el interior ya han sido arregladas:

Porque en esta moratoria hay también una forma peculiar de relación, de inherencia del otro.

5. — ¿En qué queda entonces el instinto si no es una fuerza que determina conductas? No hay en el hombre algo como una conducta fija que supone un objeto también fijo que es sólo ocasión de descarga y que tiene su éxito asegurado de antemano.

Ahora podemos ver que nunca se está fuera de una relación de objeto. Es decir, conjuntamente se modifica la teoría de los objetos, que dejan de ser los objetos definidos objetivamente (las personas) para poder ser todo aquello que es el término de un trato, aun lo imaginado.

Estos dos prejuicios —acerca del sujeto y del objeto— van juntos y requieren una modificación simultánea. Siempre se está en relación y aun cuando se la niega, lo que se hace es justamente eso, negarla, por lo que la relación que se establece se hace muy precaria y necesitada de cambio. Es que esta relación no es un paso hacia una relación mejor y más integrada que se daría por sí misma, movida por las fuerzas internas, o una vez que la maduración biológica lo permita, sino que se trata de una relación degradada a partir de una relación integrada sentida como imposible pero que exige, por el sujeto mismo, ser restaurada (porque él está enfermo mientras no asume un trato con un objeto sano y completo).

El instinto pasa a ser una fantasía de instinto, un modo de vivir una relación en la que el sujeto da cuenta de sí como un ser que se vive poblado de fuerzas que considera extrañas a sí mismo o a una cierta idea de sí mismo, fuerzas que buscan imponerle tratos, y esta ajenidad parece ser el carácter distintivo de lo que Freud tenía en vista cuando concibió el ello. A su vez esta forma de vivir el instinto implica una cierta forma de relación de objeto, signada por la necesidad de des-carga de la tensión que el instinto supone y don-ole precisamente es tensión porque supone una activación arriesgada, que desconoce al objeto como otro frente al sujeto, que lo niega sobre el fondo de que otro trato es también posible y es el que el objeto espera.

6.— La crisis del instinto lleva a ver que el propio instinto no es una fuerza que mueve

hacia la relación, algo que viene de dentro y sólo después busca al objeto. El instinto aparece ahora motivado en una relación, el sentir la tensión que define al instinto supone ya una relación en la que ya se está, frente a la que se siente el “impulse” de llevarla por un determinado camino cuyo éxito no se considera seguro o plausible de acuerdo con las propias normas o de acuerdo con lo que se espera que sea la respuesta del objeto o del mundo.

Este es quizá el punto de inflexión de una concepción a la otra. Si es así, el instinto no es más instinto, fuerza ciega que brota desde dentro, sino que es deseo, en el sentido de que le pertenece al sujeto, que son ganas de él, que se ubica en el horizonte de su vida.

Asimismo en cuanto al resultado de la activación del instinto, el verlo como deseo supone llegar a la evidencia de que el resultado de alguna forma es “lo que YO buscaba”, algo que tiene sentido para mi propia vida. Allí puedo verlo como en continuidad con otras conductas mías y no como un rayo venido del cielo. Se trata de integrar el ello, de ver su disociación no como primaria.

El instinto no viene a instaurar una relación, sino que ya la supone y aparece

como las ganas de modificarla, de resolver la situación de determinada forma, lo que supone una prefiguración de lo que el otro mismo quiere. Por ejemplo, si instinto de vida puede ser visto a esta luz, como el sentir qué es lo que el objeto quiere, que el objeto quiere que el sujeto viva, y las ganas de vivir suponen la vía por la que se realizará el acuerdo con el objeto, acuerdo que es entendible como el sentido secreto o manifiesto de lo que llamamos psíquico. Ahora el instinto viene de afuera, es convocación, e incluye al otro.

7. — Pero no ha sido un error la psicología instintiva. Da cuenta de una forma de vivir la relación consigo y los otros: a uno poblado de fuerzas ajenas, a los otros como términos de esas fuerzas. Y esta forma es una relación de objeto, pero sobre el fondo de una posible relación de sujeto.

El instinto es un patrón de conducta o afecto ~ Como tal quizá debe entenderse. Es patrón de conducta en cuanto (al igual que los sentimientos) define por un lado, **qué se quiere llegar a hacer con el objeto**, qué se tiene en vista como fin de la relación. Y por otro lado, **qué se quiere que el otro signifique** para uno.

Como patrón de conducta, el instinto sirve para entender la conducta al modelo de otra cosa, aquí según un modelo dinámico. Pero esta descripción (que muchas veces quiere ser también explicación y el instinto aparece como motor previo) no agota al sujeto. El sujeto se pierde si se le reduce a fuerzas que obran en él, a lo que tiene de general y lo iguala a todos.

Como patrón, el instinto nos sirve para comprender conductas, para evidenciar una cierta unidad intrínseca y decimos que obra un instinto en todas las ocasiones en que un cierto modelo no es desmentido.

8. — Este trabajo intenta mostrar el límite de la hipótesis de la analogía con el animal (ubicándola en un marco, el de una psicología atomística o solipsista).

Esto no supone postular una conciencia transparente, ni una pura disponibilidad sino ver al hombre en situación.

En este plano, la descripción del instinto como motor interno es, por 'lo menos, incompleta y se hace necesario no derogarlo sino repensarlo. Por ejemplo, a partir de que menta lo **no dominado** por la conciencia.

Se acepta generalmente que el hombre es más libre que el animal respecto de su dotación instintiva porque ella es "suspendible". Esto quiere decir que su conducta no está decidida de antemano, y, más básicamente, que no sabe con certeza y de entrada cuál es la pertinente. Y que además tampoco su logro está asegurado. Todo ello significa que su situación no es unívoca, que hay una simultánea falta de fijeza del instinto. y del mundo e implica que el hombre está preocupado por su comunicación, por su adecuación mutua con el mundo y que ella no es automática sino problema, un trabajo.

No se trata ahora de un hombre vuelto sobre sí y preocupado por móviles internos y ajenos, sino de comunicaciones, de convocaciones, de solicitudes y respuestas más o menos logradas, cuyos orígenes se pierden, son inconscientes. Es que el hombre está tomado por la situación y el sentido de ella no está hecho sino que debe ser interpretado, hay que hacerlo respondiendo, y tampoco los alcances de esta respuesta son dominados por la conciencia.

El instinto es respuesta. Pero el hombre no es pura virtualidad, no hay infinitas posibilidades de responder, sino algunas y modalizadas. Y a su vez ellas siguen un curso: no se inventan, al igual que las situaciones son **típicas. Se dilucida de qué situaciones se trata, proyectando, introyectando, tentando, haciendo experiencia.** Es decir, no es un planeo previo: sino que se resuelve respondiendo, arriesgándose.

El instinto no es sólo la modalización de la respuesta sino también una cierta **inercia**, una persistencia de intenciones, lo opuesto a la pura volubilidad. Cuando cierta respuesta se pone en marcha, *es* toda una secuencia lo que se

inaugura. El hombre se compromete en un desarrollo una vez que lo inicia, no puede cambiarlo y corregirlo instantáneamente aun si se revela inadecuado. ¿Por qué? Porque la respuesta es una tentativa de acierto y algo más: una propuesta de trabajo, hacer que la situación, el objeto, responda a la interpretación y pruebe que la conducta fue realmente convocada.

El hombre sale de la incertidumbre actuando, Apuesta a una resolución y su fallo trae angustia, desmiente la adecuación postulada. Esta acción trata precisamente de adecuar el mundo a la interpretación que la motivó. El “instinto sexual” trata de hallar objetos sexuales, de probar que lo son, tentándolos, convocando su deseo. El fracaso, que motivaría una corrección, ocurre como frustración y angustia, lo que aleja definitivamente una posible adecuación mecánica subsiguiente Además el fracaso trae un nuevo sentido a la relación.

La conducta desencadenada prosigue, una cierta “inercia” lleva a una “descarga en el vacío” o la búsqueda de objetos sustitutivos o descargas sustitutivas: modos de “forzar” la situación para permitir que la respuesta se cumpla, aun cuando ahora su cumplimiento no sea placentero sino angustiante, porque no logra sobrepasar la inadecuación original que trajo la apetencia. Y porque ahora activa la conducta frenada y también rabia.

El instinto es así externo, venido de afuera en cuanto convocado. Y es interno en cuanto la convocación no es unívoca sino organizada desde dentro, interpretada, poniéndose en juego el sujeto. Mueve a responder, pero esta respuesta es también **tratar** el objeto, tratar de configurarlo, de moldearlo para que “**responda**” a la interpretación Y confirme el sujeto, confirme que había comunicación.

Un planteo similar puede hacerse respecto de instintos más generales, como

los de vida y muerte. No se trata de almitas cuya disputa tiene lugar en el hombre, -que pasa así a .ser la resultante de ese conflicto. Se trata del sentido de lo que el hombre hace y le pasa, sentido que es visto con relación a un horizonte de afirmación o negación de la vida, de lo que la alienta o la amenaza, de lo que prosigue o interrumpe la comunicación con el mundo. Por supuesto son posibles otros horizontes, considerar otros instintos como primordiales, como marcos de referencia. Pero en este momento, los de vida y muerte parecen ser los más fecundos.

9. — El desarrollo psicosexual ha venido a parar entonces en la evolución dialéctica de las formas de relación de objeto, donde una forma de la relación sólo se comprende como antecedente y prefiguración de una futura y como degradación o imposibilidad de esa futura, y donde ninguna existe en pureza.

La genitalidad no se describirá ya por una cierta forma de comportamiento, sino por una cierta forma de trato con el otro, en donde la propia satisfacción es la vía para la satisfacción del otro, y donde la satisfacción es entendida como posibilidad de reparación, no como descarga. Y esta relación a través de los genitales puede ser satisfactoria sólo si las relaciones de objeto son “maduras” y sólo existe sexualidad genital cuando las relaciones de objeto son satisfactorias, reparadoras.

Lo genital se equivale a posibilidad de una relación de objeto según el modelo depresivo, supone un objeto total, persona, y un sujeto para quien hay deseos y no impulsos ciegos y que en la relación integra y compromete más o menos su vida entera.

El pasaje supone dejar de tener en vista un hombre preocupado por sus impulsos, por un ello ajeno, para ver un hombre preocupado antes que nada por su trato con otros, donde el objeto cuenta y su respuesta tiene que ver con él

mismo, donde toda psicología es relacional.

El desarrollo psicosexual no hace sino describir desde un punto de vista, el desarrollo de toda la personalidad. Así debe verse que pubertad y adolescencia no están tanto determinadas biológica como socialmente, que significan no una modificación corporal, sino antes que nada, una modificación de las reacciones de objeto. Es el fin de la moratoria representada por la infancia y el momento de la inclusión en el mundo como un yo entre otros yo, con la reciprocidad que ello implica y los consiguientes conflictos. Uno de los cuales es sentir esta inclusión como un empuje desde dentro o fuera, que encuentra a un sujeto no preparado y víctima de esta incorporación y de ese urgente requerimiento que hasta ese momento había sido olvidado (el de que el tiempo pasa).

10. —La envidia como nuevo marco de descripción de las relaciones de objeto es quizá el fondo conceptual que permite ir más allá de la psicología solipsista. Por supuesto, la envidia como modo de relación de objeto, no como emoción.

Ella implica una sociabilidad esencial, ella es ya una interpretación de relación. La envidia es vivirse determinado por como se ve y espera a los demás. No es hombre, que puede entenderse como una traducción de un desequilibrio biológico. Es deseo de lo que otro tiene, deseo que surge por ver que otro lo tiene y deseo que no está antes. Es sentir la carencia ante lo que se siente como poseído por otros y por ello, debido a uno o haciendo intolerable el no tenerlo también. Pero esto supone, antes que nada, que hay algo como “otro”, desde un comienzo. Y que el otro es aquí desafío. No hay atomismo, sino una sociabilidad donde lo que el sujeto mismo es o siente se define por su modo de sentir al otro. El impulso no viene ya de dentro ni es motor, también viene de fuera y está motivado. Debemos revalorar lo que señaló Freud, que el impulso nace como intento de colmar un displacer que ahora podemos entender

como “molestia” por el otro, cuyo origen ya no es el cuerpo biológico sino el otro, con quien estamos corporalmente, insertados ambos en el mundo por el cuerpo.

Ray así una relación por lo menos de dos en el origen del impulso, pero quizá hay más: porque este otro sólo es tal sobre el fondo de un tercero para quien es otro, y para quien guarda los dones que no le da el sujeto, con quien sí tiene relaciones satisfactorias. El placer es quitar cosas, vaciar al objeto y dejarlo como pertenencia propia, al modelo oral, o esquizo-paranoide, pero esta relación no deja en paz, porque el tercero ha sido privado y vuelve como perseguidor. Y porque el otro queda como cáscara vacía que se vuelve carga.

El desarrollo psicosexual se haría así pasaje del deseo esquizo-paranoide al deseo depresivo, de la relación de envidia a la gratitud, en la que el poseer uno es la forma de “dejar vivir” al otro, libre para sus propias uniones, y esta libertad es consentida y testimoniada por las uniones felices del propio sujeto.

La admisión de una vida separada y propia en el objeto, lleva a readmitir la existencia de un impulso separado de uno, como un consentimiento a lo -que se da en mí, a lo que hay en mí y no es pura conciencia. El reconocimiento de algo ajeno y propio a la vez, lo sexual, la entrega a una relación que no domino, a una “especie” en continuidad con la cual me reconozco y a cuya continuidad me debo: una vida “del hombre” que integro y que me desborda.

La normalidad sexual se hace una normalidad cultural, consentimiento y cultivo, un trabajo y no un reflejo, un querer que supone espera, inadecuación, algo que se hace y no que brota desde dentro, y que implica otros desde su origen.

11. — Koolhaas ha señalado que el esquema envidia-gratitud supera al esquema instinto de vida e instinto de muerte y la disociación maniqueica implícita. La envidia entendida como superación de la mera ajenidad y no como emoción mala que representaría una vuelta a la disociación maniquea. Pero además este

nuevo esquema permite reinterpretar al instinto. Verlo como motor implica un nivel descriptivo, es la fantasía del instinto (como sí, impulsado por) y no un nivel explicativo. Y como descripción es contradictoria e incompleta. Porque no toma en cuenta que surge de una situación en la que ya se está y que supone una interpretación de ella. Ni tampoco que es un intento por resolverla, una anticipación de su curso futuro, una forma de superar una situación de ansiedad (ansias de que pase algo y se defina qué es lo que toca vivir, que se defina y que saque al sujeto de hacer bullentes hipótesis que implican un modo de ver a otros, que luego se mostrará equivocado y que lo descubrirá a sí mismo, mostrándole la distancia entre cómo ve a la gente y cómo ella es).

Resumen

Siendo el capítulo del desarrollo psicosexual el más “psicoanalítico” dentro de la psicología oficial, se ensaya aquí una revisión del tema a través de tres momentos: Freud, Fairbairn, Klein.

Se señalan algunos de los supuestos de la interpretación más difundida de la teoría de los instintos y luego la crítica de Fairbairn a la misma, centrada en la evidencia de que el impulso es relacional desde su origen y no es una mera incitación a un contacto. A partir de aquí el punto de vista genético puede ser sustituido por otro que puede hallar sus raíces en Fairbairn y Klein y de este modo el desarrollo psicosexual pasa de ser la descripción de las vicisitudes de un instinto a ser la historia de las relaciones de objeto. Esto supone la superación del prejuicio acerca del objeto y del propio sujeto y el pasaje del cuerpo visto como agobio a ser vivido como condición y posibilidad.

Por último se señalan aperturas que permite el esquema planteado por “Envidia y gratitud y cómo a partir de ellas parece esbozarse una reinterpretación de parte del pensamiento psicoanalítico, a la vez que lo inscribe

dentro de las corrientes de pensamiento que critican el esquema atómico y solipsista, proponiendo un esquema relacional. Pero en este punto reencontramos a Freud, el Freud que ecuaciona represión y resistencia.

REFERENCIAS

ABRAHAM, K.: Psicoanálisis clínico (Hormé, Bs. Aires, 1966)

FAIRBAIRN, R.: Estudio psicoanalítico de la personalidad (Hormé, Bs. Aires, 1966)

FREUD, S.: Historiales clínicos

Introducción al psicoanálisis

Una teoría sexual

Metapsicología

El yo y el ello

La organización genital infantil

(Obras Completas, bib. Nueva, Madrid, 1948)

KLEIN, M.: Psicoanálisis de niños (Hormé, *Es.* Aires, 1964)

Desarrollos en psicoanálisis

(Hormé, Bs. Aires, 1967)

Envidia y gratitud

(Hormé, Bs. Aires, 1969)

KOOLHAAS, G.: Seminarios en la A.P.U., 1967

EL DESARROLLO DEL PENSAMIENTO FREUDIANO
CONCERNIENTE A LA GENESIS Y EL TRATAMIENTO
DE LA ESQUIZOFRENIA (*)

L. BRYCE BOYER
(San Francisco)

A Freud le fue enseñado que los estados psicopatológicos eran el resultado de condiciones neuropatológicas, que a su vez, podían atribuirse a herencia, constitución y/o estados degenerativos. Sus tempranos intereses científicos se dirigieron a¹ campo de la biología, histología y neurología. Obtuvo su título de médico en la esperanza de que esto le reportara una mejor oportunidad para obtener de la universidad un nombramiento que le permitiera continuar sus estudios en estos campos. Luego de recibir su Doctorado en Medicina en 1881, continuó sus investigaciones en el Laboratorio de Fisiología de Brücke (Jones 1953: 58—77). Deseando ser el sucesor de Brücke y presionado por la falta de dinero Freud se preparó de mala gana para ejercer la medicina, se dedicó a la neurología y fue nombrado en 1884 Privat Docent en neuropatología como resultado de haber escrito seis monografías que abarcaban los campos de la histología, farmacología y medicina (Kris 1954:16).

A pesar de estos intereses primarios, Freud evidenció una curiosidad per se en los fenómenos psicológicos. Como estudiante de medicina tuvo oportunidad de ver una exhibición del magnetista Hansen y “al notar que una persona hipnotizada podía quedar pálida como un muerto se convenció de que los fenómenos hipnóticos eran genuinos” (Jones 1953:235). Conoció a Breuer

* Este artículo es el capítulo segundo de “Tratamiento psicoanalítico de la esquizofrenia y trastornos caracterológicos”, de L. Bryce Boyer y Peter L. Giovacchini. Nueva York: Editorial Science House. 1967.

siendo aún un estudiante y en los años 80 el gran médico contó al joven amigo de su terapia a Ana O. (Kris, 1954:12, caso célebre que condujo a uno de los puntos de partida del psicoanálisis (Breuer y Freud 1895).

Entre 1880 y 1882 trató a una joven que ha sido generalmente considerada como una histeria clásica, aunque Reichard (1956) la ha rediagnosticado como una esquizofrenia. Breuer hipnotizó a Ana O. en períodos de alteración de su personalidad con confusión y encontró que cuando ésta relataba fantasías y simultáneamente liberaba afecte, sus síntomas conversivos desaparecían uno a uno. Breuer llamó a estos estados “hipnoides” y él y Freud los atribuyeron a excitación intracerebral, un concepto que ambos habían aprendido de Brücke.
(¹)

Probablemente, a través de sus contactos con Breuer, fue que Freud se interesó en la hipnosis, sus efectos e implicancias, lo que lo llevó a hacer uso de una beca para estudiar con Charcot durante cuatro meses en 1885-86. Al volver a Viena dio una conferencia sobre la histeria en el sexo masculino (Freud 1886), pero sus explicaciones psicodélicas cayeron en oídos sordos. Continuó con su investigación de laboratorio, pero también asistía privadamente a pacientes “nerviosos”, fundamentalmente neuróticos. Sus primeros intentos terapéuticos fueron con la electroterapia de Erb, un hecho que Jones (1953:235) atribuye a que Freud permanecía bajo la influencia de Charcot, contraria al método catártico de Breuer. Freud se dedicó a la electroterapia durante algunos meses aunque usaba elementos coadyuvantes como baños y masajes. Jones escribe: “Hizo la cáustica observación de que la única razón por la cual él no podía estar de acuerdo con Moebius en adscribir los resultados del ‘tratamiento eléctrico a

¹ Las extrapolaciones posteriores de Freud a partir de esta idea le llevaron a ideas referidas a mecanismos de regulación psíquica que pertenecen hoy a los presupuestos fundamentales del psicoanálisis (Berenfeld 1944).

la sugestión, era que él no encontraba ningún resultado que explicar”.

A pesar de sentirse defraudado de los resultados terapéuticos de los métodos que usaba, y de su contacto con el trabajo de Breuer. Freud no usó la hipnosis en su práctica psiquiátrica hasta el otoño de 1887 (Freud 1887-1902:53, con la Sra. Emy N. Breuer y Freud 1895). La hipnosis le entusiasmaba debido a que vio en ella la posibilidad de “llegar a una teoría puramente psicológica de la histeria’ con los procesos afectivos en primer plano” (Freud 1914, 18). Sin embargo, no podía modificar el estado mental de la mayoría de sus pacientes. En 1889 vio una demostración de Berenheim en la que los pacientes con un estado de sonambulismo inducido por hipnosis sólo aparentemente olvidaban las experiencias vividas durante el estado de sonambulismo. Freud usó la hipnosis durante unos 18 meses pero luego cambió de procedimiento y trabajó con los pacientes en “estado normal”. Al principio les decía que ellos iban a recordar cuando él pusiera su mano en la frente, y aunque encontró que el procedimiento era laborioso e “inadecuado como técnica permanente”, continué usándolo hasta que estuvo seguro de que los recuerdos olvidados no se habían perdido (Freud 1914:23). Freud veía en la disociación psíquica un efecto del rechazo que primero llamó defensa y luego represión. Gradualmente elaboró las técnicas del psicoanálisis dándose cuenta de los roles de la regresión, de la sexualidad infantil y luego de la transferencia.

el desarrollo del pensamiento de freud

en lo concerniente a la esquizofrenia

No es fácil seguir el desarrollo del pensamiento de Freud con respecto a la esquizofrenia, en parte porque su uso de los términos neurosis y psicosis no estaba claramente definido. Zilboorg (1954) ha sugerido que la aparente “laxitud gnosológica y aun la confusión” freudianas resultan de una indiferencia esencial hacia las entidades diagnósticas. Un ejemplo temprano puede

encontrarse en la primera carta de Freud a Wilhelm Fliess, en la cual escribió: “En la neurastenia, un elemento hipocondríaco, una psicosis ansiosa no está nunca ausente (Freud 1887-1902:51). Freud (1911: 75—76), también se refirió directamente a este punto con la siguiente anotación: “No son demasiado importantes los nombres que damos a los cuadros clínicos”. En su último trabajo (Freud 1940:195) escribió: “No es científicamente posible trazar una línea de separación entre lo psicológicamente normal y lo anormal”.

En una parte de la comunicación “Tratando de deslindar un síndrome particular de la neurastenia bajo la descripción de neurosis de angustia”, Freud (1895) dividió las histerias en hereditarias y traumáticas, y dijo que todos los casos de histeria “adquirida” tenían un origen sexual-genital. Hizo una distinción entre la depresión periódica, a la que consideraba una tercera forma de neurosis de angustia, y la melancolía propiamente dicha, implicando en esta última una naturaleza hereditaria. En el resto de las cartas de Freud a Fliess, su uso de la palabra melancolía deja al lector en duda en cuanto al significado neurótico o psicótico de la depresión. La misma ambigüedad en el uso del término se encuentra frecuentemente en la literatura psiquiátrica germana de la época.

Freud distinguía entre los estados psicopatológicos de origen hereditario y adquirido y sus primeros intentos para comprender las bases de las neurosis y psicosis adquiridas incluían explicaciones orgánicas. Hacia 1893, ya había abandonado la hipnoterapia y la agotadora técnica de poner la mano en la frente del paciente mientras le solicitaba la producción de asociaciones. Estaba sin embargo, convencido aún, de que los estados psicopatológicos adquiridos se podían atribuir a noxas sexuales. Sin embargo, en ese año introduce la entonces revolucionaria teoría de que los síntomas de los pacientes psicóticos eran comprensibles de la misma forma que los sueños y conductas de personas

normales o los síntomas de sujetos neuróticos. En “la neuropsicosis de defensa” Freud (1894) conceptualiza la histeria adquirida, fobias, obsesiones y ciertas psicosis alucinatorias, como estados defensivos constituidos que servían al propósito de mantener las ideas sexual-es inaceptables fuera de la conciencia. Uno de sus pacientes obsesivos (pág. 55) sufría de una psicosis en la cual el yo es sobrepasado en su capacidad de defensa; otro de una confusión alucinatoria. En este trabajo Freud designó su método terapéutico como “análisis psíquico” (pág. 47), “análisis clínico psicológico” (pág. 53), o “análisis hipnótico” (pág. 59), y sostuvo que podía ser utilizado para eliminar las conversiones, desplazamientos y la disociación de la conciencia, contrarrestando los efectos de la represión. ⁽²⁾

Él tenía clara visión de lo corriente de la combinación de síntomas neuróticos y psicóticos en un mismo paciente. En este primer trabajo presentó un mecanismo hipotético en cuanto a la causa de las psicosis al cual volvió luego de treinta años en sus últimos trabajos referidos a este mismo tópico. Contrastando dos casos de ideas obsesivas en los cuales la defensa contra la idea intolerable se efectuaba por un desplazamiento del afecto, con el caso de confusión alucinatoria, en el cual existía una “más enérgica y satisfactoria manera de defensa”, Freud (1894:58) escribió con respecto a este último: “Aquí el yo rechaza la idea incompatible junto con el afecto y se comporta como si la idea nunca hubiera ocurrido o llegado al yo para nada. Pero desde el momento en el cual esto ha sucedido en forma victoriosa, el sujeto ya presenta una psicosis, que sólo puede ser clasificada como confusión alucinatoria.” A continuación dice (pág. 49), “el yo se ha desprendido de la idea incompatible a través de su huida en la psicosis”, y agrega, “el yo se deshace de la idea incompatible, pero esta última está inseparablemente conectada con una parte de la realidad, de manera

² Más tarde en el mismo año, él (Freud 1894 a: 75) utilizó el término análisis psicológico. Psicoanálisis apareció por primera vez en trabajos en francés referido a la etiología de las neurosis (Freud 1898: 151)

que, en tanto el yo logra este resultado, él también, se ha desprendido en sí mismo, totalmente o en parte, de la realidad”.

En 1894, Freud (1887-1902:86-88) incluía la melancolía y la manía entre las neurosis, aunque en 1895 escribía (pág. 103), “el caso típico y extremo de melancolía parece ser la forma periódica o psíquica

En una parte de un trabajo escrito en 1895, titulado ‘Paranoia’. Freud escribía (pág. 109), las ideas delirantes y las ideas obsesivas aparecen como trastornos puramente intelectuales, y, la paranoia aparece frente a la neurosis obsesiva como una psicosis intelectual” y “la paranoia crónica como un modo patológico de defensa”. Tiempo más tarde, en su carta N° 39 a Fliess él repetía: este tema, como para reasegurarse de su validez (Freud 1887-1902:141), “la paranoia es verdaderamente una neurosis defensiva”, y en una parte de un trabajo escrito en el mismo año, “La neurosis de defensa” nos encontramos (pág. 146): hay cuatro tipos de ellas, y muchas formas. . . Éstas son aberraciones patológicas de estados afectivos psíquicos normales: de conflicto (histeria), de auto-reproche (en la neurosis obsesiva) de mortificación (en la paranoia) y de la culpa (en la demencia aguda alucinatoria). Freud (1896 a) publicó ambos fragmentos como “Posteriores conclusiones con respecto a la neuropsicosis de defensa”, y en esta elaboración, presentó la historia del caso de una mujer que sufría de paranoia crónica o demencia paranoide a la cual había tratado psicoanalíticamente. Escribía (pág. 175) “esta es una psicosis de defensa”. La laxitud de Freud en cuanto a la distinción entre neurosis y psicosis permaneció sólo aparente. Sin haber por este tiempo definido -esos estados en una forma más clara prontamente (Freud 1898) estableció que el psicoanálisis era un método de tratamiento destinado sólo para los pacientes psico-neuróticos pero más tarde en el mismo año (1898 a) incluyó la paranoia entre las psiconeurosis.

En 1904, Freud escribió sobre las limitaciones del método psicoanalítico. Con sus propias palabras (Freud 1904:257) el método “fue creado por y para el tratamiento de los pacientes permanentemente imposibilitados de realizar su vida”. Los pacientes debían, -para poder ser aceptados en tratamiento, “poseer un grado razonable de educación y un carácter más o menos tolerable”. La psicoterapia analítica no se consideraba útil (pág. 258) para el tratamiento de la “degeneración neuropática y psicosis, estados de confusión o estados profundos de depresión (yo diría tóxicos)”. Surgió que “por cambios adecuados en el método se podía conseguir superar estos inconvenientes y de esta manera poder iniciar la psicoterapia de las psicosis”, y agregaba (pág. 259), que de la terapia analítica “ninguna injuria al paciente puede ser temida cuando el tratamiento es conducido con verdadera comprensión”. No sugirió cuáles debían ser estas modificaciones técnicas que hicieran posible utilizar el método en el tratamiento de las psicosis. Suplementó sus afirmaciones más tarde, comentando (Freud, 1904 a) que las personas con “profundas malformaciones del carácter o rasgas de una constitución degenerativa actual” tampoco podían ponerse en tratamiento psicoanalítico.

Debe hacerse notar que Freud estaba todavía por definir qué era lo que él entendía por neurosis o por psicosis. Aunque no había escrito directamente sobre las psiconeurosis hereditarias versus las adquiridas durante algunos años, un panorama de su conceptualización fue emergiendo gradualmente. Creía que el psicoanálisis debía ser recomendado para aquellos enfermos en los, cuales, predominantemente, si no en forma total, sus trastornos surgían de situaciones traumáticas de la vida y que el psicoanálisis estaba contraindicado en aquellos estados en los cuales la enfermedad se daba por un origen constitucional o hereditario. Esto parecería indicar que cuando Freud juzgaba una situación cuya causa era de las últimas mencionadas, él la incluía dentro de las psicosis o

dentro de los trastornos graves de carácter. Cinco años más tarde, (1909) ofrecía un criterio para establecer esta diferenciación, estableciendo que “la investigación psicoanalítica de las neurosis (las varias formas de trastornos nerviosos de causa psíquica) nos ha exigido el rastrear sus conexiones con la vida instintiva y con las restricciones impuestas a ella por la civilización”. Infería que otras formas de “enfermedades nerviosas” tienen causas de origen hereditario, constitucional o degenerativo, pero no amplió- este punto o indicó los métodos para diferenciar entre enfermedades causadas por socialización o por factores orgánicos. Hay algo más que está implicado y que podemos encontrar en sus afirmaciones, fundamentalmente que si “una enfermedad nerviosa es predominantemente debida a exigencias de la civilización ésta debería ser accesible a la terapia psicoanalítica”. Poco tiempo después, Freud (1911) derivó su atención hacia una amplificación de su teoría- de la libido y desarrolló la teoría del narcisismo, a la cual había aludido en una reunión de la Sociedad Psicoanalítica Vienesa en 1909 (Freud 1914:69). Eligió e-orno punto de partida el estudio autobiográfico relatado por un paranoico. Freud desarrolló su argumento en cuatro etapas. Buscaba: 1) comprender los orígenes de la Paranoia por un análisis de la fenomenología que caracterizó la enfermedad de Schreber; 2) separar la paranoia de la esquizofrenia; 3) desarrollar una teoría de las psicosis, y 4) utilizar sus ideas referentes a la psicopatología de las psicosis para clarificar su teoría del narcisismo.

De un análisis interpretativo de la sintomatología registrada por Schreber y del desarrollo de su sistema delirante, Freud (1911:429) concluía: “La base de la enfermedad de Schreber fue la erupción de un sentimiento homosexual” hacia su medico, Flechsig, un subrogado del padre. Establecido que el complejo del padre era el elemento dominante en el caso Schreber, Freud hacia notar’ (59), “pero en todo esto no hay nada característico de la forma de enfermedad conocida como paranoia, nada que nosotros no pudiéramos encontrar (y que no

haya sido encontrado) en otro tipo de neurosis”. Mantuvo así su primitiva posición (Freud 1894, 1896), de que la sintomatología de las neurosis y de las psicosis era el resultado de mecanismos defensivos, y definió el carácter protector de los síntomas paranoicos de Schreber agregando (Freud 1911:59): “El carácter distintivo de la paranoia (o de la demencia precoz) debe de ser buscado en otra parte, fundamentalmente en la particular forma que asumen los síntomas; y nosotros esperamos encontrar que esto va a estar determinado, no por la naturaleza de los complejos en sí mismos, sino por el mecanismo por el cual los síntomas son formados o por la forma en que la represión es realizada”, y “lo que era característicamente paranoico de la enfermedad era el hecho de que el paciente, como medio de defenderse de deseos homosexuales fantaseados, reaccionó precisamente con un delirio persecutorio de este tipo”. Y agrega (pág. 62), “los paranoicos se protegen a si mismos contra tal sexualización de sus catexias instintuales-sociales”. Luego revisé el rol de la fijación, la represión, y la irrupción de lo reprimido en la formación de los síntomas, y escribió (pág. 71): “La formación delirante, que nosotros vemos como un producto patológico, es en realidad un intento de cura, un proceso de reconstrucción” y “el proceso de represión propiamente dicho consiste en el retraimiento de la libido de las personas y las cosas previamente amadas”.

En esta exposición sobre el significado de tales conclusiones, Freud luego trató de utilizar todos estos datos para desarrollar una teoría de la psicopatología de las psicosis. Notó que el proceso de represión ocurría en forma silenciosa y que sólo se podía inferir por los hechos ocurridos posteriormente. Establecía (pág. 71): “Lo que fuerza nuestra atención tan ruidosamente es el proceso de recuperación, que recorre el camino inverso de la represión y trae nuevamente la libido hacia las personas a las cuales había abandonado. En la paranoia, este proceso es llevado a cabo por el método de la proyección [...] Tal desplazamiento de la libido ocurre también en otras situaciones [. . .] Es posible que el retraimiento de la libido sea esencial y regular como mecanismo en toda

represión.” Encontró que (página 72): “Los paranoicos realizan una fijación al estado narcisista, y podemos asegurar que el trecho que separa la homosexualidad sublimada del narcisismo- es una medida del grado de represión característico de la paranoia”. Este retraimiento libidinal puede ser parcial, o (p. 73) “puede convertirse en algo original, que se va a proclamar ruidosamente en la presencia de síntomas megalomaniacos”, y (p. 75) “No puede asegurarse que un paranoico, aun en su punto máximo de represión, retraiga su interés del mundo circundante real completamente en la forma en que debe ser considerado que tiene lugar en algunos otros tipos de psicosis alucinatorias (tales como la amencia de Meynert —una confusión alucinatoria aguda—)”.

Tenemos aquí, por lo tanto, el núcleo de la teoría freudiana’ de las psicosis. Mientras que Kahlbaum (1863) ‘enfaticaba sobre los fenómenos motores de la esquizofrenia, Kraepelin (1903) sobre el curso progresivo hacia la demencia, y Bleuler (1911) sobre los trastornos del pensamiento y de la afectividad, Freud consideraba los cambios en cuanto a las relaciones con las personas y o en los objetos, como de importancia primaria. Estaba particularmente impresionado por la observación generalmente verificada, de que había un manifiesto retraimiento del interés con respecto al medio, lo cual se reflejaba en variaciones de la conducta y cambios subjetivos y diferentes formas de trastornos psíquicos. Las personas normales, cuando están sometidas a una pérdida del objeto, no se informan pero encuentran otros objetos en los cuales o con los cuales ellos pueden transferir sus intereses antes adheridos a previos objetos amorosos. Sujetos que sufren de histeria, neurosis de angustia o neurosis obsesivas —Freud, 1911, ahora refiriéndose a este grupo como neurosis de transferencia— reprimen las representaciones mentales de los objetos libidinales perdidos, y las catexias de libido objetal hacia aquéllos es mantenida como representaciones mentales inconscientes revelándose éstas en forma de

síntomas que son característicos de estos trastornos. En los psicóticos, la situación es bastante diferente. Ellos tienen la noción de que el mundo que los rodea y las personas en él, han cambiado de alguna manera y a veces el mundo *se* aparece a ellos como habiendo sido destruido. Freud más tarde (1924, 1932) se refirió a este grupo de síntomas como la ruptura del paciente con la realidad.

En 1911 y 1914, Freud intentó explicar la psicopatología de la ruptura con la realidad sobre la base de un factor cuantitativo o económico: la distribución de la catexia libidinal del paciente. Concluyó que era la consecuencia de haber el paciente tenido que retirar totalmente sus catexias libidinales de los representantes mentales de sus objetos queridos y habiendo tenido que adherir esta libido objetal retraída en su propio **self**.

Freud buscó entonces contestar la siguiente pregunta: ¿Qué ocurre con la libido de objeto que ha sido retraída de los objetos queridos y que ha investido al self? Notó la presencia en los paranoicos y esquizofrénicos de síntomas megalomaniacos y de un período de hipocondría, estado en el cual se encontró Schreber en su paranoia. Al mismo tiempo, Freud sabía del importante papel que la regresión jugaba en las psicosis, ya había escrito sobre la importancia entre la similitud del sueño con el dormir y con la psicosis (Freud 1900). Había notado las profundas similitudes entre el paciente psicótico y el niño, y supuso que en ambos las catexias de las representaciones objetales están ausentes o son insignificantes, comparadas con la cantidad de libido que inviste al self. Pensó que el paciente psicótico regresaba a un estado de narcisismo por el cual el niño normal ha atravesado en un periodo muy temprano de su vida.

¿Cómo intentó Freud explicar la megalomanía? Escribió (Freud 1914a: 74-75): “¿Qué ocurre con la libido que ha sido retraída de los objetos externos en la esquizofrenia? La megalomanía, característica de estos estados muestra el camino. Esta megalomanía, sin lugar a duda, ha surgido a expensas de la libido-

objetal. La libido que ha sido retraída del mundo externo ha sido dirigida hacia el yo y de esta manera hace surgir una actitud que puede ser llamada narcisismo. Pero la megalomanía en sí misma no es una creación nueva, por el contrario, ella es, como sabemos, una magnificación y más plena manifestación de una condición que ya existía previamente. Esto nos lleva a mirar el narcisismo que surge de la retracción de las catexias objetales como un narcisismo secundario, super-impuesto sobre un narcisismo primario oscuro u oscurecido por un número diferente de influencias.”

Sigamos ahora a Freud en sus argumentos referentes a la hipocondría. Escribía (Freud 1914a:82), “una persona atormentada por un dolor orgánico deja sus intereses referidos a las cosas del mundo externo, en tanto que éstas no tienen relación con su propio sufrimiento. Una observación más próxima nos enseña de que también retrae el interés libidinal de sus objetos amorosos”; y “retrae sus catexias libidinales hacia su propio yo y las envía nuevamente hacia afuera cuando se recupera”. (Debe tenerse en cuenta y recordarse que en alemán la palabra “yo” tiene la connotación dual de self y yo). Freud continúa: “Aquí, una vez más, interés libidinal e interés del yo se hacen indistinguibles uno del otro. El característico egoísmo de la persona enferma cubre a ambos.” Continúa diciendo (p. 83): “La hipocondría [...] tiene el mismo efecto que las enfermedades orgánicas en la distribución de la libido. El hipocondríaco retira el interés y la libido, esta última en forma especialmente marcada, de los objetos del mundo externo y concentra ambos en el órgano que requiere su atención”, y (p. 84): “El prototipo de órgano que es doloroso cuando está tenso es el órgano genital en estado de excitación”. Freud, refiriéndose a “Los tres ensayos sobre una teoría de ‘a sexualidad’” (1905) sugiere que los órganos catectizados se convierten en órganos erogénicos y escribió (Freud, 1914; 84-85):

“Por cada cambio en la erogenidad debe de haber un cambio también paralelo de la catexia libidinal del yo”. Hacía notar, “Si nosotros seguimos esta línea de

pensamiento, llegamos no solamente al problema de la hipocondría, sino al de las otras neurosis actuales, neurastenia y neurosis de angustia” y “podemos sospechar que la relación de la hipocondría con la parafrenia es similar a la que existe entre las neurosis actuales con respecto a lo historia y a la neurosis obsesiva: podemos sospechar que depende de la libido del yo así como en las otras depende de la libido de objeto, y que la ansiedad hipocondríaca es la contrapartida refiriéndose al yo y a su libido, de la ansiedad neurótica. Es más, desde que ya estamos familiarizados con la idea de que el mecanismo de caer enfermo y la formación de síntomas en las neurosis de transferencia —el pasaje de la introversión a -la regresión— debe de ser asociado a un estancamiento de la libido de objeto, nosotros podemos aproximarnos más con la idea del estancamiento de la libido del yo, así como podemos aproximar esta idea en relación con los fenómenos de la hipocondría y la parafrenia.” Notando que el estancamiento de la libido es percibido como displacer y que el grado de displacer es dependiente de la cantidad de libido estancada, Freud continúa: “En este punto uno podría interrogarse o cuestionarse con respecto a qué es lo que hace necesario a nuestra vida mental el pasar más allá de los límites del narcisismo y el de lograr relaciones libidinales de objeto”.

Volvamos ahora a la teoría de Freud con respecto a las psicosis durante este período, en el cual su orientación era la teoría de la libido dentro del marco referencial de la hipótesis topológica. La represión del neurótico y la del psicótico son silenciosas, la evidencia de su existencia puede ser obtenida sólo a través del análisis de los síntomas que se muestran ellos mismos durante el período de mejoría. Tales síntomas son formaciones de compromiso que resultan de un -intento de la psiquis de aliviarse del displacer resultante de la libido del yo estancada. Con la mejoría, la libido retraída por el psicótico es gradualmente reinvestida en el mundo externo y en sus objetos en una forma patológica, es decir delirio y alucinaciones. A este intento de reinvestimento le llamó Freud la fase restitutiva de las psicosis.

La decaatexia de las representaciones de objeto que caracteriza la primera fase de las psicosis es análoga a la represión neurótica, pero en el caso de los psicóticos, la represión es más profunda, y es un proceso que abarca más. No implica simplemente ideas prevalentes y recuerdos que llegan a la conciencia, sino que tiene como resultado un profundo cambio en las representaciones mentales en sí mismas. Los contenidos reprimidos del inconsciente del neurótico permanecen catectizados, pero las representaciones mentales de los psicóticos son verdaderamente decatectizadas y no existen más para él. Freud escribió (1914 a: 74):

“Los parafrénicos desarrollan dos características fundamentales: la megalomanía y el cambio de dirección en su interés del mundo externo, de las personas y de las cosas. Como consecuencia de este gran cambio, ellos se hacen inaccesibles a la influencia del psicoanálisis y no pueden ser curados por nuestros esfuerzos”. Freud (1915: 124) usó por primera vez el término neurosis narcisista para designar la esquizofrenia. Parafraseando su punto de vista, podemos decir el esquizofrénico no puede re-investir los objetos externos actuales; sufre de una neurosis narcisista y es incapaz de transferencia. Por lo tanto, no puede ser tratado por el psicoanálisis.

Permítaseme resumir el argumento. La ruptura con la realidad, o el completo retraimiento de la catexia del medio, es el hecho más singular y característico de las psicosis. La represión empleada por el psicótico es mucho más profunda que la del neurótico y consiste en una total decaatexia de la libido de las representaciones mentales. Al estar el psicótico centrado en su self, resulta que la libido decatectizada se vuelve hacia el self, resultando en la megalomanía cuando ésta es adherida al yo, y en hipocondría cuando ésta es adherida al cuerpo. A continuación de esta regresión a tal estado narcisista, el psicótico gradualmente recatectiza las representaciones mentales de los objetos externos de una manera distorsionada, generalmente por vía de las alucinaciones e ideas

delirantes en una fase restitutiva.

Debe recordarse que en el análisis del caso Schreber, Freud buscó- la manera de distinguir la paranoia de la esquizofrenia en cuyo grupo había sido incluida por Kraepelin y Bleuler. Freud, sin embargo, creía que (1911: 76) “la paranoia debe ser mantenida como una identidad clínica tipo; sin embargo frecuentemente el cuadro que ofrece puede estar complicado por la presencia de fenómenos de tipo esquizofrénico”, como había sido en el caso Schreber. Dio como su razón, “porque, desde el punto de vista de la teoría de la libido, mientras que se parecería a la demencia precoz en lo que tiene que ver con la represión, la cual en ambos trastornos tiene los mismos rasgos principales —desligar la libido, junto con su regresión al yo—, so distinguiría de la demencia precoz por tener una disposición para la fijación, localizada en forma diferente y por tener diferentes mecanismos para el retorno de -lo reprimido (esto es, para la formación de los síntomas)”, fundamentalmente la proyección. Estableció que el intento de recuperación empleado en la demencia precoz (parafrenia), en contraste con el utilizado en la paranoia, es de carácter alucinatorio Freud sostenía que el mecanismo alucinatorio es histérico y continuaba diciendo (p. 77): “Éste es uno de los dos aspectos más importantes por los cuales la demencia precoz se diferencia de la paranoia”. ⁽³⁾ Una segunda distinción tiene que ver con la historia natural de los trastornos. Es “lo que muestra la evolución de la enfermedad en los casos en los cuales el proceso no ha permanecido demasiado restringido. El pronóstico es en un todo más desfavorable que en la paranoia. La victoria está del lado de la represión y no, como en la primera, en la reconstrucción. La regresión se extiende no solamente al narcisismo (manifestándose bajo la forma de megalomanía) sino a un completo abandono del amor objetal y a un retorno al autoerotismo infantil. Esta disposición de la

³ Hoy en día no consideraríamos este argumento como válido, desde que la proyección está claramente implicada en el proceso alucinatorio.

fijación debe ser por lo tanto, situada mucho más atrás que en la paranoia, y debe situarse en algún punto en el comienzo del curso del desarrollo del autoerotismo al amor objetal. Es más, no sería raro que los impulsos homosexuales que son tan frecuentemente —probablemente siempre— encontrados en la paranoia, jueguen un papel igualmente importante en la etiología de aquella forma más comprensiva como trastorno, que es la demencia precoz.”

Freud terminaba su análisis del caso Schreber estableciendo (P. 79): “Finalmente, yo no puedo concluir el presente trabajo [...] sin hacer referencia a las dos más importantes tesis con respecto a la forma en la cual está evolucionando la teoría de ‘a libido en lo referente a las neurosis y psicosis: el de que en la neurosis el conflicto surge fundamentalmente entre el yo y el instinto sexual y que las formas que la neurosis asume mantiene la huella del desarrollo sufrido por la libido y por el yo”. Que él consideraba que lo mismo ocurría con respecto a las psicosis es aparente de lo que decimos a continuación.

El comienzo de la enfermedad de Schreber consistía en un estado que fue etiquetado como de hipocondría. Freud consideraba que durante la fase hipocondríaca, Schreber no había “sobrepasado los límites” de la neurosis. Sin embargo, él incluía la paranoia entre las neurosis (p. 59). Durante el desarrollo de los argumentos de Freud, que buscaban diferenciar la paranoia de la esquizofrenia, él mostraba conocer otra dificultad gnósológica, escribiendo (p. 77): “Nuestras hipótesis en cuanto a cómo se dispone la fijación en la paranoia y en la parafrenia, nos hacen ver fácilmente que un caso puede comenzar con síntomas paranoicos y sin embargo luego evolucionar hacia una demencia precoz, y que los fenómenos paranoicos y esquizofrénicos pueden combinarse en cualquier proporción”. Freud, luego establecía que hay un continuo de

estados que van de la normalidad a la psicosis, varias gradaciones de mecanismos neuróticos y psicóticos son empleadas en los diferentes estados psicopatológicos, y que los términos diagnósticos que son aplicados a los diferentes estados anormales dependen de juicios económicos o cuantitativos. En otras palabras, como Freud ya lo había indicado anteriormente (1896) y lo haría también más tarde (1924), los procesos psíquicos de las neurosis y psicosis desarrollan una unidad fundamental. En 1911 y 1914, pensando en la teoría de la libido, buscaba establecer que la paranoia se ubica entre las neurosis y las psicosis, es decir, entre las neurosis de transferencia y las neurosis narcisistas.

Aunque Freud mantuvo su postura referente a conservar la unidad fundamental, aparentemente modificó otro aspecto. En la teoría de la libido, los derivados de los impulsos instintivos son inaccesibles a la conciencia y la remisión de los síntomas depende de hacer accesible al sistema consciente el material reprimido. En las primeras cartas de Freud a Fliess sostenía el punto de vista altamente optimista de que todos los cuadros psicopatológicos adquiridos, podían curarse suprimiendo la represión, la única forma de defensa reconocida hasta ese momento. La paranoia era incluida entre las neurosis y aparentemente pensaba que algunos casos eran adquiridos, es decir de origen psicogénico. Por 1896 era ya menos optimista en cuanto a la eficacia del psicoanálisis en la paranoia y hacia notar al comienzo del análisis del caso Schreber (1911: 9) que “en los paranoicos no se pueden vencer las resistencias internas”.

Llegada a esto punto, resumamos el pensamiento de Freud hasta 1914 en lo que tiene que ver con las psicosis y la aplicabilidad del psicoanálisis a éstas.

Es 1893 (Freud 1895) dividía los trastornos de origen psíquico en afecciones de etiología orgánica o psicológica, aunque en ese momento ni sub-

siguientemente aclarara sus criterios para decidir qué pacientes padecían de estados psicopatológicos de origen orgánico o psicofuncional. En 1894 (1887-1902: 86-88) incluía a la melancolía y manía entre las neurosis y en 1895 (1895: 141) a la paranoia. Pronto sospechó (1898:175) que los complejos sintomáticos podían tener lugar ya fuera en afecciones predominantemente orgánicas o mentales y ubicó a la paranoia entre las psicosis. En “Nuevas observaciones sobre la neuropsicosis de defensa” Freud (1896) calificaba de paranoia crónica la afección de una -mujer cuyo material clínico sirvió de base para sus análisis de la paranoia, pero en 1924 agregó una llamada en la que denominaba al estado como de demencia paranoide. Probablemente su primer rótulo diagnóstico implicara que consideraba al estado como de origen psicógeno y que subsiguientemente sobre la base de material clínico omitido en la presentación del caso haya considerado las causas psicopatológicas como de origen orgánico. Dos años más tarde, Freud (1898) llegaba a la conclusión de que el psicoanálisis era aplicable al tratamiento de las neurosis, pero no especificaba sus razones. Poco después, (1898 a), incluía a la paranoia entre las neurosis. Unos años más tarde (Freud, 1904:258) pensaba que el psicoanálisis estaba contraindicado en la “degeneración neuropática”, las psicosis, estados de confusión, y depresiones tóxicas o “profundamente enraizadas”, sosteniendo que debía ser utilizado únicamente en el tratamiento de afecciones que no fueran de origen orgánico. Por 1909 (Freud, 1609) explicitó sus ideas, estableciendo que el psicoanálisis debía ser utilizado para tratar afecciones de origen mental y sostenía que tales estados patológicos eran el resultado de las exigencias de la civilización. Luego (1911) sostuvo que la paranoia no era accesible al psicoanálisis al postular que en los paranoicos no se pueden vencer las resistencias, pero también (1911, 1914) ubicaba a la paranoia entre las neurosis de transferencia y las psicosis representadas por la parafrenia.

En la esquizofrenia la ruptura con la realidad constituye un retraimiento total

de las catexias libidinales del medio ambiente e inundo externo y la vuelta al self del sujeto. Si la libido decatectizada es mantenida en el yo, resulta la megalomanía, si lo es en el cuerpo, la hipocondría. Tal retraimiento de la libido recrea el estado narcisístico primario, y a continuación de tal regresión, el psicótico gradualmente recatectiza sus representaciones mentales de los objetos externos en una forma sumamente primitiva, a través de las alucinaciones y de las ideas delirantes.

Es obvio un cierto número de interrogantes.

¿Cómo podemos distinguir entre estados psico-patológicos orgánicos y aquellos de origen psicogenético? Si Freud tiene razón en considerar que por lo menos algunos estados psicopatológicos de origen mental resultan de la socialización y son por lo tanto accesibles al psicoanálisis el contestar esta interrogante es crucial. Para Freud se sobreentendía que tal diferenciación podía ser hecha retrospectivamente por el curso clínico de la enfermedad, que en las de origen orgánico provocaba estados gradualmente deteriorantes, pero que una diferenciación precoz sólo podría lograrse con la cooperación de científicos de otras disciplinas. Parecería estar implicado que la terapéutica psicoanalítica debiera intentarse por un Período prudencial de tiempo, independientemente del estado del paciente cuando es entrevistado por primera vez, pero esto no era establecido en forma abierta.

¿Durante qué plazo debe ser considerado un paciente como psicótico? Aparentemente algún grado de decatexia poco antes de un retraimiento total de la libido, se encuentra en prácticamente todas las otras situaciones psicopatológicas, en ellas las previas catexias de personas y de cosas son reemplazadas por la catexia de objetos fantaseados. Pero el mismo fenómeno tiene lugar con el psicótico durante la fase restitutiva. Megalomanía e

hipocondría son estados que también pueden ser observados en otros cuadros aparte de la esquizofrenia, tales como la paranoia.

¿Por qué el psicótico no es accesible al psicoanálisis? Freud entendía que la catexia libidinal disponible era insuficiente para investir los objetos externos, y que por lo tanto los fenómenos de transferencia no podían tener lugar pero, ¿qué cantidad de catexia debe estar disponible para que los fenómenos de transferencia puedan existir? ¿Cómo puede ser esto determinado sin un intento de psicoanálisis? Freud no lo dijo. Él manifestaba que la terapia psicoanalítica no podía practicarse mientras el paciente estuviera alucinado y delirando, pero este juicio era inconsistente, debido a que algunos de sus pacientes “histéricos” alucinaban y algunos de sus pacientes “obsesivos” eran delirantes. Antes de 1911 y nuevamente en “La introducción al narcisismo” c. 1914, a paranoia había sido incluida entre aquellos estados en los cuales era posible practicar un psicoanálisis. Pero luego, aun cuando la paranoia no era considerada como psicótica dentro del mareo referencial de la teoría de la libido, estos pacientes no eran sometidos a psicoanálisis; sin embargo, pacientes que sufrían de estados de melancolía o manía adquirida, probablemente lo eran. Freud también hizo bien claro el hecho de que él se había dado cuenta de que los síntomas de la parafrenia o esquizofrenia y la paranoia frecuentemente aparecían mezclados y que él permanecía insatisfecho con sus propias formulaciones. Estos y algunos otros problemas relativos a la teoría de las psicosis, como veremos más adelante, siguieron preocupándole por el resto de su vida. Vamos a continuar ahora presentando el desarrollo de su pensamiento concerniente a las psicosis.

En 1910, Freud (1918) comenzó el psicoanálisis del hombre de los lobos, que había estado hospitalizado en varios períodos, con el diagnóstico de psicosis maniaco-depresiva; el período inicial de su tratamiento duró hasta 1914 cuando Freud consideró su caso como completado. Consideraba al hombre de los lobos

como representando un caso de grave neurosis obsesiva. ⁽⁴⁾ Freud estableció una fecha arbitraria para la terminación del análisis porque entendía que este paciente tan pasivo se había encontrado en una situación demasiado confortable en su relación con él y que parecía poco probable que surgieran nuevas movilizaciones si no se tomaba una actitud inusualmente inactiva hacia él. Luego de completado el período de cuatro años de psicoanálisis, el hombre de los lobos parecía estar libre de síntomas, cosa que ocurrió durante un periodo de cinco años; luego volvió para un re-análisis que duró un período de cuatro meses, afligido de un caso severo de constipación “histérica”. Para esta época él no sólo había perdido su fortuna, y Freud lo trataba sin cobrarle el tratamiento, sino que aun hizo arreglos para mantenerlo a él y a su mujer inválida a través- de la solicitud de contribuciones; Freud continué asistiéndolo con dinero durante los siguientes seis años.

En 1923, el hombre de los lobos se enteró de que Freud había sido sometido a una intervención quirúrgica en la boca. Aparentemente esta noticia provocó en el hombre de los lobos una masturbación convulsiva. Subsiguientemente se enteró de que Freud sufría de cáncer. En el mismo año, le surgió a la madre del hombre de los lobos una verruga en la nariz e hizo a partir de esto- un estado hipocondríaco. Durante los próximos tres años, desarrolló una paranoia de tipo hipocondríaco. Estaba convencido de que su nariz había sido deformada por un médico al cual identificaba con Freud. En 1926, volvió a Freud para continuar con el tratamiento y fue referido a Brunswick (1928) que lo analizó sin cobrarle durante cuatro o cinco meses. Brunswick encontró que sus ideas hipocondríacas enmascaraban ideas delirantes persecutorias. El hombre de los lobos había identificado a ambos con su madre y con una imagen castrada de su padre. Brunswick escribe (p. 440): “El origen del nuevo padecimiento era un

⁴ Jones (1955:273) escribe: “El paciente sufría de una neurosis extremadamente grave”. Zetzel (1965) dice que es probable que siempre que Freud diagnosticaba como sufriendo de un cuadro neurótico grave, este paciente era o un psicótico borderline o francamente psicótico.

remanente no resuelto de la transferencia, el cual, luego de 14 años, bajo el stress de circunstancias especiales, se convirtió en la base de una nueva forma de una vieja enfermedad'. Durante su tratamiento con Brunswick, el hombre de los lobos pudo superar su temor a la castración y desapareció su psicosis paranoide. Ella lo trató en un segundo período de análisis durante dos años y tuvo ocasionales entrevistas con él durante los próximos 14 años y en 1940, lo encontraba en excelente estado de salud, como también lo encontré Gardiner (1953) y Jones (1955: 273-278) unos quince años más tarde.

Las razones por las cuales Freud aceptó tomar al hombre de los lobos en psicoanálisis son interesantes. A pesar del rótulo de “severa neurosis obsesiva”, cuesta creer que él no hubiese percibido que el paciente era lo que hoy en día llamaríamos una esquizofrenia borderline. La historia anterior del paciente era accesible a Freud, y durante la primera entrevista, el hombre de los lobos se ofreció a someterse a una relación anal con Freud y luego defecar sobre su cabeza. Esto da crédito a la suposición de que Freud probablemente sintió que podía comenzarse un periodo de psicoanálisis de prueba, lo cual estaba indicado en muchos pacientes que presentaban una sintomatología mixta, siempre y cuando fuera evidente que podía desarrollarse la transferencia. Sin embargo, nosotros Sólo podemos hacer inferencias en cuanto a lo que constituía una evidencia para Freud. Él consideraba a los pacientes psicóticos como incapaces de transferencia, por lo menos teóricamente. Parecería que cuando Freud utiliza la palabra transferencia en este contexto, se refiere a reacciones transferenciales que obviamente pudieran ser rastreadas a traumas edípicos y que no cambiaran rápidamente durante el curso del tratamiento. (5)

⁵ Hoy en día sabemos que los pacientes psicóticos son en realidad capaces de las más intensas relaciones transferenciales, excepto probablemente durante breves momentos en los cuales el silencio del proceso patológico esquizofrénico se halla en acción. (Pious 1949, Pichon Rivière 1951, Searles 1963). Glover (Hinsie y Shatzky 1940:532-533) dijo que la neurosis transferencial es “una neurosis artificial nueva” que “tiene lugar solamente durante el tratamiento psicoanalítico. Es la reaparición de la situación edípica temprana”. Las posibles Implicaciones en el hecho de que Freud hubiera terminado el análisis en forma arbitraria y que él era el que proveía de dinero al hombre de los lobos, será discutido posteriormente.

Sigamos ahora nuestros propios pasos y consideremos una nueva faceta del pensamiento freudiano. Como hemos visto, él no se ocupó inicialmente de los problemas de definir los estados psicopatológicos. Estaba más interesado en crear un modelo operativo de la estructura psíquica, uno que pudiera dar cuenta de las observaciones que él hacía de la producción de sus pacientes. En 1895, en “Proyecto para una psicología científica”, Freud (1887-1902: 347-445) buscaba representar el aparato psíquico en términos neurofisiológicos, pero no se sintió satisfecho con sus formulaciones y nunca completó ni publicó los frutos de sus esfuerzos. Desde fin del siglo XIX desarrolló su teoría hidrodinámica de la libido, la cual, como es ilustrada más abajo forma la base de su teoría de la psicosis. Sin embargo, su pensamiento iba más allá, en el capítulo VII de la Interpretación de los sueños, Freud (1900) sistemáticamente propuso la teoría topográfica. ⁽⁶⁾ Sus formulaciones concernientes a las psicosis han sido comprendidas generalmente por los psicoanalistas principalmente en términos de la teoría de la libido dentro del marco de la hipótesis topográfica y no dentro de la teoría estructural. Como veremos más adelante, Freud intentó, aunque en forma infructuosa, el reconciliar su teoría de las psicosis con la hipótesis estructural.

En “Lo inconsciente”, Freud (1915) comenzó a expresar su falta de satisfacción con la teoría topográfica, debido a que él había descubierto la

⁶ La siguiente sinopsis de la teoría topográfica es tomada del capítulo VII (Freud, 1900) y de “El inconsciente” (Freud, 1915). Ver también Arlow y Brenner (1964). En la teoría topográfica el aparato psíquico está dividido en los sistemas inconsciente, preconscious y consciente sobre la base de sus relaciones con la conciencia. Los elementos del sistema inconsciente no son accesibles a la conciencia y están gobernados por el proceso primario. Los elementos del sistema preconscious son más accesibles a la conciencia. Ambos sistemas, preconscious y consciente están gobernados por el proceso secundario. El agente represor que mantiene los recuerdos prohibidos y los deseos en el inconsciente es el censor del sistema preconscious. El factor crucial en la formación de síntomas neuróticos consiste en la accesibilidad a la conciencia de los elementos mentales, estando constituidos dichos elementos por deseos sexuales inconscientes que están en conflicto con los estándares de la conciencia moral individual y de los ideales prácticos de la vida. Los deseos reprimidos amenazan con sobrepasar a las fuerzas represivas del censor; formaciones de compromiso resultan de éste y en la producción de sistemas neuróticos. Sólo un deseo inconsciente puede convertirse en patógeno. La tarea de la terapia es eliminar la represión para hacer los contenidos inconscientes relevantes accesibles a la conciencia

existencia de la fantasía inconsciente y encontró que ésta no podía ser ubicada racionalmente en ninguno de los sistemas que proveía su modelo. La inaccesibilidad a la conciencia era el criterio cardinal para distinguir entre los sistemas inconsciente y preconscious. Las fantasías inconscientes pertenecen por definición al sistema inconsciente, pero tales fantasías están compuestas por representaciones verbales y objetales definidas y sus aspectos formales revelan influencias del proceso secundario; por lo tanto, ellas debieron ser asignadas al sistema preconscious. En “Introducción al narcisismo”, Freud (1914) había postulado grados de diferenciación dentro del yo, a los cuales llamó yo-ideal y posteriormente super-yo. Alrededor de la época en la cual escribió “Más allá del principio del placer”, Freud (1920) estaba convencido de que las pulsiones libidinales y agresivas inconscientes podían dar como resultado un conflicto psíquico cuando amenazaban irrumpir en la conciencia. La teoría topográfica proveía sólo con respecto a las pulsiones sexuales reprimidas. La creciente insatisfacción de Freud con la teoría topográfica lo llevó a revisar en su totalidad su concepto sobre la estructura psíquica y a crear una nueva hipótesis con respecto al sistema psíquico que era más compatible con la hipótesis topográfica. Esto le llevó a la publicación de *El yo y el ello* (Freud, 1923).

En *El yo y el ello*, Freud postula una estructura psíquica en dos partes. El ello era el depositario de las pulsiones instintivas que incluía tanto pulsiones libidinales como agresivas.

El yo, más coherente y organizado, mediaba entre las pulsiones y sus derivados y las demandas del mundo externo; contenía las fuerzas anti-instintivas de la mente, algunas de las cuales eran inconscientes. El yo en sí mismo llegó a tener una segunda división, el superyó; éste estaba compuesto de las funciones morales del yo.

Freud estaba particularmente impresionado con dos hechos de observación

clínica: 1) en los conflictos neuróticos, las fuerzas represoras no están siempre inmediatamente accesibles a la conciencia, y 2) la necesidad de autocastigo puede también ser inaccesible a la conciencia. El significado- de la primera observación era el de que la accesibilidad a la conciencia no puede ser utilizada como base para dividir el aparato mental en sistemas. La segunda tenía otros significados. Cuando Freud encontró una necesidad inconsciente de castigo en algunos pacientes, concluyó que los conflictos existían no solamente entre las demandas del ello y del yo, sino también entre el ello y el superyó.

En “Duelo y melancolía” Freud (1917) determinó que un objeto perdido era reintroyectado en el yo, esto es que la catexia objetal había sido reemplazado por una identificación. En *El yo y el ello*, (1923:35) concluía: “Este tipo de sustitución tiene una gran participación en la determinación de la forma que toma el yo y contribuye materialmente a construir ‘o que se llama el carácter’”. Agregaba: “En la primitiva fase oral de la existencia del individuo, la catexia objetal y la identificación son difíciles de distinguir una de la otra”. Sugería (pág. 36) que tal identificación pudiera ser la única condición bajo la cual el ello puede entregar sus objetos, y que “el yo es un precipitado de catexias objetales abandonadas, y mantiene un registro de sus elecciones objetales pasadas”. En la resolución del complejo de Edipo, la catexia de objeto de la madre debe ser abandonada y su lugar debe ser ocupado ya sea por una identificación con la madre o una intensificación de la identificación con el padre. La solución del complejo de Edipo resulta en la formación del superyó; las identificaciones son aquellos aspectos morales y éticos de los padres, tales como fueron percibidos por el niño.

Así Freud desarrolló el modelo estructural para dar cuenta de los fenómenos mentales que no eran explicados por la teoría topográfica. Los cambios fundamentales de hipótesis implicaban la necesidad de un vasto cambio en las

miras del tratamiento psicoanalítico y, de hecho, el efecto del cambio en la técnica psicoanalítica ha sido, en mi opinión, enorme. (Ver Alexander 1930, Arlow y Brenner 1964, A. Freud 1936, Freud 1932, 1940; Hartmann 1951; Kris, 1951; Loav.-enstein, 1951.)

En la concepción topográfica, la tarea terapéutica es el hacer conscientes los contenidos del sistema inconsciente. La formación de síntomas es el resultado del fracaso de la represión; la irrupción de los deseos instintivos inconscientes en la conciencia es una amenaza. Sus derivados son excluidos de la conciencia a través de la sustitución de los deseos expresados en forma de síntomas. El tratamiento apunta hacia la eliminación de la represión, la recuperación de los hechos olvidados, especialmente aquellos que pertenecen a los traumas de la infancia.

En la teoría estructural, el conflicto intrapsíquico es visto como algo que es mucho más que el problema de inaccesibilidad a la conciencia. Desde que las mismas defensas son frecuentemente inconscientes, su análisis es parte de la tarea terapéutica; sus acciones automáticas deben ser resueltas y los derivados instintivos reintegrados y a sus recuerdos, previamente defendidos, deben permitírseles formar parte del yo normal. Además del análisis de los derivados del ello y de las defensas del yo, es de gran importancia analizar cualquier manifestación del superyó que sea parte del conflicto patógeno.

Freud era consciente de la falta de consistencia entre su teoría de las psicosis y la hipótesis estructural. En 1911, cuando él todavía no había formulado claramente el sistema yoico, postulaba un retraimiento completo de la libido de los objetos del mundo externo y una regresión al estado narcisista en la psicosis. Por 1923, pensaba que los objetos perdidos eran reinstituídos en el yo, o que las catexias objetales eran reemplazadas por identificaciones. El yo era conceptuali-

zado como un precipitado de catexias objetales pasadas. En la hipótesis topográfica, la libido es retraída y además separada de los objetos, mientras que en la teoría estructural de la libido se conceptualiza como estando siempre adherida a alguna representación objetal, no importa lo primitiva o arcaica que sea. Desde que la estructura del yo está constituida por los precipitados de objetos internos, la libido del yo necesariamente debe estar adherida a tales objetos. Dentro del marco de la hipótesis estructural la libido no puede existir en el vacío, esto es, sin un componente objetal. Teóricamente, por lo tanto, cierto grado de transferencia es posible mientras algo de estructura yoica persista. Las formulaciones de Freud concernientes al tratamiento de la psicosis pueden ser seriamente cuestionadas, desde que se apoyan sobre la premisa de que la transferencia es imposible.

Poco tiempo después de aparecer *El yo y el ello*, Waelder (1924) discutió el caso de un matemático esquizoide del cual él creía haber obtenido un éxito razonable por sublimación de la libido narcisista. Waelder llegó a esta conclusión práctica pensando que podía existir una “unión” de la libido narcisista con la libido objetal y que por lo tanto la transferencia era posible. Freud leyó el manuscrito de Waelder en la primavera de 1924 y se sintió estimulado a reconsiderar su postura con respecto al tratamiento psicoanalítico de la psicosis. Unas semanas más tarde publicó “Neurosis y psicosis”. En el segundo párrafo escribía (Freud 1924a:149): “En conexión con una línea de pensamiento surgida de otras procedencias concerniente al origen y prevención de la psicosis”, lo cual era una referencia al manuscrito de Waelder (Waelder 1965).

Freud hizo dos breves intentos para aplicar la hipótesis estructural a la teoría psicopatológica de las neurosis, “Neurosis y psicosis” y “La pérdida del sentido de la realidad en las neurosis y las Psicosis” (1924). Fueron sus dos últimos

trabajos referidos específicamente a este tema, aunque continuó ocupándose de la disonancia entre las formulaciones hechas en 1911 y la teoría estructural. Sin embargo, no dejó totalmente su postura original con respecto a las psicosis.

En “Neurosis y psicosis”, Freud consideraba el papel jugado por el superyó en la psicosis. En la teoría topográfica, las tendencias morales se pensaban que eran conscientes y estaban gobernadas por el proceso secundario. Había notado que el papel del superyó debe ser tomado en cuenta en toda afección psíquica y escribía (1924b:152), “Debe haber también afecciones que estén basadas en un conflicto entre el ello y el superyó”, tales como la melancolía. Usaba el término de neurosis narcisista para tales afecciones y continuaba diciendo, “Las neurosis de transferencia corresponden a un conflicto entre el yo y el ello; las neurosis narcisistas a un conflicto entre el ello y el superyó; y las psicosis a un conflicto entre el ello y el mundo externo”. Freud (1915:124, 1915a:196) había utilizado previamente las palabras neurosis narcisista en relación con la idea de un retraimiento de la libido en las psicosis.

En “Pérdida de la realidad en las neurosis y psicosis” Freud establecía (1924:185): “Tanto las neurosis como las psicosis son [...] el resultado de una rebelión de una parte del ello contra el mundo externo”. En ambas situaciones hay un trastorno de las relaciones del paciente con la realidad debido a un fracaso de la represión. En el desarrollo de una psicosis, sin embargo, hay otro aspecto comprendido. En “La neuropsicosis de defensa” Freud (1894:58) había escrito, “El yo rechaza la idea incompatible junto con el afecto y se comporta como si la idea no se le hubiera ocurrido al yo nunca”. Ahora (1924:184-185) escribía, “El segundo paso en las psicosis está orientado a convertir en buena la pérdida de la realidad, pero sin permitir que se haga a expensas de una restricción del ello [...] sino por la creación de una nueva realidad”. Aunque usaba su nuevo concepto del ello, retenía la vieja concepción de la angustia, aquella de

la teoría de la libido dentro del marco de la hipótesis topográfica; y continuaba diciendo: “En una psicosis, la transformación de la realidad se lleva a cabo por la precipitación psíquica de anteriores relaciones con ella [...] esta relación no fue nunca una relación cerrada; sino que era continuamente enriquecida y alterada por nuevas percepciones. Por lo tanto, la psicosis se ve así enfrentada al trabajo de procurarse para sí misma percepciones de un tipo’ que correspondan a esta nueva realidad; y esto es realizado efectivamente en forma radical por medio de las alucinaciones”. “Probablemente en la psicosis la parte de realidad rechazada fuerza constantemente su irrupción en la mente, de la misma forma en que el instinto reprimido lo hace en las neurosis”. Sostenía que el rol de la fantasía era importante en ambas, neurosis y psicosis. En las primeras la realidad desagradable, es compensada por un mundo de fantasía, pero en la psicosis, también (pág. 187), “La fantasía juega el mismo papel E...] es el reservarlo de’ cual se extraen los materiales para construir el pattern de la nueva realidad”. Por lo tanto, “tanto en las neurosis como en las psicosis hay que tomar en consideración la cuestión de que no sólo hay una pérdida de la realidad sino también una sustitución de la realidad”.

En este intento para integrar las formulaciones que conciernen a la psicopatología de las psicosis con la teoría estructural, Freud parece haber empezado- a tomar en consideración la posibilidad de que las fantasías del psicótico están ligadas a aquellos elementos de la estructura yoica que han resultado de las identificaciones. Sin embargo, él no amplió este tema ni continuó con las conclusiones lógicas que surgirían en relación con la transferencia.

En “Fetichismo”, Freud (1927) discutió dos pacientes que negaban la muerte de *sus* padres, pero que ninguno de los cuales hicieron una psicosis. Este dato clínico sería contradictorio con su tesis de que sólo las psicosis se hallan al margen de la realidad. A continuación escribió (pág. 156): “Es cierto que hay

una salida para esta dificultad. Mi fórmula sólo necesitaría ser buena cuando hay un alto grado de diferenciación del aparato psíquico (a diferencia de la infancia); se pueden permitir cosas a un niño que podrían significar una grave injuria para un adulto”. Sin embargo, los pacientes no habían simplemente “escotomizado” la muerte de sus padres. Ellos tenían una actitud disociada; la actitud del deseo y de la realidad existía lado a lado. Agregaba, “en una psicosis una de las corrientes —aquella que estaría de acuerdo con la realidad— debiera en realidad estar ausente”.

En “Esquema del psicoanálisis”, la última publicación de Freud con respecto a este tema, hacia notar (1940:114) que ya fuera una situación real penosa, sumamente intolerable o una “intensificación extraordinaria” del instinto era lo que podía precipitar el comienzo de una psicosis. A continuación invertía su hipótesis original de una retracción completa de las catexias de las representaciones mentales, escribiendo (págs. 114-115): “El problema de las psicosis sería -simple e inteligible si la retracción del yo de la realidad tuviera lugar en forma completa. Pero esto raramente parece suceder. Aun en estados de pérdida de la realidad externa tan graves como los estados confusionales alucinatorios, uno aprende [...] que en algún remoto lugar de la mente hay una persona normal escondida, que observa las alternativas de la enfermedad y las mira pasar, como un espectador desinteresado”. Decía a continuación (pág. 115-116), “lo que ocurre en tales casos es una disociación en la mente. Dos actitudes mentales se han formado en lugar de una sola —una, la normal, que toma en cuenta la realidad, y otra que bajo la influencia de los instintos separa al yo de la realidad—.” “Si la segunda es o se convierte en la dominante, la condición necesaria para que aparezca una psicosis se hace presente. Si la relación es la inversa, entonces hay una aparente cura del trastorno delirante. En realidad, sólo se ha retraído en el inconsciente.” Freud, a continuación, sugería una vez más la existencia de un continuo de las afecciones psíquicas, que debían ser

diferenciadas unas de otras fundamentalmente sobre la base de factores cuantitativos. Se puede agregar que él sugirió pero no llegó a llevar a cabo, una revisión mayor de la primera parte de sus formulaciones originales con respecto al desarrollo de las esquizofrenias, fundamentalmente en lo que se refiere a una total decaexia de los objetos seguida de una fase restitutiva. En esta última monografía, él sugería que el retiro completo de la catexia no tenía lugar.

A través de la cortesía del Dr. Dieter Eicke, estamos en condiciones de reproducir la traducción de una carta escrita por Freud en 1935. (⁷)

Tiene que ver con un paciente al que Freud trató psicoanalíticamente, presumiblemente entre 1920 y 1930. Aunque el paciente no era un esquizofrénico de acuerdo con Freud, era sin embargo un psicótico. De la sintomatología que se revista, ya sea el diagnóstico de esquizofrenia o de psicosis esquizo-afectiva parece ser posible.

A continuación se transcribe la carta de Freud:

Viena, .30-VI—1935

Estimado doctor:

Me he sentido sumamente conmovido por vuestra noticia de la muerte de Mr. X, desde que él me interesó sobremanera del punto de vista profesional durante varios años. No me preocupé mayormente su constitución típica o su

⁷ Esta carta ha sido publicada en su forma original por Binswanger (1956). En una comunicación personal recibida luego de haber sido escrito este capítulo, el Dr. Binswanger dijo que el paciente más tarde tuvo un empuje esquizofrénico-maniaco y subsiguiente-mente murió de fiebre catatónica. El paciente había tenido otros ataques antes de ser tratado por Freud, y luego de ser tratado por él, tenía penados de remisión en qua su estado mental era prácticamente normal. Pero de tiempo en tiempo requería tratamiento hospitalario.

clasificación desde el punto de vista psiquiátrico. Como Ud., yo no estoy satisfecho con el diagnóstico de esquizofrenia en este caso. Yo le voy a mencionar aquí a Ud. lo que yo creo y entiendo de los mecanismos psíquicos de su enfermedad.

Se quejaba de una pérdida total de su capacidad para trabajar y de una disminución del interés profesional y de los asuntos relativos a su trabajo. Yo fui capaz de volverlo al trabajo y a que fuera capaz de conducir sus asuntos, pero seguía incapaz de restituirse a sus trabajos teóricos. Nunca conseguí que llegara a estar del todo normal. El modo con el cual trataba los símbolos en su mente, y sus identificaciones confusas, sus recuerdos falsos y la forma en que se adhería a sus supersticiones delirantes, lo hicieron un paciente siempre psicótico; su estado de ánimo era siempre hipomaníaco. En cuanto a la etiología, uno debía seguramente pensar en factores constitucionales, pero quedaba la interrogante de una causa individual de su afección a la cual yo era incapaz de entestar. Sin embargo, un día tuve la oportunidad de observarlo más claramente. Había sido dejado solo en mi consultorio y se acusaba a si mismo de una conducta indecente, un hecho que fácilmente hubiera podido mantener en secreto (había leído algunas notas privadas que se hallaban sobre mi escritorio), esta confesión me impresionó profundamente. Me sentí seducido a analizarla. Luego se sintió oprimido por algo que había hecho y que -le costaba mucho trabajo mantener en secreto. Yo le recordé que habitualmente hablaba en forma sumamente vívida de todas las fases e instancias de su vida, pero que omitía un gran descubrimiento técnico y sus implicancias. Tuve la impresión de que había actuado en forma reticente en lo que concierne a la historia de su invención, de que se acusaba de algo que pertenecía al invento, que trataba de negar. Yo no tenía ninguna idea de lo que podía ser. Sin embargo, dudaba de si era o no aconsejable continuar con el intento de -remover su negación con un paciente neurótico esto hubiera sido la única conducta correcta a seguir y hubiera pro-

metido el fin de la afección, pero yo probablemente tenía razón al dudar de la influencia del análisis en un paciente psicótico. Al hacer el conflicto consciente, tenía temor de un nuevo empuje psicótico que luego no estuviera en condiciones de manejar. Por lo tanto, decidí dejar el tema y considerarme satisfecho con un éxito temporario e imperfecto.

Poco tiempo después, el paciente me dejó, pretendiendo que no podía estar más tiempo alejado de su trabajo. Afortunadamente para mi propio futuro yo me había rehusado a su invitación de trasladarme con él a Berlín. Poco tiempo después, llegó a oídos -míos a través de una persona de confianza, que el socio de mi paciente, con el cual él había trabajado en el invento y que ahora estaba trabajando en una firma en Checoslovaquia, lo había acusado de haberlo defraudado en cuanto a los derechos de posesión de la patente. Le había propuesto a mi paciente un arreglo el cual fue rechazado violentamente. Esto había ocurrido durante el período de su análisis conmigo, pero el paciente no lo había mencionado nunca y yo ni siquiera tenía conocimiento de la existencia de un socio. Mi paciente le siguió un pleito y lo perdió. No sé qué ocurrió más tarde. Sin embargo, yo tenía la impresión de que este material confirmaba mis sospechas. Mi paciente era un criminal neurótico, es decir, un estafador con una conciencia sensitiva. No podía resistir a la tentación de tomar más de los derechos que por la invención le correspondían y tenía que pagar con humillaciones inútiles por la culpa a que le instigaba su silencio. Aun su trabajo tenía el carácter de un autocastigo. Todos sus intentos inconscientes para evitar enterarse del odio hacia si mismo mientras se defendía contra su conciencia de culpa inconsciente, eran inútiles. Posteriormente, hizo relación con un timador inescrupuloso y explotador tal como [nombre].

Con mis mejores saludos,

Freud

Por lo menos dos puntos en relación con el hecho de haber Freud tomado a este paciente en análisis, al cual él consideraba cosita habiendo sido “siempre un psicótico” y en cuanto a la técnica que utilizó son significativos. Es probable que Mr. X haya sido el único paciente psicótico con el cual Freud intentó un psicoanálisis, luego- de la presentación en 1911 y 1914 de sus formulaciones concernientes a la psicosis. Debemos preguntarnos por qué Freud nunca publicó la historia de este caso, desde que si lo hubiera hecho esto hubiera significado mostrar cambios en su punto de vista en lo concerniente a la aplicabilidad del psicoanálisis a las psicosis y probablemente hubiera también significado un estímulo para que otros analistas comenzaran este tipo de tratamientos.

A pesar de haber tomado a este paciente en Psicoanálisis, aparentemente tuve desde el principio un punto de vista pesimista, desde que escribía, “Yo probablemente tenía razón en dudar de la influencia del análisis en un psicótico”. Parecería que el tratamiento hubiera marchado bien hasta que Freud abandonó la técnica clásica y fracasé al perseguir el conflicto no resuelto, debido a su temor de un “nuevo empuje psicótico”. Qué es lo que Freud entendía por esto permanece oscuro, si tomamos en cuenta que dijo que el paciente era “siempre psicótico” y que Freud había iniciado el tratamiento mientras, presumiblemente, Mr. X estaba en un estado de descompensación psicótica. De cualquier manera, Freud creía que el eliminar una negación hubiese sido en detrimento del paciente, produciendo un estado clínico “que yo no hubiera estado en condiciones de manejar”. Por qué consideraba no encontrarse en condiciones de manejar tal situación, no fue explicitado por él. De esto se deduce, que confinaba así al paciente a una permanente psicosis, por el fracaso de analizar la naturaleza defensiva de la negación y el descubrir las motivaciones inconscientes del delirio. Es probable que el paciente sintiera el pesimismo de Freud y su temor, porque poco tiempo después de la inves-

tigación de la negación él lo abandonó. Parece razonable el sospechar que este análisis fracasó porque **Freud abandonó la técnica clásica.**

Podemos preguntarnos, en vistas a la conducta de Freud con este paciente psicótico-, si el análisis del hombre de los lobos no permaneció también incompleto debido a esta misma conducta. La presentación del caso por Brunswick y el relato de la técnica de Freud durante el primer análisis del hombre de los lobos no dan ninguna indicación de que esto fue así. Sin embargo, no parece muy probable que ella lo hubiera criticado abiertamente. Sus explicaciones con respecto al fracaso de Freud en completar el análisis del hombre de los lobos son bastante poco convincentes. Concerniente al primer período del análisis, ella lo atribuye al arbitrario setting de terminación del análisis impuesto por Freud y a la supuesta imposibilidad del hombre de los lobos para analizarse con un hombre. Muchos pacientes que sufren de problemas profundos relacionados con una homosexualidad latente, han podido ser analizados exitosamente por hombres. Nosotros tenemos escasos datos en lo que tiene que ver con la técnica utilizada por Freud durante el período- de tratamiento. Sin embargo, sabemos que durante el segundo análisis con Freud, el hombre de los lobos fue analizado gratuitamente y aun que Freud lo mantenía a él y su mujer. Es más, sabemos que durante el período de los próximos seis años durante los cuales Freud continuó ayudándolo con dinero, el hombre de los lobos estaba en posesión de las alhajas de la familia y conscientemente defraudaba a Freud. Podemos resumir diciendo que el hecho de que Freud le pagara al paciente para que éste le viniera a ver, y para mantenerse en contacto con él, no fue satisfactoriamente analizado. Cuando el hombre de los lobos más tarde dijo que él se consideraba el hijo favorito de Freud, seguramente su juicio no estaba determinado enteramente por fantasías basadas en la transferencia. La similitud entre la fraudulencia del hombre de los lobos y de Mr. X en la carta de 1935 son obvias. Parece razonable el sospechar que una combinación de la

contratransferencia combinada con el hecho de ser Freud envuelto por éste, concierne al punto de vista que se refiere a la imposibilidad de la cura de psicosis por el psicoanálisis y que lo llevaran a él a abandonar la clásica técnica analítica con el hombre de los lobos como con Mr. X, y a que surja la interrogante en cuanto a que esta modificación de la técnica haya sido la responsable de la incompletud del análisis en ambos casos.

sumario

Este capítulo ha delineado el desarrollo del pensamiento freudiano concerniente a la psicopatología de las psicosis, compendiado por las esquizofrenias. Este desarrollo puede ser dividido en tres fases: (1) Durante el período en el cual Freud estaba tanteando el problema de si los estados psicopatológicos podían ser razonablemente atribuidos solamente a causas orgánicas o sus orígenes podían ser rastreados pura-mente en base a causas psicogénicas, él aparentemente llegó a la conclusión, aunque nunca lo estableció específicamente, que algunos trastornos psíquicos tenían sus causas hereditarias, constitucionales y/o factores degenerativos y que la génesis de otros estados podía ser adscripta a conflictos entre fuerzas instintivas y los agentes de socialización. La terapia psicoanalítica era considerada potencialmente beneficiosa para los desórdenes del segundo grupo. (2) Freud luego desarrolló la teoría de la libido dentro del marco de la hipótesis topográfica. En la conste—ladón de estas postulaciones, desarrollé las formulaciones concernientes a las psicosis: en la psicosis hay una total decataxia del investimento libidinal de las representaciones mentales de los objetos del mundo externo y una adherencia de esta libido objetal decatectizada en el self. Si la anteriormente considerada libido objetal, investía el yo del sujeto, éste se convertía en megalómano. Si era adherida o investía al cuerpo resultaba una hipocondría. Luego de la regresión a tal faz narcisista, el psicótico gradualmente recatectiza las representaciones mentales de los objetos externos de una manera distorsionada, generalmente por

vía de las alucinaciones y el delirio en una fase restitutiva. Las implicancias de esta formulación fueron que la terapia psicoanalítica de la psicosis fuera contraindicada, debido a que, como resultado de un total retraimiento de las catexias libidinales, el desarrollo de la transferencia era o imposible o demasiado débil para permitir una relación suficientemente duradera con el terapeuta. (3) Posteriormente las observaciones clínicas llevaron a Freud a revisar sus ideas concernientes a la naturaleza del aparato mental y a desarrollar una hipótesis estructural con las correspondientes modificaciones de las teorías de los instintos y de la angustia, y buscó aproximar su teoría concerniente a las psicosis en consonancia con sus nuevos puntos de vista profundamente modificados. Aunque en sus últimos escritos había captado que en las esquizofrenias el retraimiento total de las catexias instintivas no tiene lugar, nunca abandonó su primitiva teoría de las psicosis.

Traducido por José Luis Brum

BIBLIOGRAFIA

Jones, Ernest 1953 THE LIFE AND WORKS OF SIGMUND FREUD 1856-1900. THE FORMATIVE YEARS AND THE GREAT DISCOVERIES. New York: Basic Books.

Kris, Ernst 1954 Introduction to Sigmund Freud, THE ORIGINE OF PSYCHOANALYSIS: LETTERS, DRAFTS AND NOTES TO WILHELM FLIESS. New York: Basic Books.

Breuer, Joseph and Sigmund Freud 1895 STUDIES IN HYSTERIA. New York: Nervous and Mental Disease Monographs, 1937.

Reichard, Suzanne 1956 A Re-Examination of STUDIES IN HYSTERIA. PSYCHOANAL. QUART., 25:155-177.

Freud, Sigmund, 1886, Beobachtung einer hochgradigen Hemianästhesie bei einem hysterischen Manne (Beiträge zur Kasuistik der Hysteria. I) WIENER KLINISCHE WOCHENSCHRIFT, 36:(49,5); cols. 1633-1638, 1674-1675.

Freud, Sigmund, 1914, On the History of the Psychoanalytic Movement. STANDARD EDITION, 1957, 14:3-66.

Zilboorg, Gregory, 1954, Personal communication.

Freud, Sigmund 1911 Psychoanalytic Notes on an Autobiographical Account of a Case of Paranoia (Dementia Paranoides). STANDARD EDITION, 1958, 14:1-82.

Freud, Sigmund 1940 AN OUTLINE OF PSYCHOANALYSIS. New York: Norton.

Freud, Sigmund 1895 On the Grounds for Detaching a Particular Syndrome from Neurasthenia under the Description Anxiety Neurosis. STANDARD EDITION 1962, 3:87-117.

Freud, Sigmund 1894 The Neuro-Psychoses of defense: An attempt at a Psychological Theory of Acquired Hysteria and obsessions and of Certain Hallucinatory Psychoses. STANDARD EDITION 1962, 3:45-61.

Freud, Sigmund 1894 Obsessions and Phobias: Their Psychological Mechanism and Their Etiology STANDARD EDITION, 1962, 3: 69-82.

Freud, Sigmund 1896 Heredity and the Etiology of the Neuroses. STANDARD EDITION, 1962, 3:141-156.

Freud, Sigmund 1896a Further Remarks on the Neuro-Psychosis of Defense. STANDARD EDITION, 1962, 3:159-188.

Freud, Sigmund 1898 Sexuality in the Etiology of the Neuroses. STANDARD EDITION, 1962, 3:287-297.

Freud, Sigmund 1898a The Psychological Mechanism of Forgetfulness. STANDARD EDITION, 1962, 3:287-297.

Freud, Sigmund 1904 On Psychotherapy. STANDARD EDITION 1953, 7:255-268.

Freud, Sigmund 1904a Freud's Psychoanalytic Procedure. STANDARD EDITION, 1953, 7:247-254.

Freud, Sigmund 1909 Analysis of a Phobia in a Five-Years-Old Boy
STANDARD EDITION, 1953, 7:3-149.

Kahlbaum, Ludwig, 1863. GRUPPIERUNG DER PSYCHISCHE-
N KRANKEHEITEN. Danzig: Kafemann.

Kraepelin, Emil 1903 LEHRBUCH DER PSYCHIATRIE, Leipzig:Barth (7th
Ed.)

Bleuler, Eugen 1911 DEMENTIA PRAECOX OR THE GROUP OF
SCHIZOPHRENIAS. New York: International Universities Press~ 1950.

Freud, Sigmund, 1924, The Loss of Reality in Neurosis and Psychosis.
STANDARD EDITION, 1961, 19:183-190.

Freud, Sigmund 1932 NEW INTRODUCTORY LECTURES. New York:
Norton, 1933.

Freud, Sigmund 1900 The Interpretation of Dreams. STANDARD EDITION,
1953, Vols. 4 and 5.

Freud, Sigmund; 1914a, On Narcissism: An Introduction. STANDARD
EDITION, 1957, 14:67-102.

Freud, Sigmund 1905 Three Essays on the Theory of Sexuality. STANDARD
EDITION. 1953, 7:122-243.

Freud, Sigmund 1915 The Unconscious. STANDARD EDITION, 1957,

14:159—215.

Freud, Sigmund 1918 From the History of an Infantile Neurosis. STANDARD EDITION, 1955, 17:7-122.

Jones, Ernest 1955 THE LIFE AND WORKS OF SIGMUND FREUD, 1901-1919 YEARS OF MATURITY. New York, Basic Books.

Zetzel, Elizabeth R. 1965 Additional Notes upon a Case of Infantile obsessional Neurosis: Freud 1909. Paper presented at the 24th International Psychoanalytic Congress. Amsterdam, July.

Brunswick, Ruth Mack 1928 A Supplement to Freud's A HISTORY OF AN INFANTILE NEUROSES. INT. J. PSYCHO-ANAL., 9:439-476.

Gardiner, Muriel 1953 Meetings with the Wolf Man. BULL. MENNINGER CLIN., 17:41-48.

Pious, William 1949 The Pathogenic Process in Schizophrenia. (1) Ego Psychology . (2) Relation of Super-Ego to Aggression and Ego Organization. (3) Instinct Theory. BULL MENNINGER CLIN., 13:152-159.

Pichon Rivière, Enrique; Algunas observaciones sobre la transferencia en los pacientes psicóticos. REV. PSICOANAL, 1961 18:131—138.

Searles, Harold F. 1963 Transference Psychosis in the Psychotherapy of Chronic Schizophrenia. INT. J. PSYCHO-ANAL.. 44: 249—291.

Hinsie, Leland E. and Jacob Shatzky 1940 PSYCHIATRIC DICTIONNARY: WITH ENCYCLOPEDIC TREATMENT OF MODERN TERMS. New

York, Toronto: Oxford. University Press.

Arlow, Jacob A. and Charles Brenner 1964 PSYCHOANALYTIC CONCEPTS AND THE STRUCTURAL THEORY. New York: International Universities Press.

Freud, Sigmund 1920 Beyond the Pleasure Principle. STANDARD EDITION, 1955, 1803-66.

Freud, Sigmund 1923 THE EGO AND THE ID. London: Hogarth Press, 1949.

Freud, Sigmund 1917 Mourning and Melancholia. STANDARD EDITION. 1957, 14:237-258.

Alexander, Franz 1930 THE PSYCHOANALYSIS OF THE TOTAL PERSONALITY.

New York, Washington: Nervous and Mental Disease Publishing Co.

Freud, Anna 1936 THE EGO AND THE MECHANISMS OF DEFENSE. New York: International Universities Press.

Hartmann, Heinz 1951 Technical Implications of Ego Psychology.

PSYCHOANAL. QUART., 20:15-30.

Loewenstein, Rudolph M. 1951 The Problem of Interpretation. PSY-

CHOANAL. QUART., 20:1-14.

Waelder, Robert 1924 The Psychoses: Their Mechanisms and Accessibility to Influence. INT. J. PSYCHO-ANAL., 6:254-281.

Freud, Sigmund 1924a Neurosis and Psychosis. STANDARD EDITION, 1961,

19:147-153.

Freud, Sigmund 1924b A Short Account of Psychoanalysis. STANDARD EDITION, 1961, 19:191-212.

Freud Sigmund 1915a- Instincts and Their Vicissitudes. STANDARD EDITION, 1957, 14:103-140.

Freud, Sigmund 192-7 Fetichis-m. STANDARD EDITION, 1961. 21: 147-157.

Binswanger, Herbert 1956 Freuds Psychosentherapie. PSYCHE (Heidelberg).

Bernfeld, Siegfried 1944 Freud's. Earliest Theories and the School of Helmholtz. PSYCHOANAL. QUART.. 13:341-362.

FREUD Y LAS VICISITUDES DE UNA
SOCIEDAD PSICOANALITICA (*)

MARIA P. MANHÃES

ADOLPHO HOIRISCH

(Río de Janeiro)

*“Y nunca más se alzó en Israel
profeta alguno como Moisés...”*

Deuteronomio - 34,10

Es para nosotros motivo de grata satisfacción introducir de alguna manera a la interpretación de ciertas fantasías que, sin lugar a duda, existieron en Sigmund Freud. Nos referimos a las formulaciones relacionadas con el destino de su descubrimiento frente a la imperiosa necesidad de asegurar la creación y el mantenimiento del movimiento psicoanalítico. Hay en la obra freudiana pensamientos emanados de un estudio profundo y dinámico, tanto del individuo en sí, como de la vida grupal, y que constituyen verdaderas sugerencias para su adopción por las sociedades psicoanalíticas. Vale decir: ideas acerca de cómo orientar y regir una institución normativa.

La inexorabilidad del tiempo, con la consiguiente limitación de la capacidad humana, entre otros factores, no le permitió desarrollar como lo hubiera deseado

* Presentado el 22/IX/69 en la Sociedad Psicoanalítica de Río de Janeiro, en ocasión del 30º aniversario de la muerte de Freud.

este importante capítulo. Sin embargo, dejó claramente sentada esta preocupación al señalar, en “Moisés y la religión monoteísta”, que es “imposible negar la influencia de los grandes hombres en la historia del mundo”. Freud sabía que estas conclusiones surgen de la experiencia y son a la vez frutos del proceso de maduración. Lo vemos, así, lamentar, un poco mas adelante, que “un estudio de esta índole, continuación de mi trabajo, completaría los problemas que, hace 25 años planteé en «Tótem y tabú», pero no me siento con fuerzas para esta tarea”.

Nuestro trabajo constituye un homenaje y aprovechamos la oportunidad no sólo para reverenciar, en la figura de Freud, sus contribuciones en el terreno de la ciencia, sino también para demostrar —lo que juzgamos muy importante— el respeto y la consideración que debemos a nuestros mayores.

Deseamos retribuir un poco de lo mucho que recibimos. Mostrar al menos claramente el interés y la preocupación que sentimos, como psicoanalistas, por velar y preservar el patrimonio cultural que recibimos en nuestra formación.

El propósito de nuestro trabajo fue, al comienzo, poco ambicioso. Sin embargo, a medida que profundizábamos, consultando la bibliografía, pudimos percibir el enorme camino que tendríamos que recorrer. Al darnos cuenta de ello, comprendimos la imposibilidad de transitarlo íntegramente, pero tampoco podíamos detenernos. Hicimos lo que pudimos y, citando a Dante, sólo nos resta decir: “Tutto fu ambito, tutto fu tentado, quel che non fu fatto lo sognai”.

Tomando como ejemplo la formulación hipotética “si Moisés fuese egipcio”, partimos de otra: si Moisés fuese Freud.

Especulando en torno a las obras de Freud aplicadas a la antropología y a la sociología, o, más aún, cotejando la época en que escribió cada trabajo y el momento histórico del psicoanálisis, afloraron una serie de aspectos interesantes. Se acumuló, en fin, tal cantidad de material que la tarea más difícil fue el resumirlo y ordenarlo.

Intentaremos analizar cómo visualizó Freud el futuro del psicoanálisis en el momento en que surgían las dificultades en las relaciones multipersonales, dentro de las sociedades psicoanalíticas. Freud no encaró el tema en forma explícita, pero sus estudios sobre grupos encierran ciertos contenidos latentes en estrecha relación, a nuestro entender, con su propia figura mosaica, que permitió el éxodo de psiquiatras hacia un nuevo y fértil campo.

Con cierta sorpresa y entusiasmo, encontramos en Jones una fantasía análoga a la nuestra, cuando dice: [...] Jung habría de ser el Josué a quien el destino señalaba para explorar la tierra prometida de la psiquiatría, que a Freud, como a Moisés, sólo le fue permitido divisar desde lejos. Esta manifestación de Freud, que dicho sea de paso años más tarde se haría muy evidente, resulta interesante...”

Para realizar nuestro trabajo, la curiosidad nos llevó a examinar, además de la biografía escrita por Jones:

Tótem y tabú - 1913

Historias del psicoanálisis - 1914

Psicología de las masas - 1921

Autobiografía - 1925

Futuro de una ilusión - 1927

Malestar en la cultura - 1930

Moisés y la religión monoteísta - 1937.

En estas obras es posible vislumbrar, aquí y allá, acompañadas de un sutil análisis, preocupaciones relacionadas con fenómenos tales como el nacimiento de ideas reformistas, las características de un líder renovador y sus relaciones con el grupo, el proceso de maduración de una sociedad. Son reflexiones subrayadas, de vez en cuando, por un tono amargo, sin perjuicio de la actitud realista del sabio que, además de descubrir y conocer la intimidad de los seres humanos y ‘la suya propia, debió enfrentar, con el correr de los años, su propia

neurosis, una grave enfermedad, el envejecimiento y, en consecuencia, la proximidad de la muerte.

Freud como líder

Freud contaba sus sueños a Jung y a Ferenczi y el contenido dominante era la ansiedad en relación con sus hijos y con el psicoanálisis. Jones señala: “Nosotros seríamos los tutores de ese hijo” y más adelante dice: “Era natural que su actitud hacia nosotros fuese más la de un padre que la de un compañero de nuestra edad”.

Es curioso el nexos temporal entre las rupturas con Adler (1911), con Stekel (1912) y con Jung (1914) y su trabajo “Tótem y tabú”, que terminó de escribir en 1913. El clima emocional del grupo psicoanalítico de aquel entonces era análogo al de la horda primitiva y no fue por azar que Jones tuvo, en 1912, la idea de crear el comité, al cual volveremos a referirnos. En “Tótem y tabú”, por ejemplo, Freud se detiene en la envidia de los súbditos por el rey o jefe, razón por la cual muchos desearían llegar a su puesto. El tabú de un rey es muy fuerte, pues la diferencia social es inmensa. Se hace necesaria, por lo tanto, la actuación mediadora de ministros, que protegen al rey de la envidia de su pueblo, e impiden que las fuerzas del soberano molesten a la masa. Se percibe ahora, además, la necesidad de las reuniones sistemáticas con la presencia de todos y cuyos vestigios vemos en los congresos siempre clausurados con el festín totémico.

Jones intuyó la importancia de crear el **comité**, como una forma de integración y éste conservó ciertas características de sociedad secreta, amén de superponerse, en determinados aspectos, al grupo de levitas a través de los cuales Moisés se relacionaba con los judíos. Ese papel mediador sobrevive en los analistas (supervisores, profesores de seminarios y otros), entre los candidatos y sus propios analistas.

La figura de Freud fue sin duda, por su valor, un auténtico tabú, resistiendo los impactos de la envidia de innumerables seguidores. Sin embargo, esto tuvo un precio, y es él mismo quien dice, refiriéndose a la vida impuesta al rey: “Tales prescripciones, lejos de ser benéficas y agradables, le privan de toda libertad y pretendiendo proteger su vida, hacen de ella una carga y una tortura.” El tono de lamentación parece acentuar-se más adelante: “Transforman su vida en un infierno, convirtiéndola en una carga insoportable”, además de una “servidumbre mucho más gravosa que la de sus súbditos”.

Toda su preocupación en el sentido de analizar el sacrificio del padre de la horda primitiva revela sus temores con respecto a su relación con los psicoanalistas.

La organización del comité, que duró 15 años, tuvo un papel importante en la historia del psicoanálisis y parece haber sellado la formación de una fraternidad. Vale la pena decir algo a propósito del comité, constituido por “elementos de la vieja guardia”, según Jones, y de la confianza de Freud, como también lo sugiere Jones. Formaban parte de él Jones, Abraham, Rarik y Ferenczi. Un poco más tarde se le incorporaron Sachs y Eitington. Conviene señalar que cada uno de los integrantes, inclusive Freud, usaba un anillo con un camafeo griego engarzado —regalo del propio Freud— y que originariamente se denominaba el “Círculo del anillo”. El comité no desempeñó solamente un papel levítico o de ministerio; a veces se asemejaba a la guardia pretoriana que protegía al emperador romano.

“Psicología de las masas” fue entregada al público en 1921 y, a partir de entonces, surgieron grandes problemas en la evolución del movimiento psicoanalítico en general y, en particular, dentro del comité. En 1921 y 1922 se preocupaba por los analistas silvestres, a quienes la prensa tildaba de

charlatanes y destacaba el indecoroso comportamiento de los mismos con sus pacientes. Estos y otros hechos colocaban a Freud frente a su grupo como a Moisés ante los judíos que adoraban el becerro de oro; no obstante, fue, sin duda alguna, mucho más afectado por las orientaciones que tomaron las disidentes, por motivos emocionales; como posteriormente pudo comprobar. Freud veía en tales dicotomías, no un enriquecimiento de sus ideas originales, sino un menosprecio de sus concepciones teóricas.

El enfoque de Freud de las masas artificiales, el ejército y la iglesia, desde el punto de mira en que nos situamos, permitía ver cómo fantaseaba abarcar a su grupo dentro de este esquema y que en él esperaba encontrar soluciones para la disgregación temida. “Psicología de las masas” llega incluso a tener un tono profético puesto que en los años que siguieron a su publicación, el comité atravesó varias crisis.

Freud, que rastreó en el hombre el mito de Edipo, se identificaba con el héroe tebano. El descifrador de los enigmas del inconsciente temía la disgregación de la familia psicoanalítica por los celos, rivalidades y envidia de sus hijos simbólicos.

De no ser por las actitudes enérgicas de Abraham y la gran capacidad conciliatoria de Jones, tal vez Freud hubiese continuado ciego a ciertas maniobras de Bank y Ferenczi en la política del psicoanálisis y en las bases doctrinarias de la misma.

El “Futuro de una ilusión” fue impreso en 1927, precisamente en el año en que se disolvió el comité. A esta altura, la figura de Bank va no era idealizada. Dos años antes Freud se refirió a él tildándolo de **marauder**, que en la jerga militar austriaca significaba “soldado que cayó en la marcha”. Si retrocedemos

tres años a la publicación de este libro, encontraremos una carta de Freud en la cual intenta reagrupar el comité, pero termina diciendo, desolado: “Cabe esperar que el psicoanálisis me sobreviva, aunque de todos modos es éste un final sombrío para mi vida”. En el mismo año 1927, en una carta a Jones, Freud se mostraba escéptico en cuanto a las conclusiones de Melanie Klein y dejaba traslucir cierta decepción con respecto a la Sociedad Británica, como si ella estuviese desprestigiando a Anna Freud en el campo del análisis de niños.

En “Futuro de una ilusión” Freud analiza una serie de aspectos de las verdades religiosas, estudiando paralelamente la fe científica. Es evidente también su inquietud sobre el futuro de una realidad: el psicoanálisis. Vuelve a hacerse sentir una vez más, la importancia que confiere al papel del líder: “Todo marchará bien mientras tales conductores sean personas que posean un profundo conocimiento de las necesidades de la vida”. No obstante, luego advierte: “Existe el peligro de que, para conservar su influencia, hagan a las masas mayores concesiones que éstas a ellos; por lo tanto parece necesario que la posesión de los medios del poder los haga independientes de la colectividad”. Entre los peligros de las instituciones culturales destacaba Freud la “ineficacia de los argumentos contra las pasiones”:

Si por un lado Freud, como contenido manifiesto, demostraba que el psicoanálisis como ciencia no era una doctrina religiosa y era no obstante algo destinado a alimentar ilusiones, por el otro ha de haber sentido que tal vez fuese procedente dar al grupo psicoanalítico normas y organización análogos a los impuestos por la religión. Ello, porque tenía, por sus estudios anteriores, la experiencia de que cualquier institución —grupo de personas que se reúnen con una finalidad— sólo podía ser mantenida por medio de códigos y leyes explícitos e implícitos. Al enfocar las masas incultas y explotadas, se interrogaba con respecto al peligro de que, al civilizarlas, se lanzaran contra los

puntos vulnerables de sus amos. Freud como Moisés, abrió los ojos de sus grupos, pero luego se hizo necesaria la creación de leyes rigurosas para contenerlos y hacerlos progresar. Queda más clara aún la identidad que quiso conferir al grupo psicoanalítico con el grupo judaico, aferrado a sus tradiciones. ¿Qué esperaba Freud de sus seguidores? Dice en “Futuro de una ilusión”:

“Nuevas generaciones, educadas en el amor y en la más alta estima del pensamiento, que hayan experimentado desde muy temprano los beneficios de la cultura, adoptarán también una actitud diferente frente a la misma, considerándola como su más precioso patrimonio y estarán dispuestas a hacer todos los sacrificios necesarios para su perpetuación”. Para ello postulaba que se debería tener presente lo siguiente: “Cada individuo es virtualmente un enemigo de la cultura”, que tiene que ser defendida “contra las tendencias hostiles del hombre”.

“Malestar en la cultura” llegó al público en 1930, cuando a Freud le quedaban nueve años de vida. Aquí aborda los obstáculos al logro de la felicidad, aunque merecen especial relevancia la caducidad de nuestro propio cuerpo y la dificultad de la comunicación entre los seres humanos. A esa altura de su vida tales eran, sin duda, los problemas cruciales de Freud en relación consigo mismo y con el movimiento psicoanalítico. A pesar de que se percibe la importancia del hecho de que el líder, a causa de su grave dolencia, está condenado a la decadencia y el aniquilamiento, Freud insiste en mostrar como la fuente más dolorosa del sufrimiento la insuficiencia de nuestros métodos para regular las relaciones de las personas en los grupos sociales. En esta obra Freud continúa poniendo de relieve las ventajas de la formación de las alianzas fraternas, como un paso decisivo en la historia de la vida grupal. Al mismo tiempo, vuelve a criticar el marxismo, camino por el cual se orientaron Reich, Horney y Fromm. En “Malestar en la cultura” Freud se detiene asimismo a estudiar las comunidades vecinas y estrechamente emparentadas, que son

precisamente las que más se combaten entre sí o se desdennan mutuamente, como ocurre, por ejemplo, entre ingleses y escoceses, portugueses y españoles, etc. Denominé a este fenómeno “narcisismo de las pequeñas diferencias”, del cual nace la necesidad de tener un grupo en el cual “descargar los golpes”, aunque subrayaba que esa denominación no era suficiente para explicar el fenómeno. Esto constituye la base de las rivalidades entre las asociaciones psicoanalíticas y entre las corrientes que se desarrollaron. El pertenecer a tal o cual escuela, el haber psicoanalizado por este o aquel analista, llega a tener una connotación totémica primitiva. Dentro de la sociedad secreta se forman subgrupos —cuyo punto de apoyo es la búsqueda de la verdad— grupos que se comportan como si estuviesen en posesión de la llave que abre la verdad última y consideran a los otros como trabas al encuentro o consecución de la misma.

Como hemos dicho, “Moisés y la religión monoteísta”, publicado dos años antes de su fallecimiento, constituye, por su contenido latente, un verdadero autorretrato. Vemos a Moisés partiendo del monotismo de Iknaton y desarrollando y congregando un grupo en torno de una doctrina. He aquí al propio Freud valiéndose del lastre cultural de su época y apoyándose inicialmente en el descubrimiento de Breuer. Desarrollé sus teorías y eligió a sus seguidores, expresándose *sobre* este hecho de la siguiente manera, al referirse a Moisés: “Es impresionante” la concepción de un dios que, de pronto, “elige a un pueblo”, haciendo de él “su pueblo y creando la loica de **pueblo elegido**”, hecho que hasta hoy perdura en las sociedades psicoanalíticas que eligen sus miembros y candidatos.

Vemos la descripción de un Moisés poseedor de ‘decisión de pensamiento, fuerza de voluntad, pujanza en la acción’, así como “autonomía e independencia”, y que tenía a veces accesos de cólera. Tal descripción correspondería también a Freud que no ocultaba el hecho de ser colérico y

agresivo. Freud dice en su biografía que poseía “cierta independencia mental”, que no formaba fila con la “masa compacta”. Jones lo describe como talentoso., seguro de sí mismo, investigador infatigable. Freud confirmaba que “la convicción del éxito generalmente induce al éxito”, afirmación ésta que se acerca mucho a aquella otra, que figura en su descripción de Moisés, el cual “debía ser muy consciente de sus grandes habilidades, ambición y energía: tal vez él mismo se viese en el futuro como un líder, un gobernante”.

Las características antes descritas pueden llevar a un joven renovador a actitudes de liderazgo despótico, con las consecuencias bien conocidas en los movimientos grupales y vivenciadas de manera muy dolorosa por el propio líder, como aconteció en la historia del movimiento psicoanalítico. Pero ciertos aspectos de la personalidad de Freud aliados a la experiencia y al saber, como acontece con el personaje central de ‘Frutillas silvestres’, le permitieron, con el correr de los años, transformarse en el patriarca auténtico: sabio, justo y bueno.

“Moisés y el monoteísmo” es un libro de autocrítica, síntesis y culminación de una vida. Al vislumbrar todas las dificultades de su posición de creador de una teoría, de divulgador y conductor de un grupo parece haber comprendido, de manera sumamente clara, las alternancias y, a veces, las concomitancias de las posiciones masculinas y femeninas que tuvo que adoptar. Al mismo tiempo, como suele acontecer, era también considerado por el grupo ora como padre, era como madre. Este insight le permitió entonces, en esta obra, escribir las vicisitudes del movimiento psicoanalítico que, como un niño, nace ligado al seno materno y que progresa cambiando “madre por padre”; “pues la maternidad se demuestra por medio de los sentidos, mientras que la paternidad está basada en una deducción y una promesa”.

conclusiones

Mauricio Abadi en “Las sociedades, secretas. Aproximación a su esclarecimiento” (Revista de Psicoanálisis, Buenos Aires, 1959, vol. XVI, N° 3) enfoca aspectos interesantes de tales grupos, dilucidando problemas cuyas soluciones no son del todo eficientes en la creación y el desarrollo de las sociedades psicoanalíticas. Las fantasías colectivas reeditan las vicisitudes de las hordas humanas prehistóricas y están centradas en puntos mencionados por Freud: el asesinato del padre, despedazado y devorado por los hijos, el pesar y la nostalgia por su retorno, la formación de la alianza fraterna, la aparición del héroe, la emergencia del macho cabrío expiatorio, el par antagónico endogamia-exogamia, la recuperación del padre destruido y los primeros tabúes, como primeras leyes.

Destaca asimismo Abadi el carácter esquizoparanoide de la disociación “dentro y tuesta”. No se trata lógicamente de una disociación absoluta, por cuanto los dos espacios se comunican; sin embargo, las sociedades psicoanalíticas necesitan mantener líneas de demarcación, delimitando analista y analizando, analizado y no analizado, etc.

A Freud le preocupa ya la **profunda regresión** a que se refiere Abadi, expresada en la organización severa autocrática, rígida y superyoica perseguidora. Tal regresión exige además una acentuada sumisión masoquista (seguida de rebeliones explosivas). Dicha sumisión consta de compromisos análogos a juramentos, rituales de iniciación y purificación, amén del despiadado castigo a quienes violan las normas del grupo.

R. Greenson, en el pre-congreso de didactas realizado durante el 24° Congreso Internacional de Psicoanálisis en Amsterdam, en 1965, puso de relieve que la

permanencia hasta hoy del líder autocrático genera necesariamente la rebeldía o la sumisión ciega, ambas improductivas para el progreso del movimiento psicoanalítico.

Las sociedades psicoanalíticas están evolucionando, de las características de la horda primitiva, a las de una sociedad científica cada vez más madura, a medida que se atenúan en el grupo los mecanismos de disociación, negación, omnipotencia e idealización. En suma, esto ocurre a medida que sus integrantes dejan de ser niños y llegan a aceptar libre y racionalmente —y no por imposición— las normas que orientan y consolidan las instituciones culturales.

Freud luchó tenazmente, lidiando con los grupos psicoanalíticos en formación, así como estudiando a fondo los fenómenos colectivos, procurando acompañar el movimiento de los grupos para encontrar formas de elaboración que permitiesen mantener las instituciones apoyadas en normas y preceptos y que pudiesen al mismo tiempo emanar del liderazgo y ser aceptadas por los adeptos. La conclusión es fácil de comprender pero difícil de aplicar y se resumiría en la frase: ambos necesitan crecer, para relacionarse como adultos.

El análisis individual interminable y la comprensión de los fenómenos grupales serán los medios por excelencia para liberar la libido que, en última instancia, en virtud de su función creadora, debe guiar el progreso de las sociedades.

De todo ello resultó un saldo positivo, que hoy vemos: el psicoanálisis sobrevive y, día a día, los psicoanalistas descubren los medios no sólo para convivir en forma más armónica, sino también para aliviar el sufrimiento humano.

